

Fray Mochó



¡Bien muerto seas, decrepito año 1919,
abito de egoísmos y de miserias!

¡Salve, 1920! y que al hacer tu entrada
en el reloj de la Historia, te acompañen los honores y prestigios con que
has de dotar a los hombres que señalan
nuevos rumbos en la vida de los pueblos.

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL



Bello es el mar azul en su calma suave e infinita; monstruoso y aterrador cuando agita sus iras amenazadoras bajo los pies del navegante que pasea su barquilla sobre el lomo erizado de su violenta espuma. Igual es la vida: bella es si su salud es robusta y fuerte, pero si se quiebra por debilidad, peligra como la endeble embarcación en el mar embravecido y soberbio de la existencia. Una copa de

HESPERIDINA BAGLEY

antes de cada comida, lo salvará del naufragio de la vida.

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires, 30 de diciembre de 1919

Núm. 401

¡La mitad de diez es nueve!

A las siete de la tarde, a la hora crepuscular en que los pintores divagan, los filósofos se asustan, y los peatones de las calles céntricas se enferman de los nervios, Buenos Aires, al revés de la naturaleza, vive con furia, hierve, ruge, salta, patatea y se descoyunta en la plenitud de su locura. No hay puesta de sol, no hay tinte de cielo, capaces de subyugar las pupilas azoradas por los vehículos tumultuosos, los formidables gañanes de bocina, los furibundos tañedores de campanas, los interjectivos mariscales de fusta, los bípedos de codos, los cuadrúpedos de idea fija, los demonios ambulantes de toda laya...

Marchaba yo así, con el alma en un hilo, sordo y ciego, comparando desde un rincón libre del espíritu la placidez del Angelus de Millet con la alagarabía circundante, cuando, de un corrillo que la ola no lograba deshacer, arrojaron esta frase singular:

—¿La mitad de diez es nueve!

—¿Qué?... ¿Quién se atreve a tirar margaritas, a soltar paradojas, a decir disparates atrayentes en este tole-tole? ¿Tartabul resucitado, don Quijote moderno u Oscar Wilde rejuvenecido?...

Ninguno de los tres... La exclamación brotaba de unos labios enérgicos, correspondientes a un rostro varonil y a una silueta inconfundible de hombre de acción, más que de frontero, trascendental; aunque fijándose bien, los ojos tristes y los hombros atléticos, denunciaban al ideólogo y al pugilista, todo junto. Sí, estábamos en presencia de un héroe legítimo, de un cirujano de la gran guerra, de uno de los argentinos laureados en el ejército de Francia después de cuatro años de gloria.

—¿Cómo, doctor, qué rara aritmética predica usted por las calles de nuestra ciudad positivista? ¿No sabe usted que ésta es la madre del cálculo, que aquí todos descendemos de Pitágoras?... ¿Y no teme—agregué emocionado—que algún tendero que pasa lo haga conducir al manicomio?...

Antes de que pudiera contestar el otro interlocutor, al que primero hablaba con él, se apresuró a presentarnos:

—Disculpe, doctor, no he podido contenerme. Pero, de veras, usted dice cosas escandalosas... “¿La mitad de diez es nueve!”... ¿A qué 10 y a qué 9 se refiere usted?

—Al último dígito y a la decena. Al 9 y al 10 de todo el mundo... Lo que pasa, mi amigo, es que usted y “ellos”—exclamó señalando a los cobradores apurados, a los comisionistas jadeantes que nos codeaban furiosamente—lo que pasa es que ustedes no conocen las propiedades recónditas de los números.

—Pero eso huele a teosofía, doctor. ¿Regresa usted de Mendoza?... ¿Asistió allí a Lencinas?

—Bien. Si usted consiente en restringir, por un instante, el vuelo de su presunta espiritualidad, quizá logre sospechar la substancia de la aritmética que usted llama escandalosa.

—Soy todo oídos, doctor.

—Pues entonces oiga: Allí en la

CULTURA HIPICA



—¿Qué le parece Rabindranath Tagore?
—No sé, nunca lo he visto correr.

En el anochecer

Pasa la hora de amar
más nunca la de esperar,
y así engañados vivimos,
y así, sin pensar, sentimos
que cualquier tiempo pasado
fue nada más que soñado.

Y esperando todavía
lo que ya tuvo su día
ponemos nuevas razones
en los viejos corazones,
creyendo que ha de venir
lo que olvidamos vivir.

Inconscientes, sonriendo,
estamos como diciendo:
—“¿Cuándo nos llega la vida?”
y ésta pasa, no sentida,
pero advertimos que huye
cuando, ya lenta, concluye.

Y entonces es el clamor
y entonces es el dolor
y el pedir, como con sed:
—“Memorias mías, volved
a cualquier tiempo pasado:
¡sólo es cierto lo soñado!”

Enrique BANCHS.

trinchera, una noche de horror... ¡Ha leído a Barbusse, a Bertrand, a...? Bueno, algo de eso, pero sin frases... Horror “vívido”, es decir, la muerte en el aire, en la tierra, y adentro de uno... Sangre y metralla y barro, y dolor, un dolor extrahumano, más que de carnes laceradas, de corazones rotos por la ausencia de otros corazones... ¡Superlativo dantesco!... No, eso es literatura... Bueno, en el hospital improvisado, en un intervalo, con los oídos todavía vibrantes de lamentos entre el vaho de la catástrofe, un maharajah de la India, herido, me inculcó los rudimentos de la nueva aritmética, del arte heroico de calcular. Su ejemplo didáctico, deslumbrador de exactitud y estupendo de grandeza filosófica en el cuadro de la tragedia, fué precisamente ese “¡la mitad de diez es nueve!... Es decir, mi amigo, se acabó la ley del menor esfuerzo... ¿Tiene usted que coronar una obra, que llenar una misión, que ascender una cumbre para que su bandera de idealismo flamee a pesar de la tormenta?... Pues vaya hacia la cima, con “toda”—entienda usted bien—con “toda” la fuerza de sus músculos y de su espíritu. La humanidad que ha vivido al margen de la hecatombe, puede creer, falta del acicate trágico, que en el último recodo del camino, cuando ya se perciben las flores del éxito, hay derecho a disminuir la tensión... ¡Falta tan poco para la victoria!... He ahí la diferencia profunda entre esos seres y aquellos que alentaron el aire de la trinchera, los cuatro años de fuego y de muerte... Nuestros políticos, nuestros estudiosos, nuestros hombres de pensamiento, en cuanto dan la pauta de una reforma, descuentan, por hábito heredado, el desenlace triunfal... ¿Para qué perseverar en la minucia, si el impulso vibra y basta, para concluir, la inercia?... Gran país, amigo, el nuestro, que marcha, marcha siempre, sin saber de voluntades tendidas, de heroísmos anónimos, de carácter!... La generación que ha vivido la guerra profesa otro credo. Con el solo punto de apoyo, ya no se mueve al mundo. La palanca no es más que el pretexto. Lo incomparable es el nervio de las almas... La aritmética común es falsa. Cuando el esfuerzo debe ser de diez, cinco es igual a cero... Créalo, dígalo, predíquelo, grítelo, como yo lo grito aquí a esta pobre multitud que corre afanosa tras la quimera del oro, y olvida espolear a su animal interior para que valga más... Es absurdo creer que nueve vale lo mismo que diez menos uno... La palabra “casi” es nefanda. Es la negación agresiva, jactándose de “algo”... ¡No! ¡Nueve, con respeto a diez... es un ensayo!... Dígalo a todos los vientos. ¡Nueve es la mitad de diez!...

Y lleno de sus matemáticas sagradas, el admirable doctor siguió hablando, hablando, mientras nosotros, sumidos en amargas reflexiones sobre el valor ficticio de nuestras vidas sin carácter, corríamos, como siempre, tras la falsa quimera...

Carlos CORREA LUNA

La clandestina

por Cleopatra CORDIVIOLA

El oficial esperó a que el telegrafista acabara de recibir un despacho y, aprovechando la tregua, preguntó:

—¿Y? ¿Qué tal las clandestinas? (1) ¿Molestan mucho?

El telegrafista, un conscripto de juvenil cabeza rapada, movió la cabeza con desaliento.

—¿Es algo inaguantable!

Se puso serio el oficial.

—¿Cuáles son las más molestas?

—En realidad, la que fastidia más es una sola, pero una sola que vale por media docena! Trabaja siempre a la hora en que hay más que hacer, intercepta todos los despachos y los interrumpe con sus comentarios. Es insostenible—terminó con gesto desabrido.

—Bueno, mi amigo, hay que localizarla para hacerla saltar—dijo el oficial.

El otro dibujó una semisonrisa desencantada.

—Ya lo he intentado varias veces inútilmente. Y

Dorrego tenía mucha fe en sí mismo y estaba seguro de que acabaría triunfando. Se refa de la desconfianza del conscripto. ¡Claro—pensó, abarcando en su frase a todos los conscriptos habidos y por haber—si son unos brutos!

Antes de las nueve de la noche, ya estaban sus dedos hábiles tamborileando sobre el manipulador. Durante más de media hora estuvo repitiendo con rara paciencia, la misma ringla de puntos y rayas:

—... (rd rd rd de ne ne ne).

Lo cual, traducido en buen romance, era sencillamente llamar a "N. C." de parte de "R. D."

El teniente había dispuesto su plan de campaña.

Había que andar con cautela para que N. C. no desconfiara.

Charlaría varias noches de cosas indiferentes. Se haría pasar por un aficionado tan entusiasta como lo son todos los que aman la telegrafía. Se diría civil e inventaría cualquier profesión en el caso de que N. C. quisiera averiguarle algo. Y cuando el otro estuviera bien tranquilo y confiado... ¡Entonces iba a dar el golpe infalible!

Mientras tanto era necesario establecer la relación. Y el teniente seguía en su monótona llamada.

Por fin, cuando empezaba a creer que no conse-

cosas con N. C., le preguntó de pronto, como si recién se le ocurriera pensar en ello:

—¿Cómo se llama usted?

La respuesta fue rápida, precisa.

—Norberto Conde.

—¿Norberto Conde?—preguntó Dorrego.

—Sí—contestó la clandestina—y repitió el nombre.

—Pero entonces yo lo conozco...—aseguró el teniente.

Hubo una pausa. N. C. no preguntó nada, como esperando que el otro continuara. Y el teniente averiguó, después de un rato:

—¿Tiene teléfono?

—Lo siento mucho, pero no tengo.

—¿Qué lástima!—dijo el teniente.—Me hubiera gustado que habláramos por teléfono.

—Cierto—dijo entonces la clandestina.—A mí también me resultaría agradable.

—Eso se puede arreglar. Hábleme usted de cualquier lado.

—¿A qué número?

—Al 15324 Palermo.

—¿Por quién pregunto y cuándo hablo?

—Lámeme mañana después del té, si le parece. Pida de hablar con Rodolfo.

—Muy bien. ¿Hasta mañana entonces?

—Hasta mañana.



no he sido el único. Dársena también ha hecho la prueba, sin conseguir tampoco nada.

Hubo un largo silencio.

Por fin, el oficial aseguró con algún énfasis:

—¡Yo mismo voy a encargarme de descubrirla! El conscripto debió reírse por dentro, pero preguntó muy serio:

—¿Va usted a trabajar desde aquí, mi teniente?

—No; le pediré al mayor su estación portátil. Voy a explicarle de qué se trata.

Mas no se había alejado muchos pasos todavía, cuando volvió.

—Me olvidaba... ¿A qué hora molesta más la clandestina, esa?

—A mí me fastidia casi siempre de tarde, pero dice Dársena que cuando más molesta es a la hora de los diarios, de las nueve de la noche, más o menos, en adelante.

—¡Ajá! ¿y a qué característica (2) responde?

—N. C.

—Muy bien. Vamos a ver qué resulta de todo esto...

El conscripto no se atrevió a decir lo que pensaba.

Y el oficial se alejó sonriendo, saboreando su triunfo de antemano.

Aquella misma tarde quedó instalada en el dormitorio del teniente Dorrego la estación portátil de telegrafía sin hilos, que le facilitara el mayor.

guiría nada aquella noche, tuvo un sobresalto de alegría. N. C. contestaba!

El receptor, firme en su oído, repetía, como el teniente antes, la misma sucesión de puntos y rayas, pero invertidos esta vez: "ne, ne, ne de rd, rd, rd"... Luego oyó la "k" sacramental, o sea el "escucho, transmite".

Se estableció entre ellos, entonces, por medio de continuado cambio de despachos, una charla amable que duró más de una hora.

Hablaron, sobre todo, de telegrafía, cambiando referencias relativas a sus respectivas estaciones.

Luego se despidieron como antiguos amigos, después de haberse prometido volver a conversar al día siguiente.

Y el teniente Dorrego, riendo a toda boca, murmuró para sí, mientras se quitaba el receptor:

—Esto marcha...

Durante varias semanas "hablaron" así, todas las noches.

Poco a poco había ido tomándole simpatía Dorrego a aquel interlocutor desconocido y ameno, al cual ni siquiera le sabía el timbre de voz. Pero esto no había cambiado su intención: localizarla la estación de N. C. como iría localizando y haciendo saltar, después, a todas las clandestinas. ¿Con qué derecho se daban esos señores el lujo de tener oficinas de telegrafía? ¿Acaso ignoraban que les estaba vedado?

Sí; N. C. tendría que arriar su antena, por mucho que le pesara. Pero, decididamente, era simpático N. C.

Cierta noche le pareció a Dorrego que podía preparar el desenlace.

Después de haber conversado sobre infinidad de

Por aquellos días, una repartición militar había conseguido descubrir dos o tres estaciones clandestinas de radiotelegrafía, obligando a sus respectivos dueños a levantarlas.

Esta noticia circuló en seguida entre los aficionados y casi todos, alarmados por la perspectiva de correr la misma suerte, se habían llamado a sosiego. Sólo N. C. continuaba obstinadamente haciendo sentir, casi siempre a las mismas horas, el murmurar inquieto de su estación. Pero sabía bien el peligro que esto entrañaba.

Por eso, cuando aquella estación desconocida, que daba por característica "R. D.", empezó a buscar su charla, noche a noche, con tanto empeño, desconfió en seguida.

—Quieren localizarme—pensó para sí.

Mas le resultaba aquello tan divertido que no se sintió con valor para sustraerse al encanto de tal jugueteo.

Cuando Dorrego le preguntó su nombre, contestó sin vacilar, dando un nombre falso que desde hacía varios días le bailoteaba en la cabeza, sospechando la celada. Y al decirle el otro que lo conocía, tuvo la convicción de haber acertado. Negó, pues, tener teléfono. Pero no pudo resistir a la tentación de prometer que le hablaría.

Por su parte Dorrego sospechó que N. C. desconfiaba. Y pensó que tal vez por eso había negado tener teléfono. Aunque bien podía ser cierto esto.

De todos modos estaba contento de sí mismo: si N. C. telefoneaba, lo demás sería bien sencillo.

N. C. le hablaría de su propia casa o de cualquier casa cercana. En este caso sería sencillo dar con el barrio de N. C. Y ya estaba...

Una antena no es cosa difícil de encontrar cuando se sabe el radio en que está situada.

Al día siguiente, después del té, se encargó el mismo Dorrego de atender el teléfono.

Estaba convencido de que N. C. hablaría. Y tenía apuro por localizarlo aunque más no fuera—pensaba—para poderle frotar su triunfo por las narices al papanatas del conscripto que día a día, le preguntaba, con una seriedad que le hacía más daño que todas las risas del mundo juntas, si "todavía" no había novedad respecto a la clandestina...

El repiquetear de la campanilla le hizo brincar el corazón de alegría. ¡Al fin! ¿Quién podía ser sino N. C.?

Y descolgó el tubo apresuradamente. Pero sufrió un gran desencanto.

No; no era N. C. La voz lejana que murmuraba "¡hola! ¡hola!" era una voz de mujer.

—Sin duda, alguna amiga de Clarita—pensó Dorrego acordándose de su hermana, y sintiendo tentaciones de enviar al diablo a las dos, a la hermana y a la amiga.

Pero, a fuer de hombre educado, por encima al menos, preguntó con tono amable:

—¿Quién habla?

Le contestaron con otra pregunta:

—¿Hablo con el 15324 Palermo?

—Sí, señorita.

—¿Quiere tener la bondad de llamar al señor Rodolfo?

A Dorrego casi se le cayó el tubo de la mano. Así mismo tuvo aliento para preguntar:

—¿De parte de quién?

La voz lejana contestó poniendo un vago tintinear de risas en la respuesta:

—De parte de N. C.

(1) Estaciones clandestinas de telegrafía sin hilos.
(2) Llámase "característica" al nombre o distintivo de cada estación. Entre los dueños de estaciones clandestinas se usa habitualmente como tal a las propias iniciales.
(La característica de Narciso Cárdenas, por ejemplo, sería N. C.)

Dorrego abrió una boca enorme. Pero sin poder contenerse aseguró rotundamente:

—¡De parte de N. C.! ¡No puede ser!
De lejos le contestó una carcajada. Y en seguida:
—¡Que no puede ser! ¡Pero con quién hablo?

Dorrego ya se había serenado en parte, con la serenidad indispensable para poder atender a su interlocutora.

Entonces contestó:

—Habla con R. D. Le aseguro, señorita, que merece usted mis reproches: nunca me dijo que N. C. era una dama...

—¿Acaso me lo preguntó usted?

—Es verdad; yo no lo pregunté. ¿Cómo iba a sospechar...?

Dorrego había recuperado ya del todo su tranquilidad. Y saboreaba golosamente, ahora, la exquisita sorpresa que el teléfono le brindaba.

A decir verdad, ya no le preocupaban las estaciones clandestinas de telegrafía que pudieran existir en Buenos Aires... o en la China.

Sólo pensaba en apurar el encanto del momento. Aquella vocesita era soberanamente dulce. Y era amena y gentil la charla de aquella muchachita muy joven, cuya edad estaban delatando por partida doble la frescura de aquellas risas y la ingenua locura de aquel acto.

El diálogo fué, durante un rato, un rápido cruzar de frases vibrantes y sonoras como el chocar de dos espadas.

Y cuando ya Dorrego no se acordaba ni remotamente de que existía algo que se llamaba telegrafía, N. C. le dijo de pronto.

—Oiga, señor R. D., yo quisiera saber una cosa... ¿Promete usted formalmente que me va a decir la verdad?

Dorrego, del todo mareado ya, prometió.

—Bueno: usted es oficial de la estación 1 Q R, ¿verdad?

—Sí, señorita—contestó Dorrego sonriendo.

—Y usted quería localizar mi estación ¿no es así? Dorrego se rió.

—Sí, señorita; quería... y quiero: es mi deber.

—Muy bien. Ahora voy a hablarle yo con la misma franqueza. Esta vez, señor R. D. no va a poder cumplir usted con su deber...

—Pero si ya está usted descubierta!—afirmó Dorrego, convencido.

—¡Descubierta! Ay, señor R. D. que es usted menos listo de lo que yo creía! Pero ya sé lo que quería saber.

Antes de que Dorrego hubiera tenido tiempo de decir nada, ella terminó:

—Muchas gracias, señor oficial. Buenas tardes... y que Dios le conserve sus ilusiones de pesquista...

Y la frase terminó en una carcajada clara y fresca como el murmurar de un hilo de agua, que truncó el ruido del tubo al ser colgado.

Inútilmente trató Dorrego de restablecer la comunicación. Entonces, comprendiendo que ya no conseguiría volver a hablar con N. C. recurrió a la empleada del teléfono.

—Señorita, necesito saber de qué número me hablaban recién.

Casi en seguida le contestaron:

—Hola... señor, hablaban de 6425 Avenida.

De sobre una mesita cercana, tomó Dorrego una voluminosa guía de tapas verdes. Estaban allí anotados los abonados del teléfono, por orden numérico.

Su infantil cabecita de alondra se puso afiebrada;
yo—¡mil veces maldito!—dormía,
sin saber que su madre velaba.

Tú, que me reprochas que lo mimo tanto,
ven a ver si puedes con una artimaña
desterrar el atroz mea culpa
que ruge en mi alma.

La mañana siguiente, ¡Dios mío!,
sin color los labios, sin luz la mirada...
—¡Honorito!, ¡mí Toto!, ¿qué tienes?...
Quiso alzar un poco su manita blanca
y dejéla caer cual si fuese
desarticulada.

Fué su madre a llorar en silencio
donde yo no viese sus benditas lágrimas.
Yo salí como loco, ocultando
que también lloraba.

¡Mira el organito! Se da vuelta y toca.
¡Sientes! ¡Qué monada!

TÚ, QUE ME REPROCHAS....

I

Y te traigo un bastón chiquitito,
como tú, mi alma.

Mientras viene el doctor y te cura
dime, Toto mío, qué quieres que haga.
¿Corro? ¿Salto? ¿Brinco? ¡No te quejes! Dime
qué quieres que haga.
¿Quieres que un ratito ponga la cabeza
junto a tu cabeza, sobre la almohada?

III

Lo salvó la clemencia divina...
¿Sabéis la noticia? Toto se levanta...
Fué su madre a llorar de alegría
donde yo no viese sus benditas lágrimas.
Yo salí como loco, ocultando
que también lloraba.

IV

Tú, que me reprochas que lo mimo tanto,
ven a ver si puedes con una artimaña
desterrar el atroz mea culpa
que ruge en mi alma.

H. LARTIGAU LESPADA.

tados los abonados del teléfono, por orden numérico. Y en ella había fado Dorrego como en algo que no podía fallar. Tanto que al abrirla sonrió beatíficamente, con la sonrisa del éxito.

El índice de su mano derecha, fué subrayando los números uno a uno: 6420, 21, 22, 23, 24... ya estaba ¡6425!

Pero al correr el dedo en busca del nombre del abonado se le cayó la guía de entre las manos, al tiempo que estallaba en ruidas exclamaciones.

N. C. había hablado... ¡desde lo de Harrods!

Por un rato, Dorrego tuvo tentaciones de pisotear la guía, de romper el teléfono, de tirar la mesita por la ventana, de destruir todos los bibelots que había en la pieza...

Después se dejó caer desalentado en un sillón.

Pero, poco a poco, fué envolviéndole una rara serenidad.

Se puso a pensar entonces en la vocesita aquella, en aquel reír de criatura inquieta, en aquel parlotear cristalino.

Y acabó por extasiarse frente al teléfono, como si de allí hubiera podido surgir al conjuro de su pensar, la cabecita desconocida de "su" desconocida burlona.

Desde aquel día, la clandestina no se ha vuelto a oír.

El conscripto de juvenil cabeza rapada, que tanto desconfiaba del éxito del teniente, ha cesado en sus preguntas. Supone que la han hecho saltar desde que no molesta. Y no quiere darle el gusto al teniente de reconocerle el triunfo.

Mas este triunfo a medias, está muy lejos de serle grato a Dorrego.

El había soñado con seguir charlando mucho tiempo con la clandestina...

Y, noche a noche, con un poco de esperanza y otro poco de pena, se pasa horas enteras moviendo sus dedos hábiles, sobre el manipulador, en un incesante llamar, al que nadie contesta.

Pero alguien oye en silencio su llamada.

Y unos ojos traviesos que antes reían siempre, están ahora tristes sin saber por qué...

El sexo de los huevos

Monsieur Edmond Perier ha analizado en París, ante varios sabios, una nota de M. Lienard, maestro de conferencias en la Facultad de Nancy, acerca de la determinación del sexo de los huevos de gallina. Estas investigaciones revisten un interés práctico desde el punto de vista de la cría de aves de corral porque es más ventajoso incubar huevos hembras que huevos machos.

Cuando se pesan los huevos puestos y luego se dividen en dos partes los más ligeros y los más pesados, se comprueba que el 70 por 100 de los últimos corresponde al sexo masculino.

Monsieur Yves Delage ha confirmado esta apreciación. Algunos sabios americanos han observado que los huevos que tienen la yema grande, son, por lo general, hembras. Y como la yema es más ligera

que la clara, resulta que los huevos que dan gallinas son más ligeros que los huevos que dan pollos.

La fresa, el reuma y la gota

La cura por la fresa estuvo muy en boga hace mucho tiempo, sobre todo cuando Linneo contó que se había curado un acceso de gota comiendo fresa en gran cantidad. La golosina fué el punto de partida de dicha curación. Sometido a violentos accesos de gota y sintiendo que declinaban sus fuerzas y que perdía por completo el apetito, al gran naturalista le entró un gran deseo de comer fresa, se dió un atracón y se quedó sorprendido al sentir menos dolores y ver que podía descansar. Volvió a comer fresa al día siguiente y los sucesivos, tomando cada vez dosis mayores, y el resultado fué tal, que pudo dejar el lecho, levantarse y salir a la calle. Cada vez que tenía un acceso, y siempre que la estación lo permitía, Linneo empleaba su cura y encontraba el mismo alivio, de tal suerte que tomó el partido de comer sistemáticamente fresa, y gracias a esta costumbre no volvió a tener accesos en veinte años.

Diffícilmente podrían citarse muchos ejemplos de curación tan radical y tan completa por este único medio, pero la fresa, en opinión de todos los farmacólogos, parece que favorece la diuresis, la eliminación del ácido úrico por la introducción de carbonatos alcalinos y la transformación en la economía de las sales de potasa y de cal.

La fresa contiene una mínima cantidad de ácido salicílico, que es el medicamento más apto para calmar a los gotosos y a los reumáticos.

CARESTIA DE LAS CASAS DE ALQUILER



—Ha sido usted indultado. Queda en libertad.
—¡Ah, no! Protesto: es un desalojo forzoso. ¿Qué hay que hacer para seguir viviendo aquí?

CELOS



Ella.—En tu traje del año pasado he hallado tres cabellos rubios. ¿Qué significa eso?
El.—¿No te acuerdas que el año pasado eras rubia?

LA PROMESA

por José de ROBLEDO

Pascual, para no ser humanamente imperfecto, adolecía del consabido punto flaco, y el suyo constituía la desmedida afición que sentía por la caza.

De todas las deidades mitológicas, únicamente Diana había conseguido interesarle, y era tal su devoción por ella, que hallábase, en cuerpo y alma, entregado al culto de la diosa. Fuera de su pasión favorita, no había nada capaz de llevar una grata emoción a su ánimo; y aunque su existencia transcurría monótonamente, sentíase feliz al repartir su tiempo entre la mecánica labor

Como quiera que sus continuas correrías cinegéticas no abrigaban mayores pretensiones, siempre habían operado sobre especies zoológicas de menor cuantía; pero, a pesar de ello, los resultados negativos se sucedían con una constancia verdaderamente irritante. Su falta de habilidad o su sobra de mala suerte, se traducía en tan misero e insignificante botín que, a veces, el producto salía gravado en un mil por ciento sobre su valor real; y, es claro, su esposa, que a menudo solía perder la paciencia, colocábase de espaldas al eufemismo y, en la misma proporción con que él dañaba los bienes gananciales, comenzaba ella a lanzar reproches y adjetivos punzo-cortantes, cada vez que sorprendía a Pascual con las manos en la masa; vale decir, en los preparativos de una nueva excursión. A ella no le parecía bien que buena parte del sueldo, en forma de perdigones, quedase lastimosamente regada sobre rastrojos y barbechos, y, lo que era peor, sin causar más víctimas que la del presupuesto casero.

El comprendía que, salvo en el empleo del vocabulario contundente, su esposa no dejaba de aparecer razonable en lo que decía; pero como su pasión por el deporte triunfaba sobre todas las cosas, concretábase a aventurar algunas frases conciliatorias, y, cerrando el timpano y los labios a los retruques que ellas provocaban, continuaba en silencio requiriendo, paciencioso, los bártulos de cazar.

Un día, después de escuchar el sermón de costumbre, que se destacó como un modelo de perfecta acrimonia conyugal, adoptó "in pectore" una heroica resolución, y exclamó, dirigiéndose a su consorte:

—Te advierto, Eufrasia, que hoy no voy en busca de pajaritos, sino de algo que vale mucho más: de liebres.

—¿Liebres, tú? ¡Pobre loco! Hace mucho tiempo que anda mal tu puntería...

—Y no es eso solo, sino que te aseguro, formalmente, que las he de traer.

—¿Del mercado?

—¿Del campo! Si así no lo cumplo, juro, bajo palabra de honor, que vendo armas y municiones.

—¡Aceptado!—gritó gozosa su mujer, segura de ganar la partida.—Desde ahora apuesto por el desarme, porque las víctimas que tú has de causar no han nacido todavía.

—¡Lo veremos!—replicó él, saliendo con paso firme.

Ya fuera, miró al cielo. La mañana era hermosa y diáfana; ni una nubecilla empañaba el horizonte, y el aire fresco y suave que reinaba, prometía las delicias de un día espléndido. Con los pertrechos a cuestas y la escopeta bajo el brazo, Pascual emprendió la marcha, mientras su cerebro se entregaba a las más serias cavilaciones. Por primera vez y en un momento de arrogancia, había asegurado a su mujer la realización de una cosa que, a decir verdad, más que en sus manos, se hallaba en las de la suerte, y siendo así, claro estaba que había cometido una necedad. Este último extremo no le importaba mayormente, porque, al fin y al cabo, podía considerarse el hecho como muy común entre los hombres; pero lo que sí le causaba honda inquietud, y temía de todo corazón, era el más que probable fracaso de su empresa. ¿Con qué cara se presentaría entonces ante su esposa? ¿Cómo soportar semejante ridículo y sus crueles derivaciones? Y luego, por guardar el fuero de su palabra empeñada, cercenar para siempre aquella afición que llenaba todo su ser, que constituía la única felicidad de su vida... ¡Es horrible!, decía para sí, mirando con anhelo los brutidos caños de la escopeta, como si en secreto encomendase su salvación a la eficacia de su arma predilecta.

El problema no podía ser más pavoroso, ni más obscura su solución. ¿Qué hacer? De pronto cruzó por

su mente una idea luminosa; detuvo el paso, y tras una breve pausa reflexiva, exclamó resuelto:

—¡Sí, sí, es lo mejor!... ¡Quién sabe!...—Y arrojándose con devota actitud, alzó los ojos al cielo y murmuró lleno de religioso fervor:

—¡Ánimas benditas: deparadme vuestra protección en la cacería, y yo os prometo solemnemente vender la primer liebre que mate y emplear íntegro su importe en velas que alumbren el altar de vuestro culto!

Pronunciado el voto, levantóse del suelo, y, más tranquilo, prosiguió su marcha. Aquella invocación tuvo, como primera virtud, la de restituir la calma a su espíritu, y hacer que una halagadora esperanza arraigase en su pecho. Su alma creyente depositó una fe ciega en la acción del poderoso aliado, cuyo concurso impetrara en pacto retributivo, y, por consiguiente, no dudó un instante de que el éxito coronaría sus propósitos.



Entretanto, un sol deslumbrante henchía de vida a la naturaleza, distribuyendo, en la policromía del paisaje, enérgicas pinceladas de luz. Pascual, creyendo llegado el momento, requirió su escopeta, montó las llaves y, con la sagaz precaución del profesional avezado, dió principio a un minucioso ojeo del terreno. El más leve ruido, el vuelo de un pajarillo, la caída de una hoja, le ponía alerta con nerviosa sacudida. Mirando aquí, escuchando allá, siempre en acecho, anduvo buen rato sin tropiezo alguno. De súbito se agitó algo a su izquierda; miró atentamente al sitio y alcanzó a ver el ágil salto con que una hermosa liebre iniciaba la huida. Echóse rápidamente la escopeta a la cara, apuntó trémulo y sonó el tiro. Una causa ajena a la voluntad de Pascual hizo que la liebre, por su mal sino, siguiera la trayectoria de los perdigones y resultara agujereada por los proyectiles que tropezaron con su cuerpo. Cortado así, bruscamente, el ímpetu de la carrera, el animal describió una voltereta en el aire y

cayó moribunda a tierra. Un ¡bravo! estentóreo, semejante a otro disparo, lanzó Pascual en un transporte de júbilo, y, fuera de sí, echó a correr velozmente hacia el sitio en que yacía la víctima. La alzó del suelo, y mientras sentía entre sus manos los últimos estremecimientos de la fibra, quiso oprimirla contra su pecho, llevarla a sus labios, porque veía en aquella codiciada presa, no sólo la compensación de su pasada mala suerte, sino algo más importante: la plena satisfacción de su amor propio, siempre zaherido por las burlas de su esposa, y el triunfo que había de reivindicar su prestigio de cazador.

—El tiro fué certero—exclamó contemplando su estrago; y luego, con cierto dejo de vanidosa ironía, añadió:—tal vez no sea tan mala mi puntería.

Pero de repente acudió a su memoria la ayuda invocada y quedó un tanto perplejo.

—¿Será posible?—pensó.—Una de dos: o mi promesa ha sido aceptada, o ha sonado la flauta de la fábula. En cuanto a esto último no es muy admisible semejante suposición, porque sobradas ocasiones se han sucedido sin que el instrumento llegase a dar una sola nota. Luego las ánimas...

Y no pudo menos de dejar inconclusa la idea, al sentir que una extraña sensación de escalofrío recorría todo su cuerpo.

La tarde declinaba lentamente, y aunque Pascual, entusiasmado, prosiguió la cacería comenzada bajo tan buenos auspicios, no ocurrió nada digno de mención, a no ser la íntima alegría que experimentaba el cazador al palpar, de vez en cuando, y como a hurtadillas de sí mismo, la dulce carga que pendía de su cintura, oscilando a compás de su marcha.

Cuando ya el sol estaba próximo a ocultarse en el horizonte, creyó ver, a pocos metros de distancia, una cosa que se movía, semiochulta entre la yerba. ¿Sería visión engañosa? No, que era simple realidad: lo que él miraba en aquel instante era una liebre, no había duda; una hermosa liebre sentada sobre el pasto, con la cabeza erguida y erectas las orejas en actitud de escucha. Dominando, a duras penas, su intensa emoción, Pascual apuntó con el arma e hizo fuego; y como impulsada por corriente eléctrica, la liebre, sana y salva, se lanzó en tan vertiginosa carrera que el cazador no pudo menos de quedar atónito ante la enorme distancia que, en cada segundo, recorría el animal.

La obscuridad avanzaba y Pascual decidió emprender el regreso. Durante el camino, una nueva inquietud volvió a asaltar su ánimo: otro serio problema acababa de surgir en su mente, pero el difícil trance de ahora se presentaba con caracteres más inquietantes. El recuerdo de lo prometido a las ánimas y de lo jurado a su esposa, colocábase en una angustiosa disyuntiva: ¿a quien destinaria la única liebre muerta? De una parte, las sombras espectrales de la noche, abogando por el derecho preferente de las ánimas, cernían sobre su raceloso espíritu la terrible amenaza de ultratumba si llegaba a quebrantar el voto formulado; y de otra, la próxima y temida presencia de su mujer, traía ante sus ojos la inevitable escena de vergonzosa humillación y doloroso renunciamiento que le esperaba, si no cumplía lo prometido a su inexorable consorte. ¿Qué hacer?

Y Pascual, sumido en hondas reflexiones, y a vueltas con su razón y su conciencia, tan pronto se detenía gesticulando en incoherente soliloquio, como apresuraba la marcha silencioso y con aire de profundo abatimiento.

Entretanto, la liebre que colgaba de su cintura golpeaba continuamente sus piernas, como si le apremiase en la necesidad de resolver con urgencia aquel grave conflicto religioso-conyugal; y atormentado por la duda, asfixiado por el cruel dilema ante el cual se hallaba abúlico, no acertó más que a imprimir velocidad a sus pies, cual si anhelara alejarse rápidamente de una terrorífica visión. De cuando en cuando creía escuchar extraños siseos salidos de misteriosas regiones; y otras veces parecían que las sombras, formando bloque en el camino, intentaban cerrarle el paso.

Al divisar las luces del pueblo, alivióse un tanto la opresión de su pecho y redobló, en lo que pudo, el vigor de su acción locomotiva. Al fin ganó, triunfante, el umbral de su casa, y como síntesis del proceso psicológico operado en su ser, cuyo desenlace llegaba, exclamó entrecortado, mientras atrancaba bien la puerta:

—¡Qué barbaridad!... ¡Cómo corría la liebre de las ánimas!...

Dib. de Macaya.



Tanagra y sus estatuas

En el siglo IV antes de nuestra Era, había en la Beocia una linda ciudad, situada en una escarpada altura, una ciudad blanca y alegre, rodeada de colinas, que cubrían de follaje los pinos y los lentiscos, formada por casitas elegantemente decoradas, y por templos lujosos que, sobresaliendo por encima de sus murallas, dominaban toda la llanura tebana. Esta ciudad era Tanagra. De ella no quedan hoy más que algunas pobres ruinas de los templos, del teatro y de la necrópolis, a una distancia de tres kilómetros próximamente de la moderna aldea de Liatani. Tanagra fué famosa en el mundo antiguo por su vino y por su aceite. Fué célebre también por sus riñas de gallos, y lo fué, en fin, por la poética Corina, condiscípula, rival y consejera de Píndaro, a quien derrotó en cinco concursos en los juegos públicos de Grecia; Corina, que cantó en dialecto eólico el escudo de la belicosa Minerva, y a quien sus compatriotas elevaron, a su muerte, un suntuoso mausoleo. Pero lo que más fama dió a Tanagra, fueron sus mujeres, consideradas en aquellos tiempos como el prototipo de la elegancia y la distinción femeninas, cual en nuestros días lo son las parisienas.

Tanagra estaba orgullosa de sus mujeres; lo estaba hasta tal extremo, que en los templos de sus dioses y en los altares domésticos de sus lares, la ofrenda más frecuente era una figurilla de mujer, de barro cocido, y en las fiestas consagradas a los muertos, con las mismas figurillas adornábanse las tumbas de los seres queridos.

Gracias a esta feminización de la religiosidad tanagrina, desarrollóse en la linda ciudad beocia un arte particular, el de las figuras de barro, polieromas, llamadas por antonomasia, "de Tanagra", muchas de las cuales, encontradas en las diez mil tumbas de la vieja necrópolis, han llegado hasta nosotros y enriquecen hoy los museos de París, de Berlín y de Londres y las colecciones de muchos aficionados. Son estatuillas llenas de ligereza y de gracia, representación fidelísima del mundo femenino de la antigua Grecia, que en fin de cuentas es el de todos los países y el de todos los tiempos, sólo que vestido a la griega. Unas veces representan figuras aisladas, que pasean arrastrando la cola de su bien plegado "chiton", volviendo con coquetería la cabeza, gallardamente envueltas en el "himation", como se envuelve una chulapa en el mantón de Manila; otras son grupos animados, dos amigas que marchan medio abrazadas, que danzan o que se entregan a juegos de los que todavía quedan recuerdos entre nosotros, o bien una joven escuchando ruborosa los amorosos susurros de un pequeño Eros, que revolotea junto a su oído. Hay también tañedoras de cítara y de lira, muchachas cogiendo flores y deliciosas figulinas de cortesanas, tocadas con un sombrero ligo, coqueteando con el abanico en forma de hoja de loto.

Desgraciadamente, el tiempo ha borrado los colores de la mayor parte de las figuras de Tanagra que hoy se conservan; pero las pocas en que aun es posible discernirlos, nos enseñan cuáles eran las modas entre las lindas tanagrinas; el manto o "himation" blanco, excepto para las cortesanas, que lo usaban rosa, con una franja amarilla, negra o púrpura, y la túnica generalmente azul, encarnada, o rosa, aunque a veces lila, verde

LA ESCENA DE SIEMPRE



La digna esposa.—¡Ah, pío! ¿Qué significa esa pluma rubia en la manga de tu saco?

manzana, amarilla y aun negra. Colores todos que, bajo el sol de Grecia, debían parecer un canto cromático a la alegría y a la vida.

Otra antigua ciudad griega, Mirina, situada entre Pérgamo y Esmirna, produjo también estatuillas semejantes a las de Tanagra, y, al parecer, imitadas de éstas.

Pero entre la estatuaria en pequeño de una y otras ciudades, hay notables diferencias. Tanagra apenas hizo alguna que otra figura masculina, fuera de los pequeños Eros, en tanto que entre las figurillas de Mirina son tan frecuentes las de hombres como las de mujeres; las tanagrinas son por lo general graciosas, en su estilo, recatadas en su actitud, y las mirinenses se caracterizan por una sensualidad alarmante, a veces hasta grosera, que nada tiene que envidiar a la de los famosos frescos pompeyanos. Sea por esto, sea por su mayor originalidad, los inteligentes prefieren siempre las estatuillas de Tanagra.

Entre estos inteligentes descoló hace años muy principalmente el duque de Aumale, aquel

militar francés que era a la vez un gran literato y un verdadero artista.

Por cierto que, ya en sus últimos días, sacaba el viejo soldado, de su vitrina, con toda la delicadeza que le permitían su manos crispadas por la gota, una de estas frágiles muñequitas de barro, y admirando interiormente la gracia y el encanto de la figulina, exclamó inconscientemente: "¡Cuánto arte encierran las estatuas de Tanagra!"

Al oír lo cual, una joven allí presente, no menos linda que las famosas tanagrinas, preguntó, no sin vacilar un poco: "¿Tanagra? ¿Ha expuesto ese artista en el último Salón?"

La estatuilla estuvo a punto de hacerse pedazos entre los dedos del príncipe, y fué, toda confundida, a ocupar de nuevo su puesto en la vitrina.

Por donde verán nuestros lectores que no está nunca de más saber lo que fué Tanagra y lo que son sus célebres figurillas de barro cocido, resto de un arte largo tiempo perdido.

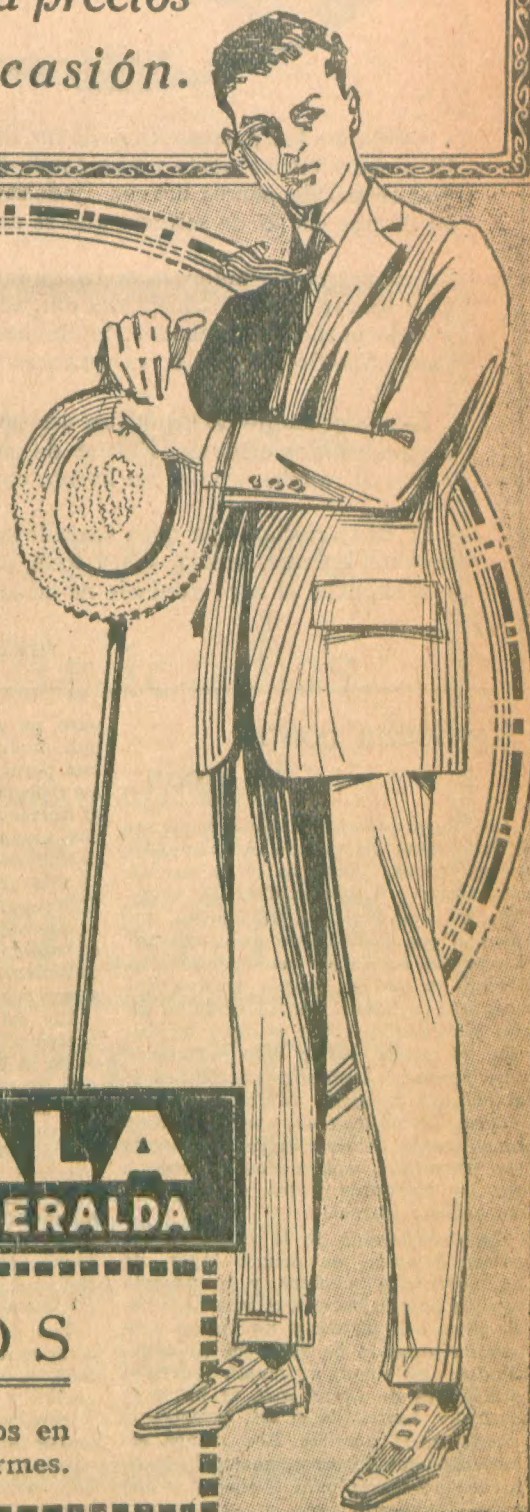
Las últimas Novedades para la estación, están en venta a precios de verdadera ocasión.

- SOMBREROS** canotiers de paja rustic, gruesa, importada; guarniciones finas, a pesos 12.—, 7.00 10.—y.....
- CAMISAS** blancas, con pechera y puños depurohilo, a \$ 3.25
- CAMISAS** de madapolán blanco, con pechera y puños de batista; en colores y gustos de gran novedad, \$ 4.90
- Confecciones para Caballeros**
- TRAJES** de saco en casimires de pura lana, inmensa variedad de gustos y colores, modelos en todos los estilos modernos y de moda, a pesos 90.—, 85.—, 80.—, 75.—, 70.—, 65.—, 60.—, 55.— y.... \$ 50.00
- CHALECOS** de piqué blanco, derechos y cruzados, a..... \$ 10.00
- GUARDAPOLVOS** de brin crudo, a..... \$ 10.00
- GUARDAPOLVOS** de brin blanco, a..... \$ 12.00
- GUARDAPOLVOS** de seda cruda, a..... \$ 25.00
- Calzado**
- BOTINES** de potro charolado, con caña de becerro negro mate, con cordones o botones, hormas cómodas y elegantes, el par, a..... \$ 16.90

M. ZABALA
=BME MITRE Y ESMERALDA

CRÉDITOS

Acordamos créditos pagaderos en diez mensualidades. Pida informes.



AL RAYO DEL SOL



Dóblanse los pastos. Una llama tórrida los tuesta. El pesado viento norte no se cansa de soplar, y el tropel de perros bravos, ijadeando, se recuesta en el ruin listón de sombra que se acorta sin cesar.

Las ovejas se amontonan fatigadas. Es la siesta. Casi hierve el agua turbia del exiguo tajamar, y a despecho del bochorno, la chicharra está de fiesta rasqueteando locamente su guitarra sin templar.

Desde el monte de espinillos que se azula tras las lomas llegan cálidos efluvios. El olor de sus aromas entra al rancho, que es un horno, con insólita avidez.

Y una criolla, cuya boca tentadora es como el rojo corazón de una sandía, vibra toda, en un antojo, que acentúa el aere almizcle de su ardiente desnudez.

Aníbal Marc. GIMÉNEZ.

La lucha contra la arena

Calcúlase que nueve décimas partes de las costas del mundo están cubiertas de arena. ¿Cuál es el origen de esta arena y a qué se debe su abundancia? Los hombres de ciencia nos enseñan que se trata de rocas trituradas por la acción de las olas, pero la verdad es que la fuerza erosiva del mar, aun ayudada por el arrastre de ríos y torrentes y por el agua de lluvia, no puede haber sido suficiente para formar las grandes cantidades de arena que bordean tantas y tantas playas. Probablemente, una parte muy considerable de esta arena representa los materiales acarreados al océano por los torrentes y los ventisqueros del período glacial.

La distribución de la arena en las costas depende, en primer lugar, de las corrientes marinas y el aspecto topográfico de las costas mismas. Donde éstas son planas y no tienen protección ninguna de rocas ni de acantilados, las olas acumulan enormes cantidades de arena que, al bajar la marea y desecarlas el sol, arrastra el viento tierra adentro. Los granos, separados unos de otros, gozan de la libertad necesaria para obedecer al impulso del viento, pero su avance queda interrumpido cuando les cierra el

paso un objeto sólido cualquiera, sea una piedra, sea una masa de algas o una planta viva. De este modo se forman pequeños montículos, que, cuando el obstáculo está constituido por plantas vivas, llegan a ser permanentes, debido a que, a medida que se acumula más arena, crece también la altura del vegetal. Ciertas plantas de tallo rastrero o de raíces cespitosas muy extendidas, prestan así gran servicio deteniendo y dando consistencia a la arena suelta y movediza de las playas.

De estos vegetales, la "Psamma arenaria" de los botánicos, o burrón, como la llaman en Cataluña, es la más útil, tanto por su abundancia como por su resistencia. En Inglaterra, en los tiempos de la reina Isabel, ya había una ley que prohibía destruir esta planta y aconsejaba su cultivo. Hoy es cosa sabida que la falta de vegetación influye tanto como la acción del viento en la formación de esas colinas de arena, características de ciertas costas, que reciben los nombres de dunas o médanos.

Las dunas pueden ser estacionarias o movedizas. Cuando la arena depositada en la costa por las olas no es excesiva y los vientos soplan con intermitencias, pueden arraigar, entre las matas de burrón y demás plantas arenícolas, otros muchos vegetales que, con sus raíces, dan solidez a la masa arenosa. Así se forman las dunas estacionarias. A veces, extendiéndose la

vegetación hacia el mar, la duna crece en esta dirección, y se observa el curioso caso de ir retrocediendo el océano ante el avance de la costa. El balneario de Southport, en Inglaterra, está edificado sobre una playa así formada. Las dunas movedizas, en cambio, aunque tienen el mismo origen que las estacionarias, por la gran cantidad de arena acumulada, y por la constancia de los vientos, no dejan lugar a que arraiguen plantas suficientemente fuertes para contenerlas, y son arrastradas hacia el interior, sepultando a veces los terrenos de cultivo y haciendo imposibles los progresos de la agricultura. En las costas del golfo de Gascuña hay puntos donde las dunas avanzan más de cuatro metros anuales. Todavía más considerable era el avance de la arena en las landas de Burdeos, transformadas por completo gracias al procedimiento ideado por el ingeniero Brémontier en 1780.

Brémontier, gran conocedor de la botánica, empleó las plantas arenícolas para convertir las dunas movedizas en estacionarias, formando así un muro de contención para las subsiguientes invasiones de la arena. Su sistema consistía en levantar una especie de empalizada de poco más de un metro de alta, con tablas un poco separadas entre sí. Cuando la arena llegaba a sepultar las tablas, éstas eran levantadas una a una, y de este modo llegaba a formarse una duna estacionaria con una inclinación de siete a doce grados en la parte del mar, y mucho menos en el lado de tierra. Delante de la empalizada disponíase convenientemente una zona bastante ancha de burrón, y entremedio se plantaban otros vegetales arenícolas, reforzando, en fin, esta especie de fortificación con una plantación de pinos que constituye la última línea de defensa.

No es Francia, sin embargo, el único país que se ha preocupado de cortar así el paso a la arena. En Holanda y en Dinamarca, el avance de las dunas y los medios para evitarlo han sido estudiados durante siglos enteros protegiéndose las hierbas marinas y las plantas de los arenales y prohibiéndose rigurosamente que pasten en la playa los ganados. En España, en la desembocadura del Guadalquivir, el empleo de zarzos y estacadas en combinación con el cultivo de plantas arenícolas y las plantaciones de pinos, ha impedido los extragos de la invasión, y ha convertido en frondosos bosques lo que antes era una costa pelada e improductiva.



Fonógrafo "TOSI"

Este preciosa Máquina Parlante con membrana "Combinación", de voz artística y mecánicamente perfecta, reúne todas las cualidades de un instrumento perfeccionado y lleva la garantía "TOSI". Mide 58 X 47 X 36 cms., en maderas finas, noble e capba. Sería barato por \$ 120.—. Le enviamos con tres discos y 200 pds de regalo, por tan sólo pe- 85.— nos.

EMBALAJE GRATIS

Discos de Caruso, Titta Ruffo y demás celebridades, cada uno, 3.— pesos.

NUEVO CATALOGO 1920
Se remite gratis

Tosi Hnos

Mérida, 241

Buenos Aires

GUITARRA "TOSI"

Guitarra de diapason y voces perfectas. Modelo concertina. Tapa y fondo bombados y fileteados. Beca artísticamente decorada. Madera escogida de nogal bien estacionada. REGALAMOS a cada comprador: 1 Método "TOSI", 1 Capotraste, 1 Encordado fino.

EMBALAJE GRATIS

Lo que vale \$ 20.—

90.— por sólo \$

Otras guitarras desde

\$ 200.— hasta 3.50

pesos.

Método "TOSI",

por el profesor Ca-

talá, para apren-

der a tocar sin

maestro, a

\$ 1.40



LOS MÉDICOS SE SINDICAN



—¡Pronto, doctor! se muere.

—Ante todo, enseñeme su carnet de afiliado al sindicato.

FÁBULA

Con empaque doctoral,
soñando escalar el cielo,
disertaban sobre el vuelo
cien gansos, en un corral.

Palmípedos oradores,
con admirable frescura,
probaron que, de la altura,
son los eternos señores.

Mas no fué hazaña, a fe mía,
el ver logrado su afán:
que en todas partes están,
los gansos, en mayoría!

Por eso, aquellos graznidos,
dieron allí a comprender,
que es muy fácil convencer...
predicando a convencidos.

De pronto, con ironía,
¡Que hable ese!—gritó un gracioso,
a un cóndor que, silencioso,
al gran congreso asistía.

Y, desatando su vuelo,
por toda respuesta, el ave,
perdióse, solemne y grave,
tras los nublados del cielo.

Germán GARCIA HAMILTON.



MADE FOR THE
B.V.D.
BEST RETAIL TRADE
(Marca Registrada)

ROPA INTERIOR

Toda persona que busca el confort no debe aprisionarse en ropa interior pesada y ceñida. Debe moverse con soltura y libertad, con Ropa Interior B. V. D.

Holgada - Fresca - Cómoda

La duración de B. V. D. es extraordinaria. Exija ver la etiqueta tejida en colorado que figura arriba, cosida, en cada pieza con la marca B. V. D. Rechace substitutos. Se venden en las principales casas del ramo.

The B. V. D. COMPANY, Nueva York.
Representante: WILL L. SMITH
RIVADAVIA, 2027,
BUENOS AIRES.

Copyright U.S.A. 1917 by The B.V.D. Company

Placer en la salud

El que está a menudo enfermo, no solamente siente mayor placer en la salud, porque cura a menudo, sino que posee aún un sentido más agudo por todo lo sano y morbido, en las obras y en los actos, ya suyos, ya de los demás. Los escritores enfermizos, por ejemplo,—y casi todos los grandes

esritores se encuentran desgraciadamente en este caso,—poseen generalmente en sus obras un tono de salud mucho más seguro y más igual, porque comprenden, mejor que los robustos, la filosofía de la salud y la curación del alma. Conocen los maestros que enseñan la salud, la mañana, el sol y las fuentes de agua pura.

Federico NIETZSCHE.

Las fiestas de fin de año deben celebrarse con pro- ductos finos y delicados.

*Nada más delicado
y fino que los :: ::*

REFRESCOS INCHAUSPE

que tienen el delicioso
sabor de las frutas
:: más exquisitas ::



Lo que dijo el poeta a la amada

Cuando los almendros plétóricos de savia joven estén cuajados de flores blancas y el sol ría en ellos, entonces tú y yo, asidas amorosamente nuestras manos, proyectando nuestros cuerpos una sombra, recorreremos lentamente los parques ebrios de sol y a nuestro paso veremos florecer los caminos y los cielos.

Todo será nuestro entonces. El cielo cinéreo vestirá de azul intenso y el siempre nuevo y nunca viejo sol nos bañará piadosa y buenamente...

Aspiraré el perfume turbador que se escapará de tus cabellos rubios mientras caigan confiados en mis hombros... Con los dedos amorosamente enlazados y con los corazones rebosantes de santa dicha, caminaremos bajo la lluvia blanca de flores...

Brisas, pájaros y fuentes cantarán en esa hora nuestra de intenso amor: será esta una orquesta tan tierna como misteriosa. Ni tú ni yo hablaremos, porque una mirada sola de tus incomparables ojos azules será más elocuente que la palabra misma.

Sentiré por primera vez la mordedura odiosa de los celos, pero desaparecerán ellos junto con la tarde y con el sol; porque tendré celos del sol...

Estos celos míos se te antojarán como una locura y reirás y reiré también yo porque contagiará tu risa fresca.

El paisaje no estará ebrio de sol cuando la noche extienda sobre nuestras cabezas y sobre la naturaleza rumorosa sus misteriosos velos.

La orquesta será algo más magnífica porque a ello habremos unido la música de nuestros sonoros besos.

Todo será nuestro entonces.

Cuando el sendero esté pleno de luz de luna, bajo el cielo cuajado de estrellas y bajo la lluvia blanca de las flores, regresaremos...

Rebeca LETELIER MARTNER

En el cuartel

El general Druot estaba indignado por los frecuentes robos que se hacían mutuamente sus soldados. Para hacer un escarmiento, dispuso que el soldado que robase cosa alguna a sus compañeros, sería condenado a la pena capital.

Un soldado quiso burlarse de la orden del general, y robó a un compañero un capote; al otro día la víctima dió aviso a sus superiores del hecho y éstos ordenaron una revisión general.

Creían no encontrar el capote robado, cuando a un cabo le dió la idea de abrir un colchón que abultaba más que otro, y efectivamente, encontraron la prenda tan buscada. El ladrón fué llamado en seguida al estado mayor.

—Qué le parece—le dice el general—haber expuesto la vida por un capote que no vale ni cuatro pesos.

—Mi general, ¿y no estoy exponiendo mi vida diariamente por cinco centavos?

El general no supo qué contestar y lo absolvió.

De otros tiempos

Diderot, en su viaje a Rusia, hubo de manifestar delante de la emperatriz su extrañeza por el poco aseo de los rusos, que por entonces eran todos esclavos.

—¿Para qué han de cuidar de un cuerpo que no les pertenece?—respondió Catalina.

LO QUE DICEN LOS PATRONES



—¡Pero Manuela!: usted procede aquí como en país conquistado. ¿No podríamos obtener condiciones menos duras de este régimen de ocupación?

LAS VOCES SECRETAS

PEREGRINO

Llegué a una encrucijada y en los cuatro caminos vi la ruta probable de gloriosos destinos. Los árboles rimaban largos alejandrinos.

Los caminos seguían los puntos cardinales y estaban solitarios y eran todos iguales. La luz desmadejaba sus hilos verticales.

Sentí abrirse en mi espíritu la misma encrucijada, absortas las pupilas, abierta la mirada, perdido el corazón en la noche encantada.

Cayó a un lado una estrella roja como un rubí. Creyéndola un presagio me encaminé hacia allí por ese buen camino que me trajo hasta ti.

Bendita sea la estrella roja como un rubí.

EL VENDEDOR DE GLOBOS

Aunque en traza callejera el noble símbolo anules orbitando a tu manera tus globos rojos y azules,

yo sé que esa dulce nena que te huyó, simple y cobarde, comprendió bien tu docena de globos aquella tarde.

LA NUBE

Tal vez esa nube espesa cargada de obscuridad trae un agua clara presa para lavar la ciudad.

Por eso, espera y devana la fe de tu catecismo. Acaso pronto... Mañana... Quién sabe si no ahora mismo.

CREPUSCULO

Ya en su ocaso, el sol se queda con fulgores rezagados, pues gusta en nubes de seda cardar vellones dorados.

Se apaga el día en alguna sombra azul.

(Pausa).

Y recata al sol, que aguza a la luna sus finos cuernos de plata.

SOL

La escarapela de oro del sol crepuscular condecora la tarde vernal.

Un pastor con su enorme cayado al hombro, va arrastrando una nube de silencio al pasar.

Toda la tierra es una violeta. Toda está doblando su corola sobre la eternidad.

MAS ALLA

Ancha mar y vasto cielo, ni olas ni nubes al paso, sólo el sigiloso vuelo de las luces del ocaso.

Alija tu nave y fía la vela, que siempre es hora. Basta sólo que sonría el mascarón de tu prora.

Y navega sin cesar mas sin prisa por llegar para que puedas tener el placer de persistir

y el gozo de no saber ni dónde vas a parar, ni cuándo vas a llegar ni quién te irá a recibir.

EL SECRETO INEFABLE

Tristeza, aristocracia del corazón. La vida es dulce y buena cuando le asiste la divina gracia de sonreír de pena.

Gloria de excelso arte, dignidad, altitud, eucaristía. Si gustas el dolor, tendrás la parte más leal y más noble de la sabiduría.

No te importe sufrir si en ello pones la virtud y el deber de estar contigo. Todos los corazones tienen un gran dolor que es su enemigo. Pero les duelen más las ilusiones.

José MARTINEZ JEREZ.



Amor de criolla

por Antonio BURICH

El amor de Ramona por su marido era un verdadero amor de criolla. Todo en él era rendimiento y devoción. Y lo más raro es que en lugar de ir decreciendo con el pasar de los días, de acuerdo a la ley que rige la vida sentimental en la mayoría de los casos, en ella había ido, por el contrario, intensificándose sin cesar. Tanto se había intensificado su cariño, que al cabo de cinco meses de matrimonio había llegado a ser una especie de llama devoradora. Lo que alimentaba esa llama, sin embargo, no era nada extraordinario. Era, simplemente, el contraste físico y de caracteres que existía entre ambos cónyuges. Ella era morena y de temperamento un tanto varonil y tenía simples modales pueblerinos, mientras que su marido era rubio y casi afeminado y ostentaba los modos cortesanos e insinuantes de las personas de la sociedad porteña con quienes se educara; y todo esto impulsaba hacia él a Ramona de una manera irrefrenable. Por otra parte, contribuía también a reforzar su adoración la existencia retraída que llevaba en el pueblo donde residían. Sus afecciones todas se reconcentraban en el hogar en forma tan absoluta, que fuera de éste el mundo podía decirse no existía para ella. En efecto, excepción hecha de sus progenitores, en cuya casa seguía instalada con Luis después de la boda, ocupando dos piezas independientes, no mantenía relaciones con nadie, a pesar de que todos, parientes y vecinos, la hubieran recibido con verdadero gusto, siendo como era la hija del más respetable estanciero de la comarca.

Su vida, pues, se deslizaba completamente feliz, sin ningún cuidado que no le concerniera directamente.

Por lo que respecta a sus ocupaciones, eran vulgares como las de casi la totalidad de los seres de su sexo. De mañana, apenas se ponía en pie, ella misma preparaba el agua en un calentador que tenía en el dormitorio, y cuando Luis se despertaba servíale mate en el lecho. Después le cepillaba el traje cuidadosamente y lo ponía bien doblado sobre una silla, a su alcance. Cuando su marido salía para ir a sus asuntos o simplemente para jugar al billar en el café, ella daba comienzo al arreglo de la casa, con lo cual se entretenía más o menos hasta las nueve. A esta hora ordenaba a la cocinera lo que debía preparar para el almuerzo y se iba a conversar un rato con su madre. A las once ponía la mesa. Por la tarde, después de levantar el mantel, dormía un poco de siesta, y hasta la noche ocupábase en quehaceres menudos, aunque lo más frecuente era que se la pasara en el comedor, recostada perezosamente en un sillón, tejendo agradables ensueños, forjando proyectos para lo porvenir. Luis había resuelto que apenas se cumpliera el primer año de su matrimonio se trasladarían a la capital federal, donde vivirían siempre, y Ramona, que nunca había estado en Buenos Aires más de una semana, fantaseaba sobre el futuro viaje mil peregrinas extravagancias.

Esta vida serena, esta placidez dichosa de la joven, duró, empero, muy poco: apenas ocho meses. Al cabo de este tiempo fué interrumpida por una incidencia extraña. De repente, circuló por el pueblo el malévolo rumor de que su marido se había

casado con ella sólo por el interés, pues la familia de Luis (también del pueblo) estaba abocada a la ruina y, además, que éste tenía en la capital una querida que amaba con locura, por lo cual era que deseaba fijar allí su residencia.

A causa de estas habladurías, Ramona llegó a perder completamente el apetito y se puso en extremo delgada y taciturna. Su cambio fué tan manifiesto, que su esposo se apercibió de él.

Una noche, antes de acostarse, aquél, que tenía sus recelos, por ser verdad lo que se murmuraba, sometióla a un interrogatorio. Ella, consecuente con su carácter huraño, negó en un principio que la embargara ninguna inquietud. Pero como él insistiese y desplegara todas las galas de su verba cáhida y persuasiva, terminó por confesar lo que la tenía en ese estado.

—¡Bah!—dijole Luis, lanzando una sonora carcajada.—¡Charlatanerías! No hagas caso. Alguno de tus antiguos pretendientes hace correr esa bola para vengarse de tu desprecio.

Como estaba ansiosa de que todo lo que se decía fuera mentira, y la cosa era por lo demás bastante verosímil, Ramona no contestó. No obstante, la risa de su marido le había sonado a falso y en el fondo de su naturaleza montó, a despecho de sus frases, quedó hacia él un resto de desconfianza hostil, algo como una mancha rebelde, que no puede borrarse por más esfuerzos que se hagan.

Desde entonces, por cálculo, fingió indiferencia; pero quedó alerta, a la expectativa, aguardando algún detalle que confirmara sus temores o los disipara completamente. Siempre que estaba a solas con su esposo, aun en medio de los mimos y las caricias que él a veces le prodigaba zalameramente, le observaba con la pupila escrutadora. Examinaba sus ropas, sus ademanes, la expresión de su rostro, todo, en fin, lo que podía darle un indicio para orientarse en medio de sus conjeturas.

De esta guisa transcurrió algún tiempo. La joven esposa, a pesar de su gran empeño, no lograba descubrir ningún detalle revelador que la aliviasse de la horrible duda que la atormentaba, y ya comenzaba a desesperar de conseguirlo nunca, cuando los hechos se encargaron por sí solos de despejar la incógnita.

Era una tarde de noviembre. Ramona estaba, como solía, tendida en su sillón del comedor, junto a la ventana. De improviso llamaron a la puerta y la cabeza de su madre asomó en la habitación.

—Te buscan—le dijo la anciana.

—¿Quién?

—La Jesusa.

—¿Qué me quiere la Jesusa?

—No sé. Desea hablarte.

—Que venga mañana—repuso despreciosamente.—En este momento no tengo ganas de conversar con nadie.

—Dice que se trata de un asunto de importancia.

—Hazla entrar, entonces.

La madre de Ramona desapareció y a poco entró en el cuarto la Jesusa.

Era ésta una vieja tuerta y escuálida, que vivía en un rancho destaralado en las orillas del pueblo, y que para subvenir a sus necesidades pedía limosna y desempeñaba cuanta pequeña tarea, lícita o no, se le encomendaba.

—Hijita—dijo apenas se vió adentro, avanzando hacia Ramona, después de saludar y mostrando la caverna de su boca sin dientes en una mueca que quería ser una sonrisa;—traigo una cosa para usted. —Es una carta—agregó luego, mirando fijamente a la joven, que se enderezaba en el sillón.

Y extrayendo con dificultad del seno, con dedos trémulos y torpes, un sobre azulino, lo puso en sus manos. Hecho lo cual, se retiró presurosa, para evitar que le hicieran preguntas.

Ramona, llena de curiosidad, sin preocuparse de la vieja, rasgó en seguida el sobre y se puso a leer.

La carta, bastante extensa, era un anónimo. Insistía sobre los chismes que corrían por la población referentes a su casamiento, agregando además que esta vez la cosa rayaba en el escándalo. Decía que dos días antes había llegado al pueblo la querida de Luis para entrevistarse con él, y se hospedaba en el hotel frontero a la estación, donde se reunían. La carta terminaba con estas palabras: "Señora: si quiere usted convencerse de estas afirmaciones, no tiene más que tomarse una pequeña molestia. Mañana a las diez, antes de mediodía, váyase al hotel y trate de entrar por sorpresa en el saloncito reservado."

El efecto que misiva tan páfida produjo en el ánimo de Ramona, no es para descripto. Fué presa de una rabia sorda, y estrujó el papel y lo rompió en cien pedruzcos. Comprendiendo, no obstante, que no le convenía dejarse llevar por su genio, al rato se calmó. Más tarde, a la hora de la comida, disimuló también cuidadosamente la agitación ante su marido.

Al otro día, pasado que hubo su primera noche de insomnio, se dispuso a seguir el consejo de la carta. Que una forastera joven, hermosa y elegante se hospedaba en el hotel de referencia, era indudable, pues ella misma la había visto desde la ventana dirigirse allí apenas bajara del tren. En cuanto a que era la querida de su esposo, ya lo sabía.

Luis una vez vestido salió, y Ramona, cuando llegó la hora dirigióse al hotel. Por el camino iba pensando que era casi seguro que encontraría gente en el establecimiento, lo cual obstaculizaría su pesquisa. Pero no por eso se detuvo. Estaba dispuesta a cualquier cosa para saber la verdad.

Afortunadamente, al entrar no había nadie en el despacho del hotel. Sólo un criado le abrió la puerta, le condujo al pie del mostrador y desde el patio llegaban las voces de los mozos y en todas las ocupados en sus tareas habituales. La ocasión, pues, no podía ser más oportuna.

Con la mejor precaución, para no hacer ruido, Ramona se encaminó inmediatamente hacia el saloncito reservado, que estaba a la derecha del salón principal, dividido por un tabique de madera. Junto a la puerta se detuvo un instante. Después, entreabrió suavemente la gastada cortina de terciopelo rojo que pendía en ella y... miró.

Sintió como un vahído, y poco le faltó para desmayarse. Lo que el anónimo le decía era cierto, rigurosamente cierto. En un rincón, donde la luz era menos intensa, pero de modo que se los pudiera distinguir perfectamente, estaban Luis y la forastera. ¡Y en qué postura! Él se hallaba sentado en un sofá, y ella sobre sus rodillas, abrazándolo y mirándolo a los ojos. En la actitud de ambos se adivinaba la voluptuosidad más profunda, y tan ocupados

estaban de sí mismos, que no se dieron cuenta de que eran espíados.

La pobre joven soltó con desaliento la cortina y, sin ser vista por nadie, emprendió el regreso. Cuando entró en su casa, se tambaleaba, estaba como ebria; un dolor indecible traspasaba su corazón de esposa ultrajada. Maquinalmente, sin saber lo que hacía, preparó la mesa como de costumbre, y con la faz pálida y desencajada púsose a esperar al culpable.

A las once y media, éste llegó. Reparando en el extraño aspecto de su mujer, paróse con extrañeza en medio del cuarto. Al fin preguntóle:

—¿Qué tienes, chiquita, que estás así? ¿Qué te pasa?

Entonces ella lo miró con expresión de odio, púsose lívida de pálida que estaba, y dijo pausadamente:

—¿Qué tengo? Tengo que sé que sos un bandido, que me estás engañando.

El enmudeció un punto. Con la intuición rápida de los calaveras de ciudad, avezados a esta clase de escenas, se percató de la situación, comprendió que a su mujer le habían hablado de su querida. Suponiendo, empero, que la cosa no iba más allá, tomó instantáneamente su partido. Imprimió a su semblante una máscara de sorpresa y se preparó para defenderse. Pero Ramona no le dio tiempo.

—¡Sí, sos un bandido!—continuó yendo hacia él. Lo que se dice en el pueblo es verdad. ¡Tenés una querida!

—¿Una querida?... ¡Estás soñando!

—¡No lo niegues!—gritó con energía. Es esa mujer que para en el hotel de la estación. ¡Lo sé! Hace un momento fui allí y, sin que ustedes lo advirtieran, los he visto a los dos abrazados en el saloncito. Ella estaba sobre tus rodillas.

El joven se quedó helado. La sorpresa que esta vez se pintó en sus facciones no tenía nada de fingida. Viendo, por otra parte, que sería inútil apelar a las evasivas, pues éstas no lo conducirían a nada, resolvió jugar el todo por el todo.

—Bien—dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia y cruzando los brazos.—Nos has visto. ¡Mejor! Así ya no habrá ningún secreto entre nosotros. ¡Sí, esa mujer es mi querida!... ¿Y qué?

Con esta confesión audaz, teatralmente hecha, esperaba desconcertarla; empero se equivocó. Al oír tales palabras, un vivo estremecimiento recorrió de pies a cabeza el cuerpo de Ramona.

—¡Ah, canalla!—exclamó con una especie de rugido.—¡Canalla!

Y sucedió algo terrible.

Inconsciente, cegada como por un relámpago por la cólera y los celos que desde varios meses atrás iba juntando día por día, abalanzóse sobre un enchillo de cocina que reposaba sobre la mesa, y antes que su marido pudiera hacer el menor movimiento para parar el golpe, se lo hundió en la garganta.

Luis abrió los brazos, revolvió los ojos en las órbitas, y, mientras un borbotón de sangre salía de su herida, cayó pesadamente sobre el piso, muerto.

Cuando al rato, los padres de Ramona y la demás gente de la casa acudieron, atraídos por el ruido, hallaron a aquélla en medio de la habitación, con la vista extraviada, como loca, respirando afanosamente y sin reparar en el desorden de sus vestidos, que le dejaban descubiertos los senos.

En vano el viejo, aterrado, la interpeló.

—¡Hija! ¡Mi hija! ¿Qué has hecho?

La joven continuaba muda, inmóvil, como si estuviera ausente.

Tan sólo cuando en la puerta del cuarto apareció, pasados algunos minutos, el comisario, seguido del sargento, haciendo sonar las espuelas, pareció salir de su estupor. Levantó la faz, paseó sus pupilas vidriosas por los circunstantes y balbució con lentitud:

—¡Ah!... La policía... Viene a ver quién mató a Luis ¿verdad?

Después, frunciendo fieramente el entrecejo, mientras se golpeaba el pecho con las manos, añadió:

—¡Yo! ¡He sido yo...

En seguida una nube de acerbo dolor pasó por su frente y sollozos convulsivos la sacudieron. Luego echó una mirada al cuerpo ensangrentado de su esposo y, arrojándose bruscamente sobre él, repitió:

—Sí, sí; yo lo maté!... Porque yo lo quería, ¿sabe, señor comisario?... ¡Yo lo quería y él me engañaba!...

Y al decir esto, con voz quebrada y ronca, bañaba de lágrimas el rostro y las rones del cadáver e imprimía en él besos hondos, ardientes, apasionados, como si con su hálito hubiera querido rasgar el velo de la muerte y volverlo a la vida.

Una manera de recibir a los ladrones

por Jorge AURIOL

Mi amigo Paille invitó a su última caza al barón de Laensberg, que pasa por uno de los más atrevidos excéntricos. Nada, en los modales del barón denota las cualidades originales que le han merecido su reputación. Extremadamente flegmático habla poco y no introduce en su conversación ninguno de los términos pintorescos que son patrimonio de las personas de su edad y género de vida. Si hubiese dedicado un poco más de atención al cuidado de su barba y hubiese dejado algunas veces su pipa de brezo, no habría visto en él nada de particular.

Pero al terminar el almuerzo justificó su reputación contándonos de la manera más sencilla esta historia bastante extraordinaria:

—Poseo—dijo el barón, entre otros castillos, una mansión feudal en los alrededores de Lubbeck.

Si desde la terraza de esa residencia se examina la Manura que la rodea, no se tarda en divisar al sudoeste y a una distancia de tres kilómetros una especie de palomar antiguo. Esa torre, señores, se comunica con el castillo por un subterráneo. Probablemente por este camino de topes se escapaban mis distinguidos antepasados cuando sus colegas los sitiaban demasiado duramente.

Como un castor he reunido en la residencia ancestral la mayor parte de mis colecciones, cuadros, armas, estampas, tapicerías.

Pero como no vivo sino rara vez en ese nido de águila y prefiero, modesto vagabundo, los diversos términos de ambos mundos, he llegado a ser el punto de mira de los más distinguidos ladrones.

Y esto se comprende, pues, no sería perder el tiempo ni la juventud despojar al viejo Laensberg de sus Holbeins, sus Fra Angélicos y sus van Dyck. Aunque uno viniera para esta operación de las Barbadas o de las Islas Sandwich, sacaría para el viaje, como vulgarmente se dice.

El barón prosiguió, con una leve sonrisa:

—Habiéndome convertido en amigo íntimo de los ladrones estoy asegurado contra toda tentativa de robo.

Los ladrones de museo, que no temen la cárcel ni el revólver profesan la más alta admiración por los individuos a quienes juzgan más audaces que ellos. Todo consiste en dejarlos boquiabiertos. Si uno logra epatarlos seriamente, lo aceptan como hermano. Queda

Pidan la deliciosa cerveza QUILMES CRISTAL

usted cubierto con su pabellón y ya nada tiene que temer de su parte. Hasta puede usted, si se le ocurre, hacerles trabajar por su cuenta. Yo no he llegado a tanto; pero lo cierto es que los dejé boquiabiertos con esta jugada que me permitió hacerles para conquistar su preciosa simpatía:

Habiendo tenido conocimiento en marzo último, que se organizaba una expedición y que el jefe de esta empresa se proponía substraerme algunas tapicerías góticas, avaluadas en cincuenta mil francos cada una, hice venir a mi casa, por el subterráneo, a cuatro sirvientes de confianza y a doce buenos compañeros. El robo debió ser llevado a cabo en la misma noche de nuestra llegada.

Recomendé a mis compañeros que no se movieran ni produjeran el menor ruido, sucediera lo que sucediera, e hice preparar en el salón de honor, una mesa admirablemente servida: fiambres de ave, pâtés de toda clase, vinos del Rin, de Borgoña y de Champaña.

Advertí luego a mis amigos de la hora tardía que había fijado para la cena: las doce de la noche. Y después de haberles anunciado que ocurriría algo de extraordinario, les hice jurar de nuevo que no se moverían aunque oyesen algo excesivamente anormal y aun terrible.

A las once en punto nos sentamos a la mesa en el seno de la más profunda obscuridad. Cada uno de nosotros, de acuerdo con mis instrucciones, guardaba el mayor silencio.

A las once y media oímos un leve ruido junto a la pared; este ruido fué seguido pronto por otro más considerable: el de la fractura de una ventana, (la de mi cuarto) y a poco resonaron pasos pesados en las losas del corredor.

La puerta del salón que había hecho hecho cerrar cuidadosamente, crujió, forzada por una palanca de hierro, y entraron varios hombres, pronunciando palabras groseras.

Recurrí en ese instante a las luces de la ciencia moderna. Rápidamente hice girar un botón de marfil: todas las lámparas eléctricas se encendieron de pronto y los ladrones se detuvieron, petrificados, en el umbral del antiguo salón.

Me puse de pie, saqué el reloj, y volviéndome hacia los recién llegados, dije:

—Las doce y cinco... Han venido con un retardo de cinco minutos, señores.

Y como no atinaban a moverse, proseguí con bonhomía:

—¡Vanos, amigos! Siéntense a la mesa y no hagan cumplimientos. Sólo a ustedes esperábamos para empezar...

EXPLICACIÓN



—Parece que su amigo ha conseguido cortar el bife.
—Es tallista.

El solar de las once mil vírgenes

(Narración colonial)

por B. J. MALLOL

Vuestra merced, señor capitán, tenga por cosa cierta que gran desdicha será, si ese golpe de langosta, que se ha avizorado en el Pago de los Montes Grandes, avanza a las tierras de sembradura, aledañas a este poblado; que mucho daño ha de causar, destruyendo las mieses, acarreando hambres y miserias, si la misericordia del Señor, por intervención de las once mil vírgenes, protectoras celestiales contra esa plaga, no nos libra de ella. Tengo para mí, que ello es admonición del cielo a este pueblo, que la mucha licencia de costumbres y olvido de sus prácticas religiosas, acreedor lo hacen del tal castigo.

A fe mía, que harta razón tiene vuestra paternidad; si la manga de langosta avanza, pocas hanegas de trigo se hallarán, que desmedradilla será la cosecha. No mandaremos bastimentos de harina a las tierras del Brasil, como, por gracia de Dios, pudimos hacerlo en años anteriores; barrunto, y holgura de errar, que aun ha de faltarnos para el amasijo de las tahonas.

Esta grave plática tenía lugar en la Plaza Mayor de la Ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, en una luminosa mañana del mes de octubre de 1613, entre el capitán de lanzas, Rodrigo de Mena, y el reverendo padre fray Agustín Osorio, definidor de San Francisco, fraile de los graves y discretos.

Al distribuir Garay los lotes de la ciudad, destinó para la capilla de las Once mil vírgenes, patrona contra la langosta, el doble solar frontero a los fondos de San Francisco. Y cuando Garay, hombre sesudo y precavido, designó tan importante sitio para dicho culto, bien demostraba la importancia que asignaba a su celestial protección contra la plaga, que de antaño ha sido el azote de estas tierras.

Pero años de vida holgona, de buenas cosechas y de hartura, habían hecho dar al olvido el deber que, de levantar un templo o modesta capilla, implicaba la donación del solar; la población, enredada en chismes y querellas, ni aun celebraba la fiesta de las santas doncellas, a pesar de que el señor obispo la había declarado "de guardar". Es muy humano "no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena".

Y sin embargo tiempos eran aquellos en que la palabra dada y la promesa hecha, magister fuera sin testigos, era respetada y cumplida, que bien decía el refrán, que se agarra "al buey por las astas y al hombre por la palabra".

Retirar la palabra empeñada, era acción ruin y bellaquería impropia de pechos hidalgos. Para ejemplo de cómo era la gente de formalota y papelera y del respeto que guardaba a la palabra dada, aunque fuera de casamiento, que es la más quebradiza de las promesas, viene muy al caso el recordar la escritura extendida el año 1606 ante el escribano de Cabildo, Pérez de Burgos, en la cual manifiesta don Pedro Valdez "que viene a desistir y apartarse de la palabra concertada para desposarse con Margarita Martínez; para que la susodicha, libremente, sin estorbo, ni impedimento alguno, pueda disponer de su persona, como bien visto le fuera"; y agrega, para que la agraviada no clamara contra el gran entuerto que le facían al llamarse anadana el novio, "que cuando la susodicha le diere quitación y vuelta de la dicha palabra, se obliga de dallas cien pesos de a ocho reales el peso". Y no se mote de tacaño al ga-

lán y de menguada la suma, que bien se pudiera comprar con ella en aquellos tiempos, hasta tres solares en el barrio de Santo Domingo, que era el riñón de la ciudad.

Por esos años, era gobernador y capitán general del Río de la Plata, don Diego Marín de Negrón, caballero de nobles dotes y humanitarios sentimientos, que mucho le honran, que bien parece la bondad en quien tiene mando y poder. Sus preclaras cualidades han sido amortiguadas por el brillo de su antecesor y sucesor, el criollo Hernandarias. De espíritu recto y justiciero, prosiguió Negrón la campaña de aquél en favor de los indios y contra las "encomiendas", cuya supresión logró después de la venida a Buenos Aires del visitador Alfaro; las célebres ordenanzas de éste fueron publicadas en 1611.

A mal traer tenía el año trece a los vecinos de Buenos Aires por las muchas desazones que en él pasaron. La primera fué la sentida muerte del gobernador Negrón, acaecida en el mes de julio, que todo cambio de mandatario traía querellas y trastornos.

A la amenaza de la invasión de langostas, agregóse la alarmante nueva de estar en camino con ánimo de radicarse en la ciudad, tres abogados de Charcas.

Agitóse el vecindario y reunióse el Cabildo, acordando sus mercedes impedir la venida de los letrados "por el daño que causan enredando a los vecinos en pleitos". Y no errados anduvieron sus mercedes, que la gente era de suyo enredadora, leguleya y papelera, como lo prueba el proceso entablado a Hernandarias, sobre derecho y licencia de negros "descaminados y perdidos", que iniciado en 1612, no finó hasta 1620, aumentando la querrela de tres mil reales a veinte mil pesos, y aunque de ello salió triunfante y honrado, harto lo agravaron con embargo de sus bienes y aun prisión. Gajes éstos que le granjearon sus trabajos en favor de los indios, que le hicieron cobrar enemigos entre los encomenderos, que desfogaron de esa guisa sus enconos.

Grande era el número de indios erranderos, con ribetes de hechiceros,

Western Electric Company

Reconocidos universalmente como los fabricantes de artículos de CALIDAD

Exija en todas las buenas Casas de Electricidad, artículos que ostenten nuestra marca.

que pululaban en la ciudad. Para poner remedio al mal, resolvió el Cabildo "tener de fijo" un médico-cirujano, lo que barrunto fué para los vecinos "saltar de la sartén para caer en las brasas". Designósele como estipendio cuatrocientos pesos anuales, pagaderos en "harina y frutos de la tierra", lo que aceptó el galeno, pues como decían los frailes en su colecta "trigo es limosna". En compensación establecióse ese año la primera escuela pública, cediendo al Cabildo dos salas del Capítulo para aulas y siendo Juan Cardoso Pardo el maestro, aunque más que de tal, tenía de leguleyo, según lo vemos figurar en la causa contra Hernandarias, titulándose "Defensor de la Real Hacienda".

Y ya que de escuelas hablamos, me place y me aguija el deseo de hacer notar que no debían ser los vecinos de Buenos Aires, aun en tan lejanos tiempos, gente ruda, de menguada instrucción, más amiga de batir el

cobre que de holgarse en la lectura de doctos o picarescos ingenios y que no tan roñidas andarían las armas y las letras, cuando vemos que en el inventario de los bienes de Hernando de Horta, fallecido en 1606, figura "una librería" de setenta y ocho libros "aforrados en cuero colorado"; y en el mismo año vende don Diego de Castro a don Agustín de la Guerra "doscientos noventa y tres cuerpos de libros, en latín y romance".

Pero volvamos a la langosta. La aburrida holganza y vida rutinera de los vecinos, sólo distraídos por el bando del pregoneo, el sonajeo de la récula de mulas que del interior llegaban, algún juego de cañas o las morisquetas de negro bozal al que se aplican cien azotes en el rollo de la plaza, estaba profundamente alterada en esos días ante la invasión de la langosta.

El grave caso imponía la reunión a Cabildo, "de la Justicia y Regimiento de la Ciudad".

Con ronco paso, acuitado rostro, grave continente, dormida la poltrona siesta y apurada la colmada picara de espumoso chocolate, acudieron sus mercedes a las "Casas Reales". En la plaza reunióse un gran concurso de gente corrilera, al que se allegó una que otra curiosa de saya y manto y algún fraile callejero.

Larga fué la sesión, acordando al final "que teniéndose noticia de la mucha langosta que viene, decidieron unánimes acudir a las Once mil vírgenes, como intercesoras legales, disponiendo se hagan rogativas y solemnes procesiones". En cuanto a los gastos que éstas ocasionarap, nada dice el acuerdo; de suponer se se repartieran a "rata por cantidad" entre sus mercedes o echaran un guante los vecinos adinerados.

¡Retiróse la langosta sin causar mayores daños! Ello debió ser así, que los tiempos eran de prodigios. "Virrey de los Milagros" fué apodado su excelencia el conde de Montorey, sino por derecho propio, por reflejo, que en esos años vivían en Lima, Santo Toribio, San Francisco Solano y Santa Rosa; y de Buenos Aires hasta las selvas del Paraguay pregonaba la fama los milagros del padre Bolaños.

EN UN ALBUM

Yo siento cariño por todo lo bello, por todas las cosas que son el reflejo más fiel y más grande de mis sentimientos.

Y entre todas ellas veo destacarse tu rostro divino de rasgos excelsos, tu rostro que encarna la suma belleza, —belleza infinita de todos los tiempos— y mientras la gustan mis cinco sentidos se me antoja, niña, que no tiene precio...

Pero rectifico mi sensible yerro, y es que la belleza de tu rostro excelso tiene precio... ¡Vale mi dulce sosiego!

José M. BRANA.

EL NÚMERO 13

por Eugenio HELTAI

I

A las tres de la mañana, dos jóvenes tristes y taciturnas descendían por las escaleras del Sporting-Club, de Montecarlo, dos pequeñas actrices húngaras, rubia la una, morena la otra. Hoy sería difícil decidir cuál de ellas era la rubia y cuál la morena, puesto que ha pasado año y medio desde entonces, y en el transcurso de ese tiempo cada una de ellas ha sido alternativamente morena y rubia. Pero eso no importa; lo esencial es que en esa triste alborada la rubia no tenía más dinero que la morena. De doce de la noche a una de la mañana habían perdido dos mil francos; solamente eso por no llevar más consigo.

A la una y media la morena solicitó de un abogado de Budapest cien francos, porque un misterioso presentimiento le anunció que el cero iba a salir. El cero no salió, sin embargo; pero los banqueros barrieron todo con sus manos listas, empujando también aquellos cien francos. A las dos la rubia consiguió de otro abogado de Budapest otros cien francos, porque un misterioso presentimiento le avisó que por dos veces seguidas iba a salir el negro. Pero el negro no salió tampoco; y como no había allí otros dos abogados de Budapest, las dos artistas resolvieron a pesar suyo abandonar el juego. Quedaron fatigadas alrededor de la mesa de la ruleta, mirándose dolorosamente cada vez que el negro o el cero salían.

En el hotel tenían aún las dos un poco de dinero: mil quinientos francos. A las dos y cuarto la morena propuso ir por esa suma para continuar jugando. Pero la rubia se manifestó más prudente.

—¿Para perder eso también? ¿Con qué pagaríamos la cuenta del hotel y cómo podríamos volver a Hungría?...

La morena no respondió; pero, disgustada, fue a colocar junto a la mesa del treinta y cuarenta. A las dos y media la rubia le tocó la espalda: puede ser que tengas razón. Vayamos por el dinero...

Pero la morena era ya la que no quería. Y a las tres menos cuarto decidieron que tomarían el tren de la mañana.

Quince mil francos habían perdido en aquel año. Éxito malísimo... Pero no importaba: ya ganarían en el próximo marzo.

II

—Este maldito trece es la causa de todo—dijo en un suspiro la niña rubia, mirando con odio una pequeña joya que hasta un momento antes había adornado su cuello.—¿Por qué la aceptaría? Pude sospechar que iba a traerme mala suerte.

Uno de sus amigos supersticiosos le había dado aquella alhaja, que era un número trece formado con brillantes y rubíes. Era muy linda a la vista, pero no tenía gran valor: debió costar algunos centenares de coronas. La rubia la miró con odio creciente.

—Voy a tirarla a la calle—dijo con brusca decisión.

Y se dirigió hacia la ventana. Pero la morena la detuvo con el brazo:

—¿Estás loca? Sería una lástima por los brillantes que tiene.

La rubia alzó los hombros, desdeñosa.

—No la quiero. Desde que la uso estoy como embrujada. Nada me sale bien. Mi amante ha roto conmigo; pierdo en el juego...

Avanzó y abrió la ventana.

—¡No! ¡No puedo permitir tal cosa! dijo la morena. Cámbiala por una sortija o una cadena.

—¡No! ¡La maldición pasaría a la cadena o a la sortija!... exclamó la rubia testarudamente.

—Entonces... dámela.

—Te arrepentirás de habérmela pedido.

—¡No! ¿Qué podría sobrevenirme? En último caso, yo sé quién la tire.

—Como quieras, entonces. Tú verás.

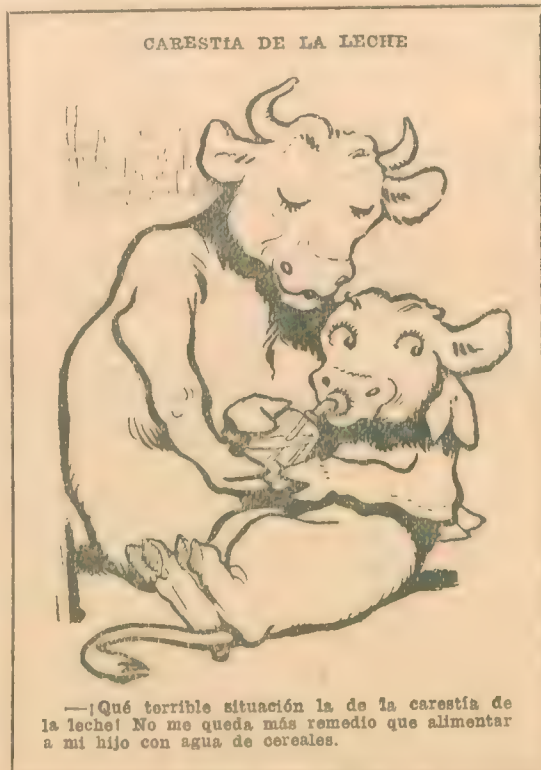
La morena tomó la joya, besó a su amiga y marchó a su cuarto. La rubia quedó algunos minutos mirando al mar. No se veía gran cosa: el cielo como el mar estaban igualmente negros; un viento fuerte se desató, viniendo a arrojar al rostro algunas gotas de lluvia. La rubia se estremeció y miró aquel cielo sin estrellas. A lo lejos escuchó un sordo retumbar. La rubia apretó los ojos, medrosa. Después cerró la ventana y corrió las cortinas. Tenía miedo a los relámpagos. Se metió en el lecho y se cubrió la cabeza con la colcha. Se sentía dichosa por haberse librado del 13.

La morena no podía dormir; también ella tenía miedo a la tempestad y no se atrevía a prender la luz eléctrica. Hundía la cabeza en la almohada para no escuchar los truenos. Luego encendió, tomó un libro y comenzó a leer; mas el libro resultó polvoroso, y ya desde la primera página tres asesinatos con robos habían sido descubiertos por la policía y por ella. Arrojó con terror el libro y cerró los ojos. Mas aquello era todavía peor. Veía entre sí diablitos que saltaban sobre la cama, auditando en su oído:

—¡Trece! ¡Trece!...

Después los diablitos desaparecieron; pero en lugar suyo presentóse un gigantesco número trece, grande como la torre Eiffel. Estaba hecho de lámparas eléctricas, blancas y rojas. Y el número subía, bajaba, caía, deslizándose por la tierra como una enorme boa...

La morena hubiera querido abrir los ojos para librarse de aquella visión, pero no podía; sus ojos estaban como pegados; no le era posible tampoco respirar. La torre eléctrica estaba sobre su pecho, y trece monjes con hábitos negros salían de él. Y en la cima de la torre comenzaba a sonar una campana, después dos, después hasta trece. Luego escuchóse un terrible ruido acompañado de crujidos, y llamas enormes comenzaron a salir de la tierra y a tragarse la luz eléctrica, los negros monjes y las campanas. La morena lanzó un grito agudo, y poniendo en juego toda su fuerza, logró



—¡Qué terrible situación la de la carestía de la leche! No me queda más remedio que alimentar a mi hijo con agua de cereales.

abrir los ojos. Cerca de su oído, sobre la mesilla de noche, la lámpara ardía dulcemente bajo la pantalla de color verde, y a esta luz la joya dejaba ver su brillo blanco y rojo. En derredor reinaba el silencio; tan sólo la lluvia batía en los vidrios con rumor infatigable y monótono.

La morena se tranquilizó un poco; se arrodilló junto al lecho y rezó, como cuando era chiquilla. Después dirigióse hacia la ventana y escuchó. La tempestad cesaba; su fuerza habíase desvanecido en el último trueno. La morena recorrió los posigos, siempre medrosa. Afuera todo estaba negro; a lo lejos un relámpago brillaba aún, sin fuerza y mudo. La morena suspiró y abrió la ventana. La lluvia penetró en el cuarto; pero la joven no paró atención en ello, sino que, yendo de prisa a la mesilla de noche, tomó la joya, la introdujo en un sobre, cerró éste y escribió encima, con caracteres enérgicos y masculinos: "Para quien lo encuentre". Después plegó el sobre y lo arrojó por la ventana. El paquetito voló lejos describiendo una gran curva, y cayó con un ruido sordo. La morena se inclinó, pero nada pudo ver; así no supo dónde había caído la joya, en qué calle, sobre qué escalera, en el jardín de quién. Y cerró la ventana, dichosa.

En aquel momento llamaban a la puerta que se separaba su cuarto con el de la rubia.

—¿Eres tú?—preguntó la morena en voz baja.

—Yo—respondió la rubia, abriendo la puerta—

¿No duermes?

—No.

—Yo lo mismo; no he podido dormir. ¿Y tú qué haces?

—¿Yo?... acabo de arrojar el trece por la ventana...

Y rieron entonces las dos. El maldito hechizo había concluido; sentían que de allí en adelante la suerte y la dicha les esperaban. Con el sacrificio de la joya habían comprado la buena suerte. No se ocuparon en pensar a quién le tocaría la maldita alhaja. Respiraron alegres, libres. La lluvia como si esperase nada más que aquello, cesó de improviso. Y a los cinco minutos la morena y la rubia dormían ya dichosas y tranquilas.

Sonaban las cuatro.

IV

Veinte minutos antes de las cuatro de la mañana, un joven de frac se encontraba en un bello rincón del célebre parque de Montecarlo. La lluvia no le molestaba; nada le molestaba, ni la vida ni la muerte.

Estaba precisamente en los preliminares de levantarse la tapa de los sesos: colocaba ya en sus sienes su buena "Browning" con un movimiento gracioso, e iba a disparar, cuando una cosa le rozó la mano. Entre la sorpresa y el dolor, bajó el revólver, encendió una cerilla para buscar aquel objeto, y se inclinó, encontrando cerca de él un sobre cerrado. Levantó el papel dentro del cual venía algo duro. El joven del frac vaciló un instante, después se dirigió de prisa hasta el próximo foco de luz y desenvolvió con precaución el papel, sobre el que alguien había escrito con letras enérgicas y masculinas: "Para quien lo encuentre". El joven del frac desgarró con manos temblorosas el sobre, sonriendo al ver brillante el número trece entre brillantes y rubíes. Guardó la alhaja en su bolsillo, y dijo con prudencia digna de la situación:

—No hay que precipitar las cosas.

Llegada la mañana, fué a empeñar la joya al Monte de Piedad. Recibió por ella doscientos francos y sin vacilar jugóseles a una carta. Y ganó, efectivamente. En hora y media tenía ya ciento cincuenta mil francos. Cual si hubiera hechizado las cartas ganaba como quería. Las gentes le miraban boquiabiertas, envidiosas sacudiendo la cabeza cólerica. Las dos artistas, la rubia y la morena, le veían pálidas, húmedos los ojos.

—¡Si hubiéramos tenido una suerte así! —dijo la rubia.

En aquel momento ninguna contaba ya con un céntimo. Habían perdido también los mil quinientos francos apartados para el viaje. Muy de mañana vinieron para ensayar de nuevo la suerte, esperando recuperarlo todo ya que se veían libres del trece. Mas fué en vano. Las cartas se habían conjurado contra ellas.

—Lo mejor será morir—murmuró la morena.

El joven perdía en aquel momento por primera vez. Levantóse, guardó todo el dinero en su bolsillo y miró en derredor, como si se despidiera de aquellos lugares para siempre. Después dirigióse hacia la puerta.

—Tienes razón—dijo la rubia;—lo mejor será morir.

El joven escuchó aquellas palabras y se detuvo. Examinó de arriba a abajo a aquellas jóvenes de ojos morosos y sonrió.

—Señoras!—dijo—no hay que precipitar los acontecimientos. He aquí un talismán... del cual yo ya no necesito, porque nunca volveré a jugar; permítanme que se lo ofrezca.

Y mientras la rubia y la morena se miraban con aire estúpido, abiertos los ojos por el asombro, él los alargó, con gesto elegante, la papeleta de empeño que había recibido en el Monte de Piedad por el trece de rubíes y brillantes...

De Shakespeare

Guarda tus pensamientos, y no pongas por obra designios mal calculados. Sé culto y cortés pero nunca bajamente familiar. Conserva tus amigos probados y sujétalos a tu alma con ligaduras de acero, pero no prodigues tu mano ni tus cariños a los conocidos de ayer. Huye de las riñas; pero si te vieres comprometido en alguna, maneja de tal modo que tu enemigo las evite a su vez. Escucha a todos los hombres; comunícale con muy pocos; acoge todas las críticas; pero sé muy cauto en tus juicios. Viste según tus medios, sin afectación ni singularidad, buenas telas pero no fastuosas; el vestido a veces denuncia al hombre. No des ni pidas prestado; lo primero porque arriesgas a perder el amigo y su deuda; lo segundo porque puedes perder el hábito de la economía. Pero sobre todo, sé sincero contigo mismo, porque tan necesariamente como sigue la noche al día, tu propia sinceridad te preservará de ser falso con los demás.

QUIERO SER MIO

Para FRAY MOCHO.

Pena de muerte al que a mi puerta venga con buen oficio y corazón más bueno a traermé algún bien. No quiero nada que sea ajeno.

Pena de muerte al que a invitarme venga a caminar con él por su camino. No quiero más camino ahora que este donde camino.

Pena de muerte al que tambor me suene para asaltar y reducir murallas. Para gloria o escarnio, ya me sobra con mis batallas.

Pena de muerte al tentador que llegue con fabulosas nuevas a mi hastío. Yo sé lo que me sé. No escucho a nadie. Quiero ser mío.

Pena de muerte a los piadosos. Pena de muerte a los augures de mi suerte. A todo aquél que sin llamado acuda, y con llamado aún, pena de muerte.

Arturo CAPDEVILA.

Respuesta de Catinat

Luis XIV, después de hablar con Catinat sobre la guerra, le dijo: "Bastante hemos discurrido acerca de mis asuntos; ¿cómo están los vuestros?—Señor, respondió Catinat, gracias a vuestra majestad, tengo todo lo que necesito.—He aquí el único hombre en Francia, repuso el rey, que me habla de esta manera". Era aquel, en efecto, el solo hombre que nunca le pidió nada. "No quiero, decía Catinat, parecerme a esos servidores que manchan su afecto, pidiendo a sus amos que aumenten su salario".

El vencedor en Bailén

El general Castaños tenía en Madrid un portero, soldado cumplido que había servido a sus órdenes en la guerra de la independencia. Todos los días el general, al salir de casa, daba al portero uno de los buenos cigarrillos de la Habana que a él le regalaba el rey Fernando Séptimo. Y cuando volvía, le preguntaba algunas veces:

EL PRECIO DE LOS VIVERES



—Es admirable! Posee usted una valiosísima colección de Rubens, Van Dyck y Watteau.
—Eso no es nada; ahora voy a enseñarle mi colección de papas y carbón.

—Veterano ¿qué tal el cigarro?
—Muy bueno, mi general.

Un día, Castaños, que era humorista, en lugar de un habano le dió uno de los crueles tabacos del estanco. Y cuando más tarde hizo la pregunta habitual, el portero, que era un gallego de tierra adentro, después de vacilar un momento, respondió:

—Mi general, con permiso de vuestrencia, el cigarro de hoy ardía mal, olía mal y sabía a demonios coronados; así Dios me salve. "

Arboles - fuentes

La "Ficus aspera nota" o higuera áspera es muy conocida en Filipinas, sobre todo, en Tagalog y Vig. Los naturales que viven en sitios escasos de agua, tienen un socorro maravilloso con este árbol y con algunos otros del género. Al ponerse el sol hacen un hoyo junto a las raíces, y cortando las extremidades de una o dos de éstas que sean un poco gruesas, aplican la

vasija, en la que encuentran por la mañana hasta la cantidad de tres, cuatro o más botellas de agua muy clara y de buen sabor, aunque algo picante.

El Perú ofrece una curiosa maravilla con su "árbol de la lluvia". Este árbol está provisto de unas hojas muy grandes que tienen la propiedad de condensar la humedad de la atmósfera para precipitarla después en forma de lluvia.

Cuando durante la estación seca disminuye el caudal de los ríos y el calor es intenso, llega al máximo la facultad condensadora del árbol, y el agua cae de sus hojas corriendo por el tronco y humedeciendo el terreno a su alrededor.

Dícese que un árbol puede dar 40 litros de agua diarios, y se calcula que un terreno de un kilómetro cuadrado, en el que haya 10.000 árboles de esta clase, dispone de 35.000 litros de agua al día para la irrigación, descontando la que se pierde por evaporación. El árbol de la lluvia se adapta a todos los terrenos, soporta muy bien las fluctuaciones de temperatura, requiere muy pocos cuidados su cultivo y crece rápidamente.



¿NO HAY IMPOSIBLES!...

Desespera Vd., pierde ánimo y a la menor insinuación referente a su calvicie, se entristece Vd. de tal manera, que da pena verlo. Haga Vd. lo que hice yo!...

A los 22 años era completamente calvo, y hoy, gracias al maravilloso remedio denominado "ESPECÍFICO BOLIVIANO BENGURIA", ya ve Vd.; ostenta mi cabeza una abundante cabellera que rejuvenece mi rostro.

Hoy, un hombre es calvo porque quiere; use Vd. también el remedio universalmente reconocido como insuperable y pondrá fin a su mal.

ESPECÍFICO BOLIVIANO BENGURIA

Su solo nombre es un sello de garantía

Hace desaparecer la caspa. Devuelve a las canas su color primitivo. Detiene instantáneamente la caída del cabello.

CURA LA CALVICIE

UNICO LUGAR de ventas y consultas en la República Argentina, atendido personalmente por el hijo del inventor, Dr. Rafael Benguria B.

Nuevo Domicilio: Avenida de Mayo 1156 (1º piso)

Unión Telef. 5753, Libertad

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO

CERTIFICADOS

Del excmo Señor Doctor Don Severo Fernández Alonso, ex presidente de Bolivia y ex ministro de su país en las Repúblicas de Chile y la Argentina.

Señor Doctor Rafael Benguria B.

Santiago. — Moneda 875.

Mi estimado Dr. Benguria: me demanda usted una opinión terminante sobre el Específico descubierto por usted y los resultados que he obtenido con su uso.

En respuesta, me es grato decir que considero en el reunidas tres condiciones esenciales: LA UTILIDAD, RAPIDEZ y EFICACIA, al menos son estos los efectos que yo he experimentado. La caída del cabello se detuvo y lo he visto crecer nuevamente.

Sea este testimonio de la gratitud de su alto, S. S. y amigo,

SEVERO FERNÁNDEZ ALONSO.

Del Señor Cónsul General de Bolivia en Valparaíso, Don Daniel Vallivian.

Certifico que con el uso del medicamento del señor Benguria, se me ha detenido en absoluto la caída del pelo, debiendo advertir que he empleado dicho medicamento durante muy poco tiempo.

DANIEL VALLIVIAN.

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

por Eduardo ALONSO CRESPO

La población en masa danzaba por las calles, esperando con nerviosa impaciencia las doce lentas y monótonas campanadas del reloj público, en la noche del 31 de un diciembre cercano, para recibir con la tradicional algazara y el calor asfixiante de estos días en la América latina, el año nuevo que se insinuaba copioso en favores mil para la humanidad doliente, siempre ansiosa de mejoras y de perfeccionamientos eternamente anhelados.

El corazón de la ciudad, henchido del entusiasmo que suscita la celebración de los grandes aniversarios, ajeno e indiferente al valor del tiempo, ante la hora jubilar que se acercaba, latía al impulso de las esperanzas cifradas en cada mes, de las ilusiones forjadas para cada semana, de los regocijos concebidos para cada día del año nuevo, que había de transcurrir sin desengaños inquietantes, sin acibaradas torturas, sin amargas decepciones—desmintiendo el viejo aforismo de que todo tiempo pasado fue mejor.

En el club que funcionaba en la calle más céntrica de la urbe, un núcleo de socios, graves y solemnes, vivía entregado a sus habituales pasatiempos, sin interés alguno por el aniversario y el bullicio que envolvía a la ciudad.

Frente al club, en una regia mansión que denunciaba la opulencia de sus moradores, Armando y Alicia, jóvenes amartelados, comentaban, con ribetes de filósofos, la conducta de la ola humana que desfilaba ante su vista, en un continuo y marcante vaivén.

—Año nuevo, vida nueva—dijo de pronto Alicia a su compañero.

—Año nuevo, vida nueva—repitió Armando maquinalmente, mientras sus ojos enfocaban el club con melancolía, envidioso quizá, por ese instante, de la suerte de sus viejos camaradas.

Don Luis, padre de Alicia, penetró en la habitación, invitando a la joven pareja a salir a la calle, tanto para participar del entusiasmo popular en el recibimiento del año nuevo, cuanto para huir del calor sofocante que hacía en la estancia.

Armando se levantó de su asiento, dispuesto a responder de inmediato a la invitación de don Luis.

—No, papá. Nosotros no saldremos esta noche—murmuró entonces Alicia, mimosamente.—Yo no soy supersticiosa—agregó,—pero creo con firmeza, como el vulgo de este pueblo lo cree, que la vida de cada persona se ajusta durante el año, tal vez por una rara fatalidad, a la que hace cuando él comienza. Y éste nos sorprenderá juntos, a Armando y a mí, jurándonos amor eterno, para que la dicha de esta hora sea el norte de nuestra vida, hasta que el año termine.

Ante el convencimiento y sentimentalismo con que Alicia pronunció tales palabras, don Luis desistió de su propósito y abandonó la estancia, contentándose con esfuerzo una sonrisa impregnada de sutil ironía, que luchaba por dibujarse en su rostro.

Pocos minutos después, sonaron las doce lentas y ansias campanadas, divisorias del año que se iba insensiblemente, con el ceño adusto y fiero de un viejo agriado, del nuevo que se presentaba con las plácidas muecas de un tierno infante.

La algazara popular se intensificó, ahogando el sonido del reloj público, mientras Armando y Alicia se estrechaban en un profundísimo abrazo, confundidos sus labios purpúreos en un beso de amor supremo.

El entusiasmo declinó muy pronto, y la ciudad, breves horas más tarde,

dormía tranquila y confiada, sin distinción del año en que se deslizaba su existencia.

Armando y Alicia se casaron al poco tiempo, emprendiendo la soñada vida nueva que duró menos aún que lo que tardaron en casarse, acostumbrado aquél a los regalos mundanos y profesando mayores afectos a las variadas turbulencias del mundo social en que actuaba, que a la uniforme y apacible tranquilidad de la familia.

Con pasos gigantescos para unos, cortos y pesados para otros, avanzó el año nuevo, tocando insensiblemente a su límite, bendecido por los menos, odiado por los más, recordando todos las amarguras y desengaños sufridos en él, entre alegrías efímeras y vagas, ilusiones no realizadas, esperanzas nunca cumplidas, que brotaban nuevamente en su espíritu, con la proximidad de otro año nuevo, ante la condición humana de cambiar diamante de suerte.

La noche del 31 de diciembre se echó en cima, por fin, reeditándose la tradicional algazara popular.

Por las calles, en medio de un bochorno asfixiante, la población danzaba en masa, esperando con nerviosa impaciencia las doce lentas y monótonas campanadas del reloj público, en tanto que su corazón latía al impulso de las esperanzas cifradas en cada mes, de las ilusiones forjadas para cada semana, de los regocijos concebidos para cada día del año nuevo, que había de transcurrir sin inquietudes.

tantes desengaños, sin torturas acibaradas, sin amargas decepciones.

En el aristocrático club, Armando se hallaba entregado a su diversiones habituales, ajeno al aniversario, indiferente a los juramentos apasionados y solemnes que hizo a Alicia la misma noche del año anterior, en el paroxismo de un amartelamiento convencional, mientras don Luis, cogido del brazo de su hija, se perdía en la ola humana que invadía la población en un continuo y marcante vaivén.

Al enfrentar el Club, Alicia exhaló un suspiro, y exteriorizando la nostalgia que provocaba en ella la ausencia de Armando, musitó inconscientemente:—Año nuevo, vida nueva...

Por el rostro de don Luis corrió esta vez espontánea la sonrisa irónica, y tratando de consolar a su hija, la dijo luego como sentenciando:

—El Año nuevo jamás determina, por sí solo, una vida nueva. Esta puede comenzar en cualquier época del año, en cualquier momento de la vida misma. El cambio, para producirse, requiere continuos exámenes de conciencia, propósitos firmísimos y una férrea voluntad para su ejecución. Animal de costumbres es el hombre; contraídas, no las desarraigas sin grandes esfuerzos, sin costosas privaciones, sin ingentes sacrificios.

Alicia y don Luis, éste hablando, tallada aquella, se ensimismaron poco a poco, hasta abstraerse en absoluto del entusiasmo que flotaba en el ambiente.

De pronto, en el reloj público sonaron las doce lentas y ansias campanadas, avivando la algazara popular, que los distrajo de su ensimismamiento, incitándolos a asociarse al júbilo que aquella hora suscitaba. Y en el corazón de la inmensa urbe, ébri de

gozo, comenzaron a retoñar vigorosas las viejas y trucas esperanzas, las eternas y marchitas ilusiones de la amellada vida nueva, reproducidas, milenariamente, en el comienzo de todo año nuevo.

LLAMANDO A LA ORACIÓN

Cada religión, casi podría decirse cada pueblo, tiene un modo particular de recordar a los fieles cuando llega el momento de apartar el pensamiento de las cosas terrenas para dirigirlo a las sagradas y celestiales. El más pintoresco de todos los sucedáneos de nuestras campanas, es el célebre almuédano de los moros, del que tanto se habla en las novelas y narraciones de viajes por países musulmanes.

El almuédano, o muezzin, es en las mezquitas lo que el campanero en nuestras iglesias; pero su campana es la garganta. Al llegar la hora de la oración, sube a la galería del minarete, y a voz en grito, con música no del todo desagradable, dice así: "¡Alá es grande! ¡No hay más Dios que Alá! ¡Mahoma es su profeta! ¡Venid a la oración! ¡Venid a la seguridad! ¡Alá es grande! ¡No hay más Dios que Alá!" Este llamamiento lo hacen los almuédanos por lo menos cinco veces al día: la primera, al salir el sol; la segunda, al mediodía; la tercera, a media tarde; la cuarta, al ponerse el sol, y la quinta, al hacerse de noche, cuando ya está obscuro. Además, en algunas poblaciones (en el Cairo, por ejemplo) hay mezquitas donde se llama a la oración otra vez a media noche, y otra más, una hora antes de amanecer, para aquellos fieles que han hecho voto de rezar a dichas horas. Lo mismo en estos llamamientos extraordinarios, que en el de la salida del sol, el almuédano después de decir: "Venid a la seguridad", añade: "Orar es mejor que dormir". La voz del celoso avisador, casi siempre armoniosa y sonora, produce un efecto singular en medio del silencio de la noche.

En los países del Extremo Oriente, suelen hacer el oficio de nuestras campanas pesados "gongos" y anchas campanas de bronce sin badajo, que se tocan golpeándolas por fuera. En algunas regiones de Birmania, a la hora de los rezos, entra en funciones una verdadera orquesta de gongos y tambores, colocada en la terraza del templo; y en los santuarios budistas de Corea, los oficios principales del día y de la noche se anuncian con el estruendo de una enorme campana de bronce y de un gigantesco gongo de algunos metros de circunferencia, mientras a los simples rezos precede el desapacible son de varias campanas de cobre golpeadas con astas de ciervo.

Japoneses y chinos tienen también sus gongos o enormes címbalos suspendidos en los templos; pero con tan tremebundo instrumento no se trata de llamar a la oración a los devotos, sino a la divinidad, que pudiera estar dormida y no acudir a las súplicas de sus adoradores. Y en esto nótese una diferencia entre budistas y sintoístas; en los primeros, son los sacerdotes los que dan el alerta al dios golpeando el gongo; mientras, en los templos de Sinto, el mismo devoto que quiere rezar es el que da el toque de atención.

En Rumania, se avisa a los fieles dando con un mazo sobre una plancha de madera cuyas vibraciones producen un sonido claro y armonioso. Prohibido el uso de las campanas en los tiempos en que los turcos dominaban el país, en muchos monasterios y santuarios se sirven todavía de estos singulares instrumentos.

UN MARTIR CRISTIANO



Cuello corto y sermón largo.



CUADRO FAMILIAR

El reinante crepúsculo nos dice de la noche cercana...
Callado el piano y un silencio augusto reina en el comedor; por las persianas entra una estria de aire; en un florero lucen dos azucenas marchitadas.
¡Muere la tarde y llévase el crepúsculo nuestra esperanza!
Junto a la mesa estamos mirándonos y sin decirnos nada, que no hay lenguaje ideal ni más castizo que el de nuestras dos almas!
¡Me miro en sus pupilas luminosas, y profundas, igual que un mar en calma!
Si en la noche que llega prestamente pudiéramos vagar por una larga callejuela cercada de eucaliptus, y en ella dialogar con esas blancas estrellas... ¡Si pudiéramos resarcirnos del mal que nos aguarda!...
Muere la tarde y llévase el crepúsculo nuestra esperanza, y ante la mesa estamos mirándonos y sin decirnos nada, que no hay lenguaje ideal ni más castizo que el de nuestras dos almas!

Félix B. VISILLAC.

Flores que brotan entre la nieve

Es una equivocación creer que las flores son producto de la primavera del verano. Muchas de ellas, y algunas muy bonitas, sólo se abren en el invierno, y hasta las hay que parecen enorgullecerse mostrando su corola entre la blanca nieve.

Tal vez la más notable de todas estas flores es la rosa de Navidad, que florece en los países del Norte entre noviembre y marzo. Como en su época de floración entra la Navidad, no es raro verla abierta en ese día, y de aquí el nombre que se le ha dado; pero la denominación de rosa no es muy exacta, pues no se trata de una rosa verdadera, sino de un heléboro, al que los botánicos, disparatando también, han llamado heléboro negro, a pesar de que sus flores son realmente

blancas, pareciendo de cera por su color y su consistencia. Su tamaño es el de una rosa ordinaria, pero hay una variedad que produce flores de quince centímetros de diámetro.

Con mucha frecuencia, al socavar en la nieve en sitios donde abundan estas plantas se encuentran bajo la blanca sábana sus flores abiertas; y no es que hayan florecido antes y hayan sido después cubiertas por la nieve, sino que sus corolas se abren en realidad debajo de ella. Un experimento muy interesante consiste en llevar estas flores nacidas entre la nieve a una habitación caliente, y ver como se marchitan rápidamente, asfixiadas por el calor. Si se quiere que duren, hay que tenerlas un rato en agua fría para que vayan acostumbrándose a la nueva temperatura. Tan enemiga es esta planta del calor, que en los jardines hay que colocarla siempre donde no dé el sol, o de lo contrario es seguro que no prosperará.

Algunas plantas bulbosas del mismo género que el azafrán, florecen tam-

bién entre la nieve, sobre todo en las montañas; pero a diferencia de lo que ocurre con la rosa de Navidad, es preciso que les dé el sol para que se abran. Una de las especies más notables es el croco imperial, cuyas flores son amarillentas con una raya morada, y color lila por dentro.

Generalmente florece en enero o febrero, pero si el sol se oculta durante muchos días, no se abre hasta que se acerca marzo.

Mucho más interesante es esa florcilla blanca denominada rompe-nieve por la energía con que se alzan sus capullos para abrirse, a través de las capas de nieve más espesas y endurecidas. Es planta que florece en enero, mucho antes que la temprana hepática, y, lo mismo que el heléboro negro, no puede resistir el sol del verano.

El rompe-nieve no es sólo notable por las circunstancias en que florece, sino también por las propiedades terapéuticas que se le atribuyen. Dícese, en efecto, que sus bulbos aplicados en cataplasmas constituyen un poderoso febrífugo.

No hay que olvidar entre las flores que desafían los rigores invernales a la modesta soldaneta, que florece, no ya bajo la nieve, sino bajo el hielo mismo, en el cual sabe abrirse paso, y de no conseguirlo, practica una cavidad esférica lo bastante grande para poder subsistir en ella hasta que el sol se encarga de romper la dura corteza. La soldaneta ostenta sus florecillas azules en los ventisqueros y heleros de las más elevadas montañas.

En los mismos sitios se encuentra el sarcodes sanguinario, llamado planta de la nieve, por excelencia. Este último crece durante los meses de invierno, y en los últimos días de frios y hielos asoma sus flores rojas sobre la blanca superficie, anunciando así la proximidad de la primavera.

Al contrario de lo que ocurre en casi la totalidad de los vegetales, descausa y permanece pasivo en el verano y en el otoño, tomando sin duda fuerzas para resistir las nevadas del invierno siguiente. Es planta muy fuerte, que vive siete u ocho años, y a veces más, sin padecer enfermedades. Además, tiene la ventaja de ser alimenticia; su tallo, preparado como los espárragos, resulta mucho más nutritivo y gustoso que éstos, sobre todo cuando se toma la parte más alta, porque las porciones próximas al suelo suelen ofrecer un sabor amargo poco agradable, y aun pueden ser indigestas.

El pan en el Japón

Hasta ahora, el arroz constituía la base de la alimentación en el Extremo Oriente; pero, después de la guerra, el mundo ha hecho tal consumo de la gramínea, que el Japón se ve obligado a sustituirla. El vizconde Toki Akira, catedrático de la Universidad Imperial de Tokio, ha inventado un pan completo que puede servir de elemento principal en la alimentación del pueblo. El nuevo pan está compuesto por una mezcla de habichuelas, guisantes, patatas y trigo.

En la Exposición de Asuntos Domés-

Planta de ROSAS JAPONESAS LA MARAVILLA DEL MUNDO



10 por 25 centavos
Mata de Rosas con rosas en ella a las 8 semanas des pues que se sembró la semilla. No le parecerá verdad, pero garantizamos que es así. FLORECEZAN CADA 10 SEMANAS ya en invierno o en verano, o a los 3 años cada mata tendrá 600 o 800 rosas floridas. Crecerán dentro de la casa en invierno. Da Rosas todo el año. Paquete de semillas con nuestra garantía y nuestro último Catálogo de Novedades, por 25 centavos oro am. en papel moneda o sellos de su país

MAQUINA FOTOGRAFICA Y SU EQUIPO COMPLETO

Se toman los retratos y se completan en dos minutos. No es necesario el cuarto oscuro. Tampoco se necesita impresiones. Suministramos la máquina completa con PLACAS REVELADORAS, y con instrucciones, de manera que hasta un niño de seis años puede tomar fotografías de paisajes, edificios, etc. Positivamente no se necesitan conocimientos de fotografía. Láminas y su equipo. Hecho para su uso, lo enviamos por paquete postal franquizado al recibo de 60 cts. americano. EASTERN NOVELTY CO., Dep. 177 E. 93 St., Nueva York, E.U.A.



Libro gitano dice la Fortuna Y LOS SUEÑOS

Conozca su futuro. Será Ud. afortunado en el Amor, Matrimonio, Salud, Riqueza y Negocios! Dice la fortuna portados los medios, barajas, palmas, taza de té, zodiología, etc. Dice los días afortunados y malos. Interpreta los sueños Gane mucho dinero. Diciendo la Fortuna. Libro grande por correo 25 centavo oro am. En vie papel moneda o sellos.

POLVOS DE ESTORNUDAR

Ponga muy poco de este polvo en la palma de la mano y soplo en el aire, y todo el mundo en la habitación o en los trenes empezará a estornudar sin saber por qué. Es interesante oír las observaciones que hacen, creyendo que lo han cogido de los demás, y entre la risa y el estornudo el que lo causó se está dando gusto. Bueno para reuniones, reuniones políticas, carros eléctricos o en cualquier aflicción de haya muchas personas; es la gran novedad. Precio por frasco 15c. 6 por 75c. franco de porte a el mundo.



Enseña los huesos de sus dedos, el plomo de un lápiz, etc. Puede Ud. ver a través del vestido, aun la piel se vuelve transparente y se ven los huesos. El instrumento más interesante que se ha inventado. PÍENSE EN EL PLACER QUE LE DA VERLO. Completos Rayos X enviados franco de porta 25c.; 3 por 60c. (moneda o sellos).

TELESCOPIO ACROMATICO

JUST WHAT YOU WANT
UN SLA FAIM OR HANCH

Nunca podrá tener Ud. una buena ocasión de tener un hermoso y gran Telescopio por menos de un dólar. Un Telescopio más de treinta pulgadas de largo por el cual puede Ud. ver lo que pasa por millas alrededor o por menos de un dólar. Estos Telescopios tienen anillos de latón y tienen lentes fuertes molidos ópticamente y ajustados. Clientes de usos pueden obtenerse con un Telescopio como este. Las cosas lejanas que no pueden verse con la vista se ven claramente. Hecho Ud. de las maravillas del poder de un telescopio. Justamente una cosa para los estudiantes, cazadores viajeros, todo el mundo. Se consigue mucho placer y evita muchos viajes. Ordene uno de estos Telescopios y dese una sorpresa a Ud. y a sus amigos. Precio solamente 99 centavos oro americano, enviado por correo franco de porta.

Todas las ultimas Novedades y Chistes Sorprendentes

Huevo de Serpientes de Faraon, caja 15c
Pistola de Agua en Miniatura 10c
Planta Magica (cualquiera puede tocarla) 15c
Pulsa de roma (seccional) 25c
Rompe vidrieras gran chiste 25c
Detective de Bolillo (mira atrás de Ud.) 25c
Buerie de tapar la mancha (una novedad sientica) 10c
Dientes de limitación de oro 3 por 10c
Levantador de Plato magico 20c
Acertijos de Alambre. 10c 22 diferentes por 0.25
Gran Acertijo del ladrón 10c Barajas de a Fortuna 10c
Trompo mágico 15c
Juego completo de Loteria 10c Fonoflauta 10c

Dep. 177 E. 93 St.
Eastern Novelty Co., Nueva York, E.U.A.

ticos, que se celebra en Ochanomidza, el nuevo pan ha obtenido un gran éxito. El día de la apertura de esa Exposición el vizconde Akira dió una conferencia para presentar el nuevo alimento y demostrar y garantizar sus cualidades nutritivas. El nuevo pan es mucho más barato que el pan ordinario.

El nuevo credo docente

Jesús dijo: "Dejad a los niños que vengan a mí". Los maestros contemporáneos debemos decir: "Dejad a los malos, dejad a los desesperados, dejad a los desorbitados que vengan a nosotros". Porque la misión de los maestros es enseñar la Verdad. Y la Verdad es esta: que si hay dolores, si hay desencantos, si hay sombras en la vida, hay también alegrías, consuelo y luces. Lo difícil en la existencia es saber cómo puede cambiarse del campo del dolor al campo de la alegría, del desencanto al consuelo que reemplaza, de la sombra a la luz. Y esa es la misión del maestro,

y es eso lo que vienen a buscar los niños a las escuelas. Hagámosles amar la Vida, y la armonía social será un hecho irremovible.

Hacer que continúen siendo buenos los que ya lo son, no es la obra más meritoria de los educadores. Pero convertir lo malo en bueno, ese es su deber imperioso.

La ciencia ilumina el cerebro, mas la educación hace penetrar esa luz en el corazón. Cultivemos éste al nutrir aquél, y podremos entonces pensar que hemos sido útiles servidores de la humanidad.

Juan G. BELTRAN.

PREPARANDO EL MUSCULO



—¿Qué haces, Pipirí?
—El chico de enfrente ha regalado tres caramelos a mi primita.

PUCHITOS

Los pteitos y reclamaciones contra la Línea Cunard por daños y perjuicios causados por el hundimiento del "Lusitania", han sido retirados, en virtud de un fallo dado por un magistrado de la Corte de Distrito de New York, porque "la consiguiente pérdida de vidas y propiedad fué causada por un acto ilegal del gobierno imperial alemán, tomando como instrumento al capitán de submarino, y por lo tanto los peticionarios no tienen derecho a reclamaciones o indemnizaciones de ninguna índole. Las reclamaciones eran más de 60 montando a cerca de 6.000.000 de dólares.

Cuando la unidad italiana era una aspiración casi imprescindible, sus partidarios se valían del nombre de Verdi para extenderla. Por una rara coincidencia, todas sus letras eran iniciales de la aspiración: Víctor Emanuele Re D'Italia.

En el año 193, según reciente comunicación a la Academia de Inscripciones, se realizó en Roma un remate público de los bienes personales del emperador Cómodo. Se utilizó en esa ocasión cartellos y avisos semejantes a los "affiches" comerciales de nuestros días, y lo más curioso es que se hace mención entre los objetos en venta de aparatos destinados a registrar la distancia recorrida por un vehículo. Se trata nada menos que de un aparato parecido a los actuales taxímetros. Estos aparatos eran ya conocidos en tiempos de Augusto y fueron perfeccionados por el técnico Nerón de Alejandría que vivía allá por el año 180 de nuestra era.

"Pershing" y "Haig", que así se llaman dos famosos perros que fueron a la guerra, salvaron, según records en la Secretaría de la Guerra de Estados Unidos, 1.062 vidas de soldados. Haig salvó 700 y Pershing salvó 362. Volvieron a California, donde se exhibieron ellos mismos en todas partes del Estado para beneficio de la Cruz Roja. Viajaron miles de millas, comparecieron ante multitudes inmensas, y recolectaron decenas de miles de dólares. Ahora descansan de su labor, con su propietaria, Mrs. Walter Colverd. Pershing tiene cuatro años y medio de edad, y pesa unas 80 libras. Haig es dos meses mayor, y pesa cerca de 90 libras.

En el presente Congreso de los Estados Unidos hay ocho personas de apellido Smith, seis Johnson, tres Wilson, tres Watson, tres Nelson, dos Robinson, dos Dickinson, dos Thompson, dos Sanderson, dos Harrison, y otros.

Los oficios están también representados, pues hay tres Taylors, dos Pages, un Fisher, un Parter, un Miller, un Weaver, un Mason y un Dyer.

Los colores también tienen su parte, pues hay tres Green, dos White, un Black, y un Brown.

Los animales también tienen su representación; dos Martin; un Eagle; un Bee, un Colt y dos Robin.

Gran atención ha atraído la promesa de que Henry Ford, demostrará a sus propias expensas, el éxito de un nuevo tranvía, que movido por gasolina, reemplazará

con grandes ventajas, a los tranvías eléctricos.

El señor Ford promete un carro liviano, construido de un metal que es producto de una composición de acero, recientemente inventada, y que según se afirma, es más ligero y tan fuerte que el mismo acero para ciertos fines.

Este gran fabricante de automóviles basa el éxito de su nuevo carro en el hecho de que los usados en la actualidad consumen un 75 % de la fuerza generada por las plantas eléctricas, y sólo un 25 % se consume en el transporte de pasajeros; en otras palabras; los trenes actuales pesan 14 veces más que los pasajeros que transportan y es natural que un desperdicio de fuerza, sea el motivo de gastos que aminoran las ganancias de las empresas de tranvías.

Los deseos de Mr. Ford son seguir usando los rieles, pero construir un carro que sea de funcionamiento barato y eficiente, y que pueda moverse con mayor rapidez.

Cuando nace una niña en Montenegro, las madres dicen: "No te deseo belleza, sino valor.

Sólo el heroísmo conquista el corazón de los hombres".

Entre los japoneses se ha despertado gran interés por las obras de sus antiguos artistas. En Tokio se celebraron últimamente almonedas en las cuales se alcanzaron precios elevadísimos. Al anuncio de la subasta de la selección Matsuzawa, unos quinientos aficionados a las obras de arte no vacilaron en abandonar su residencia habitual para congregarse en la expresada ciudad y disputarse las producciones de los artistas del país. Los precios más corrientes fueron treinta y cuarenta mil francos, pero hubo obras que obtuvieron precio mucho más subido; así por un paisaje de Lesson dióronse ciento ochenta mil francos y por un bronce de la alta época ciento ochenta mil.

Los gatos sienten tanto miedo al agua, porque, no teniendo grasa en la piel, se humedecen y empapan fácilmente, y tardan luego mucho en secarse.



Una de nuestras barajas NUESTROS PRECIOS

AUN hay personas que se asombran de lo bajos que son nuestros precios comparados con los que actualmente se cobran en plaza. Sin embargo, para el que reflexiona, es fácil de comprender. Nuestros precios son bajos, porque así lo queremos y porque en nuestra casa hay orden. Nuestros honorarios son modestos para que los clientes nos sean fieles. Las drogas y medicamentos nos cuestan lo menos que pueden costarnos, porque los importamos nosotros mismos. Lo demás se explica por nuestro enorme despacho que nos hace repartir nuestros gastos generales sobre una gran cifra de ventas, en vez de tener que repartirla sobre una pequeña. Es por esto que nuestros precios son los más bajos de Buenos Aires.

Farmacia Franco-Inglesa

581, SARMIENTO, 587. — Buenos Aires

Unión Telefónica, 6190 (Avenida)
Cooperativa Telefónica, 3697 (Central)

Martes 4 de Enero de 1870

BUENOS AIRES

AÑO I---NUM. I.

IMPRESA
OFICINAS DE LA REDACCION Y
Administracion
124--SAN MARTIN--124

LA NACION

DIARIO DE INTERESES GENERALES

APARECE
TODOS LOS DIAS MENOS LOS LUNES.
Las noticias importantes
SE ANTICIPAN EN BOLETIN

ALMANAQUE
BOY 4--J. G. G. y J. Tito Oligos

LA NACION

Buenos Aires, Enero 4 de 1870.

Nuestro boletín.

El nombre de este diario, es sustitución
al que se ha precedido. La Nación, crea
do por el Sr. Bartolomé Mitre, para dar
a conocer los hechos y las opiniones de
los hombres de bien y de la patria.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.

La Nación es un diario de y para el pueblo.
Su objeto es dar a conocer los hechos y las
opiniones de los hombres de bien y de la
patria. Su redacción es en la calle San
Martín, 124.



General Bartolomé Mitre, fundador y primer director de "La Nación".

Cincuentenario de "La Nación"

Dentro de pocos días, el cuatro de enero próximo, cumplirá cincuenta años de existencia periodística nuestro estimado colega "La Nación".

Ese enorme ciclo de acción cultural y patriótica constituye de por sí la mejor ejecutoria que pueda ostentar la hoja fundada por el inolvidable general Mitre, y que con tanto acierto y elevación ha sido dirigida por la dinastía de este apellido.

La obra de don Bartolo halló rectos continuadores que supieron conservar el espíritu y carácter que le imprimiera su iniciador, y hoy puede ostentarse, gallardamente, en la cima del triunfo, donde le llevara un esfuerzo perseverante y meritorio.

Los grandes prestigios alcanzados por



Frete del edificio que actualmente ocupa el colega, en la calle San Martín, 344.



Cabecera del primer número del diario, aparecido el 4 de enero de 1870.

Bartolomé Mitre y Vedia (Bartolito), que sucedió al general Mitre en la dirección del diario.

"La Nación", corren parejas con su maravilloso progreso material; y puede decirse que la República Argentina posee en este diario, cuyas páginas encierran admirable ejemplo de sana moral y elevada prédica, una de las más brillantes manifestaciones del periodismo universal.

Su selecta colaboración literaria, la probada competencia del personal de redacción, en las múltiples secciones que abarca, el espléndido servicio telegráfico con que cuenta en el extranjero, y la minuciosa información diaria de la capital y del interior de la república, le elevan a la altura de los mejores representantes de la prensa moderna.

Con ocasión de tan fausto acontecimiento, FRAY MOCHO envía al colega la expresión de su simpatía y los mejores votos por nuevos triunfos.



De izquierda a derecha: ingeniero Emilio Mitre y doctor Luis Mitre, ex directores del periódico; y doctor Jorge Mitre, que lo dirige en la actualidad.



El juego de pelota al cesto

(Nota ilustrada en el Instituto Nacional Superior de Educación Física)



Un tiro vertical, al cesto, dirigido por la señorita María E. González.



J. Balad'a, interceptando un pase.



Un salto oportuno evita que la pelota pase a manos del contrario.

Recientemente se ha disputado, una vez más, en el local del Instituto superior nacional de educación física, el denominado concurso de juegos educativos, que comprende tres pruebas: pelota cazadora, pelota al cesto y carreras de banderitas, combinadas en forma tal, que con ellas se obtienen los mejores resultados desde el punto de vista de la cultura física.

Esta breve nota se refiere a uno de esos juegos: el de pelota al cesto, poco difundido aún entre nosotros, acaso porque se ignora su eficacia y, en general, se desconocen sus reglas. Suele oírse decir, con frecuencia:

—¡Es un juego de niños y de señoritas!...—y la frase se subraya con un dejo de mal contenida ironía.

No nos asombremos mucho de ello. También se afirma muy a menudo por ahí:

—El club X "fomenta la cultura física entre sus asociados", o más aún: "contribuye al mejoramiento de la raza".

Y claro está que a una y otra expresión debemos asignarle escaso valor, porque no sintetizan nada más que el desconocimiento casi absoluto de lo que es la cultura física, el alcance que tiene y la forma en que debe practicársela para que cumpla debidamente su finalidad.

Esos "panegiristas" llaneros así—se muestran satisfechos en grado sumo con la obra que realizan, por ejemplo, ciertos clubs de football, atribuyéndole a los resultados que se obtienen en los fields, un alcance desmedido, y olvidando en primer término que en la época actual su práctica se halla degenerada casi en absoluto y que el saldo de lesionados de diversas categorías, está diciendo a gritos que "aquello" no puede denominarse seriamente cultura física, ni por la forma en que se la efectúa, ni por los métodos que se emplean, y más aún, ni por la época, poco



Un pase en el centro. Señoritas Arcelia del Mazo, Sara González, María E. González, Clemencia Romero Brest y Juana Alzú.

asociaciones deportivas, asignándoles la realización de una obra que están lejos de cumplir.

Expresar estos conceptos no significa, ni mucho menos, efectuar un descubrimiento, ni tampoco decir una novedad, pero de cualquier manera conviene recordarlos para que la difusión de un juego exento de brusquedades y que provoca la sofocación normal, sea un hecho y se haga de acuerdo con los

sabios principios técnicos que lo rigen, procurando que su aceptación sea cada vez mayor, pese a la sonrisa de los descreídos, porque bien se sabe que en todo caso, valen más los resultados prácticos que se obtienen, que los prejuicios de los "teóricos" que todo lo saben, pero que en definitiva tienen aún mucho que aprender.

Por lo demás—refiriéndome nuevamente al juego en sí—a manera de complemento de los beneficios que su práctica reporta, tiene las características suficientes para que como espectáculo resulte interesante y agradable, cuando se observan fielmente sus reglas, lo que permite una acentuada movilidad, que constituye, desde luego, una de sus principales características, de tal suerte que reúne las dos condiciones que hacen aceptable todo sport: la finalidad física, y la parte que podría llamarse "espiritual".

Ernesto ESCOBAR BAVIO.



Toma rápida de un buen pase, por medio de un excelente salto.



Disputando un tanto en las inmediaciones del cesto. Señoritas María Governa, Josefa Cancino y María Adela Pesce.

TODO UN PLEBISCITAMIENTO EJEMPLAR



Una gran compañía fabricante de jabón, establecida en Ohio, resolvió últimamente que los mismos obreros eligieran al director de la fábrica por medio del voto escrito.
1. Las mujeres votando. 2. El director elegido, un capataz con veintiseis años de servicios. 3. Los hombres esperando turno electoral.

LA TUMBA DE ROOSEVELT



La tumba de Teodoro Roosevelt, objeto de recientes peregrinaciones patrióticas. La estela contiene también el nombre de la esposa de Roosevelt, Edith Hermit, que aún vive, por lo cual está en blanco el lugar que corresponde a la fecha de su muerte.



Los soldados norteamericanos instalados a la americana en el trono del ex kaiser, en el palacio de Posen, ahora accesible a cualquier visitante cansado.

DE LA RUSIA DE LOS SOVIETS



Llegada a Odesa de un contingente de prisioneros rusos repatriados. Fueron recibidos a los acordes de la Internacional cantada por la población y los soldados. Estos ex prisioneros tomaron parte en la gran guerra y en su mayor parte no habían pisado suelo ruso desde 1914. En esta recepción entusiasta figura, entre otras agrupaciones, la que aparece en la fotografía con el estandarte que dice: "Viva la autocracia de los soviets, viva la internacional comunista. Sección francesa de Odesa".

Costumbres criollas

La influencia del cosmopolitismo que poco a poco ha ido infiltrándose por toda la república, se va haciendo sentir visiblemente en las modalidades y características del pueblo, pues se advierte la acción transformadora operada en nuestras costumbres y en nuestros hábitos primitivos.

Llevados por la corriente del proceso evolutivo a que están sujetos todos los países, y que, por las circunstancias especiales que concurren en el nuestro, se desarrolla más intensamente entre nosotros, nos vamos alejando, cada vez más, de nuestra clásica fisonomía criolla, al extremo de que van desapareciendo paulatinamente, los típicos rasgos que, en otros tiempos, acentuaron la personalidad del hijo de las pampas. Los bailes criollos de antaño, las canciones populares

donde vibrara la clásica tradición de la tierra, apenas si hoy salen a luz de tarde en tarde, como asomándose, cohibidos, a un ambiente glacial y extraño, donde ya no encuentran el ardoroso apego y el culto entusiasta que les profesaran nuestros antepasados.

"Fray Mocho" ha querido reavivar el recuerdo de nuestras más pintorescas costumbres nacionales, y, al mismo tiempo, realizar un modesto esfuerzo en obsequio de nuestros lectores. Al efecto ha hecho imprimir en magnífica cartulina, y a un tamaño de 65 x 75 centímetros, una serie de bellísimas trieromías y litografías, como las que ilustran esta página, que pueden ser obtenidas en nuestra administración a un precio verdaderamente insignificante, o sea \$ 1.50, cada una, o pesos 5.— las cuatro



Idilio.



La lección al hijo del amo.



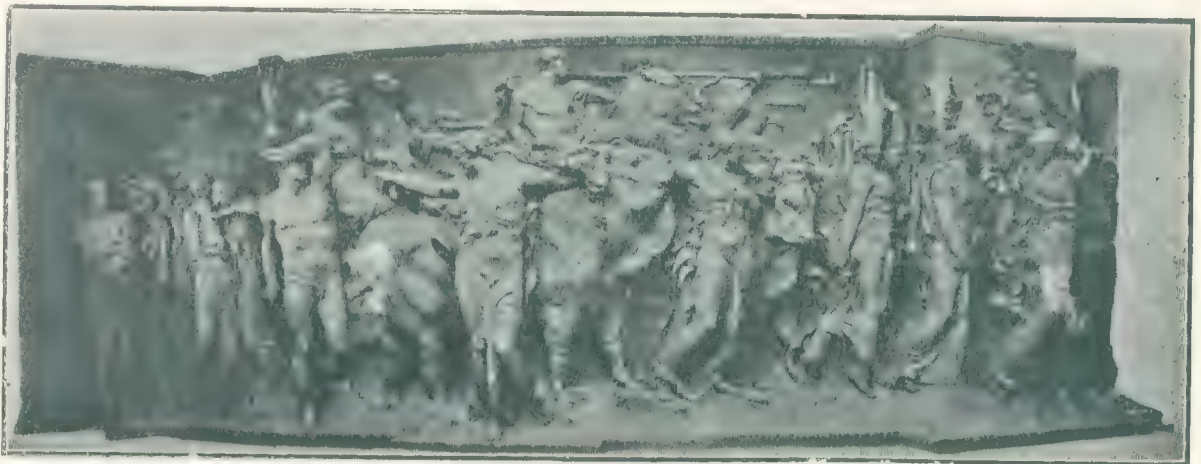
El pericón nacional



La payada.

UNA OBRA MAESTRA DEL ARTE ITALIANO

Hace ocho años celebróse en Roma un concurso de bocetos de los grandiosos grupos de figuras escultóricas que debían constituir el altar de la Patria en el imponente monumento erigido en Roma a Víctor Manuel II. El escultor Angel Zanelli obtuvo el primer premio entre los más emi-



"El trabajo", lado izquierdo del altar.



"El amor patrio", lado derecho del altar.

nentes maestros del cincel, con dos series de grupos de altorrelieve, de concepción audaz y extraordinario vigor. Esa obra, juzgada magnífica aun en su ejecución preliminar, está a punto de ser terminada, después de ocho años de trabajo ardoroso. Dentro de poco irán a sustituir en el monumento famoso a los yesos que ocupan provisoriamente su lugar. Un periodista que visitó últimamente al autor en su taller de Roma, narra sus impresiones en estos términos:

"Estamos delante de los grandes modelos que Zanelli me explica con palabras pocas y convencidas, y me parece hallarme en otro mundo, lejos de éste en que se agitan pasiones feroces y donde se vive la vida ansiosa y exasperada de hoy. Aquí, en la deslumbrante blancura de los mármoles y yesos, que hace a las sombras azuladas y transparentes, bellos miembros de mujeres y de atletas tienen actitudes y mueven gestos llenos de armonía y de nobleza, aun en la violencia. Dos largos cortejos—por un lado los bueyes poderosos y tranquilos que simbolizan el trabajo pacífico; por el otro los caballos impetuosos lanzados hacia una meta gloriosa, la Victoria—convergen hacia el centro, donde una figura que simboliza el alma de Roma, sentada en regio trono—no de pie como en el modelo primitivo—recibe los homenajes. Es una visión de serenidad y de fuerza, que despierta los recuerdos de la estatuaria helénica, en la que la pasión está contenida en las normas supremas de la belleza. Es una obra gigantesca, que intimida aun a los audaces".



Un detalle del grupo "El amor patrio".



Un detalle del grupo "El trabajo".



"FRAY MOCHO" EN CORRIENTES



Nuevas maestras normales ogradadas en el presente año.



La directora de la escuela normal, señorita Matilde G. de la Fuente, y las maestras que, por su mejor clasificación, obtuvieron los premios a la puntualidad y a la mejor practicante, y la teca estímulo.



La comisión directiva del taller del Perpetuo Socorro, en plena labor administrativa.



La directora del taller, señora Corina M. de Blanco y las profesoras de labores, en la exposición de trabajos premiados.

Fot. Evangelista.

CINE. — "Grandeza y decadencia del Emperador"



Liebnecht en el Palacio Imperial y la desesperación del kaiser después de la fuga: dos escenas de la cinta cinematográfica "Grandeza y decadencia del Emperador", expuesta en Berlín, que causó vivísimo disgusto al ex kaiser. Esto entabló pleito para impedir la representación de la cinta

¡Y nos quejamos de falta de hombres! Abramos los ojos para verlos.

I

¡Juan G. Beltrán! ¿Quién no conoce este nombre siendo—como acertadamente lo dijera ya un conspicuo compatriota—el de uno de esos nobles trabajadores que desde temprano se dieron cuenta de la importancia que reporta una labor de cultura, de belleza?

Juan Gregorio Beltrán es un corazón hecho hombre, una virtud hecha pensamiento. Es el tipo del hombre para la juventud. Pronta la mano para endurecerse en la tierra y fácil el corazón para ejercitarlo en el bien; recio el carácter para combatir lo malo, sutil y puro el pensamiento para arderlo en la belleza. Así se resumen las bellas cualidades que glorificaron a los griegos. Y en Beltrán está esta hermosa dualidad del brazo y del espíritu.

Pero, no exaltemos la nobilísima figura del maestro, que su modestia nos reclamara de esta indiscreción. Hablamos de su labor, aunque con el exaltado cariño que profesamos a todos los que trabajan en obras del espíritu. Porque los países se alzan sobre sus hombres que piensan. Y la Argentina, grande ya, será más grande mañana, por la acción de los que, como el doctor Juan G. Beltrán, se preocupan por su grandeza moral.

La obra de Beltrán es emporio de alta didáctica. El nos ha enseñado a meditar en las transformaciones de la vida, nos ha enardecido con elocuentes parábolas de bella pedagogía, nos ha ilustrado con recónditos rasgos de la patria historia, sin olvidar, este ilustre argentino, los hombres y cosas de la América.

Es insaciable en la consecución de su ideal, por él, como aviador que dominara los espacios, se cierne infatigoso por el mundo juvenil, modelando almas, disipando nieblas...

Descubramonos, pues, ante el que sabe aprovechar su intelecto en beneficio de sus semejantes y de la patria.

II

Un aviso de un consecuente amigo de "Fray Mocho", de que el doctor Beltrán cumplía ya sus cinco lustros de didáctica labor—una de las multiplicadas tareas de su vida ejemplar—nos impele a ir en busca del maestro, con el deseo de conversar con él.

Desde el instante que llegamos al umbral de su casa, una ojeada nos basta para comprender que allí mora una persona que, efectivamente, es persona: consciente, pensante, que sabe sentir, amar la belleza, ser un espiritual.

La casa es un edificio moderno, situado en una de las avenidas de nuestra metrópoli, cuyo nombre recuerda a los argentinos tantas y tantas páginas de gloria de sus anales patrios: Manuel Belgrano.

El ambiente ya predispose por su sencillez, austeridad; ningún arreglo, cierto abandono señorial...

El dueño se presenta. Excusas de su parte por la vestimenta de pijama que lleva. Por nuestra parte: ni reparo. Figuras más raras hemos visto en nuestro ambular periodístico por el mundo; pasan como relámpagos por nuestra mente: el viejo dandy general Mansilla en el hogar, siempre vestido de mameluco escarlata...

—Aquí nos tiene usted ya doctor; creería, seguramente, que íbamos a desistir de nuestro propósito al oír la negativa que nos dió, cuando le pedimos día y hora y lugar, donde pudiéramos entrevistarlo para la revista "Fray Mocho";—le manifestamos, cumplidos ya los saludos de rúbrica.

El rostro del maestro, sobre cuya nariz cabalgaban, como en acrobático ejercicio, los lentes azulados, ya medio risueño y burlón, pareció dulcificarse. Del empeño nuestro íbamos a salir triunfantes. El doctor Beltrán se franqueaba y nos permitía interrogarlo.

Contra la costumbre "criolla", y lo que de él sabíamos, nuestro visitado nos parece esa mañana poco verboso... Sin embargo, se inicia la charla. Hablamos de arte, de finanzas, de pedagogía, de política, y, sobre todo, de nuestro pretérito heroico. El converso muy bien; le oímos, pues, con gusto. Y a medida que sus juicios se condensan, en frases claras, precisas y de elegante dicción nos abandonamos al placer de estudiar su espíritu tan ricamente dotado.

Hecho un paréntesis, tratamos ya, abiertamente, de cumplir la misión encomendada por "Fray Mocho", encauzando la conversación hacia el punto que él parece empeñarse en desviarla, advirtiéndole que la imperiosa necesidad de nuestro ministerio, nos obliga por el momento, a dejar tan bellos temas, para saber algo referente a su persona y a su vida de incansable disipador de nieblas...

Nuestro interlocutor, respóndenos:

—Pero... ¿para qué ese empeño de ustedes? ¿Acaso estos buenos recuerdos de la patria vieja y heroica y los documentos que facilitarían, no constituyen el mejor material para una nota? Yo, qué valgo?...

Al oír esto, no podemos evitar el contestarle:

—Se hace usted, doctor, poquísimo honor. Veinticinco años de vida activa, bregando azarosamente, y esa pirámide de ideas y de páginas escritas en donde, día por día, ha ido usted dando pruebas inconcusas de su talento y fecundidad, dicen mucho. Sus obras didácticas, su labor periodística, en fin, todo, ¿no pone de manifiesto, de resalto, y... ¿en qué formal que ha sido usted un luchador infatigable?... Cuéntenos, pues, algo de su vida. El hombre que con tal magnitud ha laborado y producido, no se debe encerrar egoístamente en una negativa. Su vida, vulgarizada, es el mejor de los ejemplos, de las enseñanzas para la juventud.

—Me ponen, ustedes, en un aprieto. Además, mi vida está tan llena de epi-

Los que trabajan por la cultura Con el doctor Juan G. Beltrán



El doctor Juan G. Beltrán, en el despacho de su casa particular.



Caricatura del doctor Beltrán, por V. Buil.

Estimado amigo:

Lo felicito por su labor general en cuanto concierne a la educación patria. Ya me imagino, con la íntima fruición que usted presumirá, lo que serán nuestras generaciones del porvenir. Si los hacemos ciudadanos tan cuidadosamente templados en una enseñanza cívica, así tan racional y substanciosa como la de su opúsculo, han de llegar los días en que nuestra posteridad constituya la primera nación de la tierra.

En esa grande obra será usted uno de los beneméritos.

O. MAGNASCO.

Mayo 20 de 1912.

Fragmento de la carta que, a manera de prólogo, corre insertada en el libro: "Ideas fundamentales sobre la Revolución de Mayo de 1810", del doctor J. G. Beltrán, y en la que el talentoso publicista doctor Osvaldo Magnasco, se expresa muy elogiosamente acerca de dicha obra y de su emeritado autor.

sodios, tan enlazada, que no tendrían espacio suficiente para describirla como desean.

—¿Podría recordarnos, cómo, de qué manera sintió usted nacer en su alma su vocación al magisterio?—preguntamos ya, abordando resueltamente.

—Con sumo gusto; máxime que la pregunta de ustedes trae a mi memoria uno de los episodios más queridos de mi vida. Y, acto continuo, entra a referirnoslo en la forma que, casi taquígraficamente, trasuntómosle a continuación:

—Fué en Corrientes,—dicenos,—y en el mes de marzo de 1886, que residiendo en Bella Vista, habilité en mi casa paterna una pieza para aula, resuelto a dar lecciones a los jóvenes del pueblo.

El cura de la parroquia, un francés de apellido Trongé, movido a lástima por el deplorable estado de las escuelas de aquellos tiempos, me propuso la fundación de una escuela parroquial. De más está que les diga, la alegría con que acogí la proposición del cura párroco, y que, al poco tiempo en la sala de la casa presbiterial, comenzaba a funcionar, bajo mi enseñanza, un curso primario de 50 a 60 alumnos, hijos todos de las más prestigiosas familias de Bella Vista.

Una de las primicias de la escuela consistía en desarrollar en el alma de los educandos los sentimientos de moralidad patriótica, al par de la moral del culto religioso, a cargo, esto último, del talentoso párroco.

A ese efecto, la escuela fué uniformada y reglamentada en un diminuto batallón escolar, en el que, por explicable insuficiencia económica, se reemplazó el fusil por una especie de bastón alto y pesado, rematada su extremidad superior por una banderita con los colores de la patria.

Así las cosas, llegó el mes de junio. Sarmiento viajaba por esa época en el vapor "San Martín" rumbo al Paraguay huyendo de las inclemencias del invierno bonaerense.

A su paso por el más hermoso río de la patria, todas las escuelas de poblaciones costeras le formaron un largo rosario de homenajes; y, el padre Trongé,—no queriendo ser menos—organizó una demostración hacia el gigantesco pensador y "tragafranes"...

Subido que hubo el batalloncito a bordo, y formado en línea desplegada en el gran salón-comedor, frente a Sarmiento, explicamos al ilustre viajero el homenaje de los escolares.

Sarmiento nos escuchó, y, terminada nuestra alocución hizo un esfuerzo y habló.

Pero, no se le oía: su afonía era grande!...

El cura y yo, entonces, nos sentamos muy cerca de aquel girón de gloria, y le escuchamos.

—Pensarán, ustedes, que Sarmiento nos dió las gracias por aquella demostración,—nos dice nuestro interlocutor, al llegar a esta parte de su interesante narración.

—¡Seguramente!—le respondemos, sin vacilar.

Pues, no fué así, sin embargo; eso habría resultado vulgar en él. Nos dió algo más que las gracias: nos dió una lección, como verán ustedes,—nos replica el Dr. Beltrán, que, seguidamente, prosiguió así su relato:

—Hizo que le acercáramos a uno de los alumnos y, transfigurada la adustez de su rostro por visible emoción, acaricióle con aquella nervuda manopla de timonel, hecha ora para los zarzapos de la erizada polémica, ora para las ternuras más exquisitas, como lo fué aquella caricia... Acto seguido, lo desarmó y tomando aquel bastón que era a la vez "fusil" y "portabandera", nos habló de la gran importancia que debíamos dar a ese remedo de arma. Era para el punto importante desarrollar el carácter marcial en los pequeños.

—Esta arma—dijonos—tiene un defecto, que es fácil corregir. Hagan colocar ustedes en la parte superior de cada bastón, con cualquier herrero del pueblo, un regatón metálico de esos que llevan una argolla móvil. Así, el niño, al efectuar los ejercicios con su armita, oír el ruido de la argolla golpeando sobre el regatón y le educará marcialmente".

Terminado que hubo así su lección el gran maestro, colocó el arma en manos del niño y lo aproximó más hacia él. En seguida, llevando la banderita argentina de la extremidad del "arma" a sus enormes labios que parecían caídos de tanto haber enseñado, estampó en ella un beso.

¡Oh, ese ambiente de modestia adquirió, con el patriota gesto del coloso, la grandiosidad de los espectáculos más sublimes! ¡El beso aquél, fué el ósculo del Genio en la frente de la Patria!—exclamó el doctor Beltrán, concluyendo su patriótica aforanza. Y ahí tienen, ustedes, pues,—continuó hablando—la génesis de mi vida de maestro y el episodio más querido, para mí, de esa misma vida, que prometí referirles.

Al llegar aquí un llamado telefónico, distrayéndolo, hace que el doctor cierre el valioso cofre de sus preciados recuerdos.

—Ya lo ven ustedes. No me dejan un instante. Me llaman con urgencia de la escuela. Así que me perdonarán que los "despida",—nos dice sonriendo, poniéndose de pie...

Pero antes, doctor, díganos lo que piensa sobre la misión del moderno maestro.

—Lo diré brevemente: Siendo su misión, hoy trascendental; pues, de la semilla que siembren, y cómo la siembren, depende el porvenir nacional, creo que deben infundir en el alumno, con fe y energía, un civismo sano y vigoroso—la Patria lo requiere—y los maestros, así, serán los dignos servidores de sus más altos destinos...

Nos despedimos. Y ya en el bulvar, resonantes aún en nuestros oídos su voz simpática y erudita y en nuestra retina, fija, como estereotipada, su gentil y caballeresca figura, pensamos:

—He aquí un argentino que hace honor al país. Ojalá muchos como él encontráramos para la grandeza presente de la Patria, y para ejemplo de las progenies modernas y porvenir.



MAÑANA PRIMAVERAL

I

Como un lago en su bruma,
el valle horizontal,
a lo lejos se esfuma
bajo el sol matinal.

Llegan de los confines
en bandada coral,
rezando sus maitines
los loros al maizal.

El hato en la dehesa
pasea la hierba espesa,
y trisca el recental,

y en la calva ladera,
tose su carraspera
un chivato espectral.

II

En la sierra inmediata
sobre el nuevo verdor,
prodigan su escarlata
los ceibales en flor.

Hay en la honda arboleda
dulces trinos de amor,
trae la brisa leda
un fragante frescor.

Por la tendida falda,
con el hacha a la espalda
se aleja un leñador;

Y allá, en las anchas lomas,
persigue las palomas,
el azor.

Juan Carlos DAVALOS.

Decreto moralizador

Entre los hombres, unos tienen mucha tierra y gozan de la vida sin trabajar; otros no tienen ninguna y trabajan sin gozar; bien pocos son los que la tienen justo para gozar trabajando.

Si tuviera cada cual que arar la tierra que posee, preferirían unos cuantos, sin duda, cederla a otros.

El tigre, al ver que algunos de sus súbditos voraceaban, mientras otros casi se morían de hambre, quiso obligarlos por un edicto a comerse cada cual todo lo que cazara.

El zorro se tuvo que comer enterita la gallina que había robado y quedó repleto; lo mismo el gato con una gran rata y dos lanchas, y así de otros, sufriendo no pocos regular indigestión.

Pero quedaron sin comer muchos perros cimarrones, hambrientos y flacos, que, por esto mismo, nada habían po-

dido cazar. Y miraban éstos, envidiosos, al puma ocupado, por orden superior, en devorar las diez ovejas que en la noche había muerto.

Su envidia duró poco: después de la primera oveja, el puma no podía más; y al acabar la segunda, obligado por el decreto, reventó.

Los perros flacos eran tantos que pudieron, sin menarse, comer las ovejas que quedaban, y también el puma muerto.

Godofredo DAIREAUX.

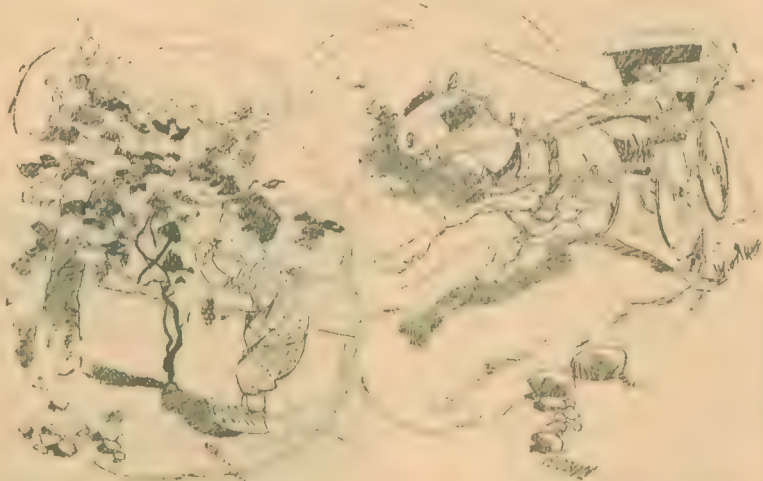
Completando la frase

—¡Oh!, es doctor—exclamaba Alejandro Dumas (padre), delante de mucha gente, mientras afectuosamente golpeaba en el hombro al médico Gistal, célebre en Marsella—este doctor, desde que él visita, se ha cerrado un hospital...

—Muchas gracias, interrumpió el aludido.

—¡Y se han construido dos cementerios!—acabó el novelista.

LAS VACACIONES DEL NENE



El primer día en la chacra: 4 p. m., uvas verdes; 11 50 p. m., al pueblo a buscar al médico.

El Sol, el aire fuerte de la playa
son perniciosos para la tez.

El afamado Polvo Graseoso

LEICHNER

no sólo protege la epidermis, sino que otorga al rostro una belleza divina.

Venta en todas partes

MENDEL & Cía., Bolívar 879 - Bs. Aires



EL MISTERIO DEL FIACRE 115

por RIP

La huelga de chauffeurs reinaba totalmente. Había llegado al fin el tiempo del paraíso para los cocheros de plaza. Coches de edad venerable salieron lentamente de las exposiciones retrospectivas y a sus varas mohosas se ataron caballos encanecidos bajo los arneses, e indultados del matadero. Vióse en las calles, después de respetable inmovilidad, al espectro de los coches de plaza: el fiacre de galería.

Esa mañana, 1.º de enero de un año completamente nuevo, el cochero Schvingue, dueño de los destinos del fiacre 115, salió de la cochería con el corazón henchido de contento.

Tenía sus motivos: día de Año Nuevo, lluvia y huelga de automóviles. ¿Puede desear algo más un cochero, por exigente que sea?

Mientras Cortesana, su yegua manchada, a la que no se había atrevido a llamar Cocotte, en razón del porte digno de su trote, caminaba todavía sigilamente, Schvingue, en el suave balanceo del movimiento del coche, se dejaba llevar, despreocupado y feliz. A pesar de lo matinal de la hora, numerosos transeúntes deambulaban, vestidos de fiesta. Algunos señores, de saco vulgar, cruzaban tímidamente la calle. Otros dejaban gotear sus paraguas abiertos sobre las mujeres que iban a su lado, del brazo.

Pero Schvingue no hacía caso de ellos. Erguida la cabeza, perdida a lo lejos la mirada, con porte voluntariamente abstraído como en un ensueño, cruzaba las calles al paso, sin ver ni oír nada, afectando un soberbio desdén por esos bipedales inferiores cuyas súplicas ascienden a veces hasta los cocheros los días en que el mal tiempo convierte a éstos en seres inaccesibles y casi inmateriales.

El cochero Schvingue tenía derecho a sentirse tranquilo y confiado. Cargaría la tarifa todo lo que se le autojara. Ese día no faltarían los clientes... Rechazaría a muchos; elegiría a sus pasajeros y formularía sus condiciones: 1.º, no más de dos personas, para no cansar a Cortesana; 2.º, viaje directo solamente; un día como ese no era el caso de quedarse parado durante horas delante de una puerta y a media tarifa; 3.º, no menos de un franco de propina. Por último, no permitiría más que pasajeros correctamente vestidos, a fin de que no mancharan los cojines.

Las calles se llenaban de gente. Y Schvingue adoptaba un aire cada vez más lejano, cada vez más ciego, cada vez más sordo.

Ceguera y sordera simuladas, enfermedades profesionales y postizas del cochero en trance de coquetería.

Y sin embargo...

Y sin embargo, llegó un momento en que Schvingue se preguntó bruscamente si no se había puesto sordo de veras. Nadie le llamaba: ningún "¡Pssit!", ningún "¡Eh!" había llegado todavía hasta sus oídos, y eso que hacía media hora...

Schvingue se decidió a mirar a los transeúntes.

No vió más que paraguas.

La gente pasaba con su pasito atareado. Algunos hacían una señal a un cochero, pero era a otro cochero, nunca a Schvingue.

Se sorprendió. ¿Qué significaba eso? ¿Qué le pasaba a toda esa ridícula

gente?... Schvingue examinó más atentamente a los transeúntes: individuos de trajes domingueros, agrupados en las puertas, acechaban a los coches, ofrecían gritando sumas elevadas, y hasta joyas a los automedontes... Pero a los otros, nunca a Schvingue.

Pasó así una hora; luego, otra. Obstinadamente, categóricamente, como si respondieran a una voz de orden, los transeúntes se rehusaban a hacerse llevar por el fiacre 115.

El cochero Schvingue comenzó a asustarse. Evidentemente ocurría algo extraordinario. ¿No era posible? Debían de haber echado un daño a su coche. Dos veces se detuvo delante de individuos desesperados o miopes que llamaban, al azar, coches particulares o carros de reparto.

La primera vez un gordo le rió en la cara, diciéndole:

—¡A embromar a otra parte!

Y Schvingue volvió a arrear sin saber qué hacer ni qué decir, en medio de su sorpresa.

La segunda vez, se precipitó hacia el coche una numerosa familia, encabezada por una vieja.

Pero la dama exclamó al llegar al coche:

—¡Imbécil! ¡Qué rico tipo!

Y la familia entera se dió vuelta.

Desde ese momento Schvingue no se atrevió a volver a detenerse...

Y las horas volaban, Dios sabe adónde.

Era ya mediodía. Cortesana seguía siempre y nadie pensaba en detenerla. Schvingue resolvió adoptar un aire más atrayente: sonreía a los transeúntes y, según el caso, hacía les guiñaditas.

Una sirvienta le devolvió la sonrisa... y llamó a otro cochero.

La cosa se ponía infernal. Schvingue inclinó la cabeza y avergonzado, deprimido, con un sentimiento de abandono, se dejó llevar por Cortesana a donde a ésta se le antojara.

Y Cortesana fué por todas partes.

Se vió el coche 115 en la Bastilla, en la estación Montparnasse, en el Bosque de Boloña. A las cinco estaba en las Buttes Chaumont, a las seis en los Inválidos, a las siete en la Plaza de la Opera...

A las ocho, Schvingue se decidió a volver a la cochería para desatar.

Dos lágrimas surcaban sus mejillas. En sus ojos había una expresión de extravío y en sus cabellos apuntaba una prematura nieve de los años. Había bebido hasta las heces el cáliz de los conductores de coches de alquiler.

Pues, ¡oh, vergüenza suprema!, había conocido la última humillación de una mujer y de un coche de plaza: la de rondar por las calles horas y horas en busca de un cliente.

Llegado a la cochería saltó del pescante y abrió la portezuela para sacar los cojines.

Entonces un hombrecito delgado, de binóculo y barba cortada en punta, salió del coche y dijo a Schvingue:

—¡Vaya si ha tardado! ¡Está seguro de que no se ha equivocado de camino?

Y Schvingue, aterrorizado, reconoció a un cliente que tomara por la mañana muy temprano y al que había olvidado completamente...

SECCIÓN VERMOUTH

PAPA INDULGENTE

—Y esto qué significa?—exclamó el cliente. ¡No voy a permitir que me afeite este chiquilín!

El barbero dijo bonachonamente:

—Es mi hijo menor y como hoy cumple nueve años le he prometido dejarle afeitarse a algún cliente. ¡Se divierte tanto, el pobrecito!...

NO VALIA UN GALLO

Fué el negro a casarse. Perfectamente. El cura los casó. Terminada la ceremonia el negro le dijo:

—Vea, padre, no tengo plata para pagarle, pero ahí le traigo un gallo y pasado mañana le traeré un pavo.

Por no "descasarlo" el cura aceptó la tarifa propuesta por el negro.

Pasaron los días, pero el pavo no llegó.

Varias veces el cura vió al negro,

GALANTERIA



—¡Usted primero, señora!

pero éste parecía evitarle. Un día lo tuvo frente a frente y no había escapatoria. El negro se disculpó:

—Hace ya un mes que estoy casado... Me parece que con el gallo es bastante.

PSICOLOGÍA MUNICIPAL

—En la plaza he visto varios cartelitos que dicen: "Es prohibido pisar el césped", pero parece que ustedes no hacen cumplir esa medida,—observó un visitante al intendente de un pueblito.

—Sí, es para que la gente tenga un placer en pisar el césped.

UN SECRETO PROFESIONAL

—Le dijiste que comiera lo menos posible y los platos más sencillos,—observó a su marido, el médico, la mujer—¿crees que eso contribuirá a que se sane?

—No lo sé, pero lo cierto es que contribuirá a que me pague la cuenta.

LÓGICA INFANTIL

—¿Cuándo me vas a comprar el par de patines, papá?

—¿Patines? Me parece que precisas más un par de zapatos.

—Pero con los patines la gente no me va a ver los agujeros de la suela de los zapatos viejos.

CANDIDATO A COCINERO

A un gran hotel se presentó un individuo ofreciéndose como cocinero:

—He estado en la gran guerra,—dijo—durante dos años he sido cocinero de una compañía. He sido herido dos veces.

El propietario del hotel probó la sopa que, como ensayo, había hecho el candidato a cocinero y replicó:

—¿Herido dos veces? Ha tenido suerte: lo extraño es que no lo hayan muerto.

NO ES SU PROFESION

El abogado Fulánez había perdido un pleito y se sentía abatido.

—Su profesión no convierte a los hombres en ángeles—le dijo en tono de broma un médico amigo suyo.

—No, contestó el abogado; eso lo dejamos a ustedes los médicos.

EN DEFENSA PROPIA

En un tranvía lleno de gente una señora gruesa se esforzaba por sacar el dinero de su bolsillo para pagar su pasaje; pero no podía hacerlo a causa de que su vestido estaba firmemente abotonado para preaverse de los ladrones de calle.

Después de haber estado esforzándose en vano durante algunos minutos, un caballero que se sentaba a su derecha, le dijo:

—Permítame pagar su pasaje.

La señora rehusó con indignación y siguió tratando de abrir su bolsillo.

Después de un rato en que la señora no lograba éxito, su compañero de asiento insistió:

—Usted debe dejarme pagar. Me ha desabotonado mi chaleco tres veces y ya no estoy dispuesto a soportar esto más.

UN MARIDO MALICIOSO

El marido.—¡Por Cristó!, éste ha de ser un verdadero banquete. Nunca he visto un lujo y un arreglo semejantes. ¿Has invitado a alguien?

Ella.—No, pero creo que la cocinera invitó a sus amigos.

LOS PLANES DE UN BARBERO

—Me temo—decía un barbero neoyorquino—que pronto tendremos que cobrar un dólar por afeitarse a un individuo.

—¿Por qué?—preguntó el cliente de la silla.

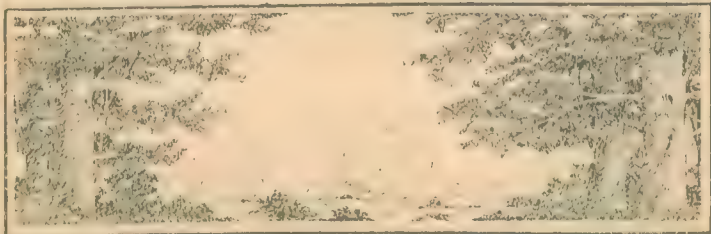
—Los hombres están cada día con la cara más larga al pensar en la ley de Prohibición, y necesitamos doble espacio de tiempo para afeitarlos.



La dulce quimera

Te amo porque eres suave como una melodía...
Bella, con la belleza de la melancolía!
Porque según proclaman los conclave de sabios
no florecen claveles rojos como tus labios!
¡Oh! tus labios de grana que han de saber a tuna,
donde duermen tus besos como un niño en su cuna!
Por tus sedosos rizos, que semejante al raso
tienen cambiantes de ópalo, a la luz del ocaso.
y así, al darme la vida, me vas dando la muerte!
que con sus eucarísticas palideces de luna,
dos manojos de lirios son tus manos benditas
que al moverse parecen dos blancas palomitas!
Por tus ojos, que tienen la atracción del abismo,
que al igual que las cumbres, exalta mi lirismo!
¡No cantan los poetas, dándote a ti sonrojos,
que no hay un pensamiento negro como tus ojos?
¡Oh! tus mágicos ojos que son mi cautiverio,
donde puso la noche su velo de misterio!
Ojos que me consumen con el afán de verte
Por tus sagradas manos, bellas como ninguna,
¡Has de ser sólo ensueño? ¡Nada más que esperanza!
¡Serás siempre horizonte, que se ve y no se alcanza!

Arturo ABALO.



El Espíritu Santo no manduca

La villa de San Fernando de Cachi-
cano fué fundada en 1754 por el padre
misionero Fray Guillermo de Gibrat-
tar.

Por el temor a las invasiones de las
tribus indígenas, huyó la mayor parte
de los habitantes hacia las orillas del
Orinoco, pero años después se repobló
aquella y se construyeron dos capillas,
en una de las cuales celebraba otro
misionero, Fray Anselmo de Ardales.

Fray Anselmo tenía a su servicio
un negro y un indio de aquellos luga-
res, a quienes había enseñado a leer y
a escribir, los cuales le ayudaban en
sus funciones religiosas.

El buen fraile quería mucho a sus
acólitos, y éstos le divertían con sus
ocurrencias y travesuras de ingenio,
pues siempre estaban de pique, de-
mostrando así el espíritu de confrat-
ernidad que existe entre las razas...

En cierta ocasión salió Fray Ansel-
mo para Chaguaramall de Perales (hoy
ciudad de Zaraza), y llegaron a una
choza de tránsito con idea de almor-
zar.

La dueña del rancho era una pobre
mujer, quien dijo al fraile que sólo
tenía de comer unos pedazos de cazabe
y un huevo de gallina.

—Pon lo que tengas, hija,—le con-

testó el fraile; y agregó, sonriendo:—
¡Ojalá se repita aquí el milagro, si no
de pan y peces, por lo menos de caza-
be y huevos!...

Servido el frugal almuerzo, se sentó
Fray Anselmo en un ture, y compren-
diendo que la comida era poca para
los tres, quiso ver lo que harían sus
familiares para resolver aquel proble-
ma aritmético-estomacal.

Tomó el huevo tibio, lo despuntó, y
dijo, ceremoniosamente:

—“¡Coronatus est!”

A su vez lo tomó el negro, le puso
un poquito de sal, y dijo:

—“¡Salatus est!”

Y pasado al indio, éste lo contem-
pló con socarronería, se lo vació en la
boca, y exclamó:

—“¡Manducatus est!”

Fray Anselmo se hizo la señal de la
cruz.

El negro le echó una mirada de ira
al indio, y éste advirtió muy humilde:

—Me lo tragué porque el huevo era
de zamuro, y podía hacerle daño a su
paternidad.

Fray Anselmo comprendió la puya
del indio y soltó una careajada.

El negro entonces dividió el cazabe
en dos partes, y dijo con marcada in-
tención:

—Para el Padre... y para el
Hijo...

—¿Y para el Espíritu Santo?...—
preguntó el fraile.

—¡El Espíritu Santo no manduca!
ca!...

Victor M. OVALLES.

Overland

\$ 4.750^m / n

Alumbrado eléctrico
Arranque eléctrico
Encendido por magneto
Siete asientos



Viaje usted en este

“85-4” de 7 asientos

Un coche de gran belleza y dura-
ción, cuya operación es altamente
satisfactoria y su gran potencia se
gobierna fácilmente.

Con toda la potencia de un coche
grande, este modelo Overland tiene
la flexibilidad de un coche liviano.

A todas estas ventajas hay que
agregar la comodidad al viajar. Ruedas
y neumáticos grandes, muelles
del tipo modillón, todo lo cual resulta
de una comodidad poco común en
coches de este tamaño.

Lleva magneto Eisemann de alta
tensión. Su equipo es completo. Su
manutención es económica.

Se sentirá Vd. orgulloso de este
Overland, de su aspecto y de su
operación. Debido a nuestra enorme
producción, puede Ud. gozar de este
coche a un precio extraordinariamente
bajo.

En su clase no hay otro que se le
compare.

P. A. HARDCASTLE

Rivadavia 1399 - Buenos Aires

ACTUALIDAD URUGUAYA

Una entrevista con el señor Abdón Aroztegui

La nueva era de vida cívica que acaba de abrirse para la República Oriental, con el primer ensayo del voto secreto, nos sugirió la idea de dar a conocer a nuestros lectores la opinión de algún miembro caracterizado de la numerosa colonia uruguaya residente en la Argentina, sobre ese asunto de tan palpitante actualidad. Y pensamos en el señor Abdón Aroztegui, una de las más destacadas figuras de aquel turbulento escenario político, en su largo período de guerras civiles.

Soldado, publicista, historiador, tribuno, hombre de prensa, luchador infatigable en el campo de todas las actividades, aún le quedó tiempo para dar algunas obras a la escena, siendo uno de los precursores del teatro nacional. En esa forma precipitada, escribió también varios opúsculos y un libro titulado "La Revolución Oriental de 1870", de abundante documentación histórica.

El señor Aroztegui se inició en la vida pública de su país allá por el año 1868, formando parte de la redacción de un diario político, para tomar las armas poco tiempo después, a las órdenes del general Timoteo Aparicio. Desde entonces hasta la última guerra civil del Uruguay, no hubo una sola revolución nacionalista en que él no tomase parte, de un modo más o menos directo.

En 1897, invadió la República Oriental con el célebre caudillo Aparicio Saravia, su gran compañero y amigo, en el carácter de delegado del comité revolucionario de Buenos Aires.

Esa misión y otras análogas, desempeñadas en diversas épocas, le vincularon con muchos hombres espectables de su país y del nuestro, como el doctor Leandro M. Alem, con el cual mantuvo una amistad estrecha, los generales Roca y Arredondo, y otras personalidades argentinas. En el Brasil, así como en las provincias de Entre Ríos y Corrientes, intimó también con políticos y soldados de alta figuración, que prestaron su ayuda al Partido Nacionalista, en sus numerosos levantamientos.

Durante medio siglo de una actividad verdaderamente vertiginosa, el señor Aroztegui pasaba de los campamentos a las redacciones de la prensa de combate, sin desmayar un solo momento ni perder una sola oportunidad de ser útil al partido de sus afecciones.

Y así fundó y dirigió, en Montevideo, los diarios "El Pueblo", "El Diario" y "La Reacción", todos ellos escritos en el estilo candente de aquellas épocas de pasión y de lucha.

En las batallas de Severino, Corralito, Sauce, Manantiales, y en muchos otros encuentros no menos reñidos, el señor Aroztegui empuñó el fusil o la espada, recibiendo su bautismo de sangre a los 18 años, en 1870.

Radicado entre nosotros desde hace más de un cuarto de siglo, el viejo luchador de otras épocas, que conserva aún todas sus energías físicas y mentales, se ha convertido hoy en un hombre de negocios. Y su pluma tampoco permanece inactiva, pues el señor Aroztegui colabora frecuentemente en algunos órganos de la prensa de esta capital, abordando de preferencia temas económicos y administrativos, donde pone de manifiesto su vasta preparación en la materia.

Vinculado por estrechos lazos de familia a nuestro alto mundo social, en el que goza de generales simpatías, por su carácter bondadoso y ca-

balleresco, es ya algo que nos pertenece, como su compatriota el doctor Golfarini y algunos otros uruguayos que tienen de hecho carta de ciudadanía en nuestro país, aun cuando nunca la hayan solicitado, tal vez por considerar, con toda razón, que los orientales no la necesitan, en esta tierra hermana de la suya, donde jamás fueron mirados como extranjeros.

Tal es el hombre al cual nos hemos dirigido para solicitar su opinión autorizada y respetable, sobre el significado de la reciente lucha cívica que acaba de tener lugar en el Uruguay, con los resultados electorales que son del dominio público.

El señor Aroztegui, a quien visitamos en su residencia de Ramos Mejía, sorprendiéndolo en un hermoso



Señor Abdón Aroztegui, en 1897.

rincón de aquella vivienda horaciana, toda llena de sol y de flores, se prestó amablemente a nuestra interview, que le interrumpía su grata y patriarcal tarea.

—Estoy retirado de la política desde hace varios años—nos dijo—por desgracias de familia que me han herido en lo más hondo de mis afectos, y porque—le hablaré con franqueza—no creía en la evolución que ha dado por resultado la reforma de la Constitución uruguaya, y, como consecuencia, el hermoso acto electoral del 30 de noviembre. Puede usted estar seguro de que, así como yo, ha estado retraída por lo menos una tercera parte del Partido Nacionalista, al cual pertenezco, que tampoco creía en la efectividad de una elección libre. E indiscutiblemente lo ha sido, la que acaba de realizarse en mi país, salvo ciertas imperfecciones de detalle, que irán desapareciendo con el mayor conocimiento de lo que significa el voto secreto por parte de la masa electora.

Allá como aquí, la democracia comienza a encontrar el verdadero cauce de las corrientes populares, que ya no tropiezan con los obstáculos que antes las desviaban del camino de las urnas. Es una lógica consecuencia del progreso de los tiempos.

Y este primer ensayo de vida cívica propiamente dicha, he de hacer que, en las futuras luchas electorales, desaparezca ya la natural desconfianza de las agrupaciones del llano, que habían hecho una escuela de abstención forzosa, en épocas menos propicias al libre ejercicio del sufragio, todo el electorado entre en acción, incluso una gran parte del contingente que pueden aportar mis corre-

En los pueblos civilizados no se improvisan los gobiernos. La razón es muy sencilla: el Estado moderno no admite el empirismo político. Carga el gobierno científico.

La pregunta cual es la verdadera ciencia de gobernar.

En mi opinión, es la ciencia Política. De ella surgen y de ella se reconstruyen todos los resortes y principios administrativos, y a ella están subordinados, por la cuestión financiera, los tecnicismos gubernamentales.

La ciencia Política, en una palabra, es la ciencia que profunde al bienestar de las naciones, cuya finalidad es el de ser primordial de los gobiernos.

Abdón Aroztegui

ligionarios radicados en la Argentina, que, como es notorio, suman muchos millares de ciudadanos, aun no inscriptos en los padrones electorales.

El Partido Nacionalista, si no ha triunfado ahora definitivamente, se impondrá en las urnas, por gran mayoría, cuando reconcentre todas sus fuerzas para un combate decisivo. Estoy completamente seguro de su victoria.

—Y usted, señor Aroztegui—interrogamos—¿no piensa tomar participación en esas contiendas de los atrios, menos agitadas y duras que aquellas en que le tocó a usted actuar, cuando las armas eran las que resolvían las cuestiones que hoy se ventilan en un terreno más pacífico?

—Jamás fui un revolucionario a "outrance". Para mí y los hombres de mi generación, dentro del credo a que he pertenecido toda mi vida, la lucha armada era la "suprema ra-

te impersonal, concurriré a donde me llamen mis deberes de soldado, si hay necesidad del postrer esfuerzo de la guardia vieja.

Terminamos solicitando del señor Aroztegui un autógrafo y algunas notas gráficas con que ilustrar esta interview, a lo que se prestó gentilmente nuestro reportero, no sin alguna resistencia a las inevitables indiscreciones del objetivo.

MARTÍN CHICO.

La acción fecunda

"El optimismo sano, que merece su nombre, no es aquella actitud inerte que vive a gusto con cada miseria y transige con cada injusticia; el optimismo verdadero es un ánimo, una alegría con que toda labor inteligente saca de sí mismo su impulso progresivo y su mayor lucimiento.

El escepticismo no es esa posición adinámica y negativa de la ineptitud. El escepticismo de buen tono jamás demuele; no denigra ni amarga; nace de una sutil comprensión de todas las cosas, y hallando así que ninguna es completamente mala ni absolutamente buena, se permite acaso ironizar y sonreír, pero, con ingenio, practica y encarece la acción, revalúa, reconstruye y a su modo crea. En medio de las gentes que señalamos, viciados de quietismo y corroidos de abulia, viven difícilmente la juventud y la ciudadanía laboriosa que tienen voluntad, miran conscientemente al porvenir, y tanto con su brio como con su ejemplo deben rechazar, alejar, destruir cuanto llame a la inacción y les obstaculice sus empeños.

En esa pensante y activa legión está la salud: también el deber de propagarla, de reanimar muchas atenciones desfallecidas, muchos entendimientos que se han fosilizado. Es ella quien ha de enseñar, como si fuera tema nuevo, una fe y un amor que tantos corazones han perdido. Es ella quien, usando sucesivamente de su acción y de los resultados de ésta como el más varonil lenguaje, ha de batir a la ineptitud y anonadar el espíritu de malintención; ella quien ha de implantar el desprecio por aquellas almas pusilánimes o aquellas voluntades degeneradas que se complacen en propagar el veneno de su desfallecimiento.

Aplaudamos en su patriótico afán al que busca, labora y produce de continuo, sin desconfiar nunca de sí mismo ni del significado social de su obra.

"¡Trabaja, hombre—decía Carlyle—trabaja y produce! Por mínima que sea la producción de tu trabajo, prodúcela en nombre de Dios. Enseña aquello de que eres capaz. Lo que sepa tu mano hacer, hazlo con toda voluntad. Trabaja mientras dura la luz, que luego se hará noche y ya no será posible trabajar... Aplaudamos a los que siguiendo este piadoso consejo vivifican la fe patria. Rindamos homenaje a ellos, que traen en sus ojos, con la fatiga del estudio, la lumbré de sanas ideas y la visión de nuevos horizontes."



El señor Aroztegui, en la actualidad, en el corredor de su residencia de Villa Urquiza.

El recurso último de que nos veíamos en la necesidad de echar mano, cuando no había otra forma de hacer valer nuestros derechos cívicos; pero hoy los tiempos han cambiado, y es de presumir que ya no habrá que "volver a las cuchillas", frase gráfica con que los criollos de antaño expresaban un pensamiento guerrero. Y aun cuando me creo con derecho a descansar, dejando el campo libre a la generación que se levanta, a esa brillante juventud llena de entusiasmo y de energía, como pertenezco a un partido disciplinado

EL REGALO DE ZIDORO

por Juan AICARD

Conoci al viejo Zidoro en los muelles, delante de las mesas de los vendedores de libros viejos. Humilde empleado de un ministerio, almorzaba con una medialuna y cenaba con un panecillo; pero compraba libros y libros raros—siempre que no fueran muy caros, por supuesto.—Y su colección era admirable.

Un día quiso enseñármela. Nos hicimos grandes amigos.

Hace de eso veinte años. Tenía él, entonces, más de sesenta.

Diez años después dejó de visitar las librerías al aire libre de los muelles. Reumático, catarroso, tullido, no salía de su cuarto y vivía rodeado de sus queridos libros, su única compañía. Una mujer le traía todos los días el panecillo y la medialuna. La recibía impaciente, se irritaba al ver pasar el plumero a las pilas de libros, que se tambaleaban a su alrededor y la despedía lo más pronto posible. No le agradaba recibir a nadie. Los libros lo bastaban.

Una vez por año, el 31 de diciembre o el 1.º de enero, toleraba mi visita. Concluyó por desearla y declarar que lamentaría si yo llegase a olvidarla.

Y yo no la olvidé jamás.

Este año, el 1.º de enero, hallé a mi enfermo extraordinariamente abatido. Ya el año precedente iba de un lado a otro de la habitación arrastrando la pierna con suma dificultad y apoyándose con una mano en los muelles o en la pared.

—¡Hola, Zidoro!, ¡aquí estoy para desearle un feliz año nuevo!

—¡Hola!, ¿es usted, hijo mío?... ¡Bah!, el año nuevo no será para mí.

—¡Vaya!, ¡vaya, papá Zidoro! ¿De dónde le salen esas ideas?

—No son ideas; son cosas que uno siente bien. Cuando los viejos empiezan a pasarse todo el día con los recuerdos de su infancia, es señal de que las cosas concluyen... Yo ya estoy en el final... Por lo demás, es muy natural.

Se dejó caer pesadamente en el sillón, del que se había incorporado para recibirme, y me indicó una silla a su lado.

Guardé silencio, no atreviéndome a interrogarle, por temor de inquietar al buen hombre; por otra parte, no tengo costumbre de provocar confidencias.

Las personas deben decir lo que quieren decir. Si se ama a una persona, hay una razón más para respetar su libertad. El anciano me miró, me comprendió y sonrió.

—Hace setenta y cinco años—comenzó diciendo—mi madre trabajaba para ganarse la vida. Cosía durante todo el día y con gran dificultad lograba obtener lo necesario para vivir. Mi padre, subteniente en los ejércitos del gran emperador, había muerto frente al enemigo.

Tenía siete años cuando caía gravemente enfermo.

Mi madre me creyó perdido. El médico también. La crisis pasó, pero quedé en un estado tal de debilidad, que se continuó creyendo que la vida me duraría poco.

—¿Qué conviene darle?—preguntó mi madre.

—Todo lo que le guste—replicó el médico.

Mi madre entendió hablar de la alimentación. Yo alegué la respuesta del médico para exigir un juguete. Como era demasiado pobre, mi madre, para el día de año nuevo, me hacía "regalos útiles": medias, zapatos o un par de mangas de lustrina. Esa vez yo quise un muñeco con música.

Mi madre trabajaba día y noche;

la veía, desde mi camita, dar apresuradamente puntada tras puntada; veía saltar constantemente entre sus dedos una chispita ágil que era la aguja. Los niños son egoístas. No saben lo que cuesta a sus madres cada uno de sus placeres... Por lo demás—agregó Zidoro a manera de reflexión—los hombres mismos gozan cada día de todas las maravillas de la ciencia y de la industria, sin pensar en los sufrimientos y en las muertes que cuestan.

Zidoro sufrió un acceso de tos, que lo interrumpió durante largo rato; luego continuó:

—Los vestidos de damas elegantes que cosía mi madre no hacían sino excitar el deseo de poseer el muñeco. Debería vestir seda... blanca y rosa... con un cuello de encajes... tendría una linda varilla roja para manejarlo y se oíría sonar la musiquilla que tendría dentro.

Entonces palmeaba de placer; mi madre alzaba la cabeza y me contemplaba, y más ligero, mucho más ligero, saltaba la aguja, se hundía en la seda de los hermosos vestidos, aparecía un poco más lejos, seguida de la hebra de seda y continuaba siempre así, arrojando entre los dedos de mi madre una chispa rápida que me parecía una breve alegría volando... Pero mi madre moraba.

Por fin tuve mi muñeco de música. Era mi primer regalo de año nuevo. No he vuelto a tener otro.

Mi madre me lo trajo el 1.º de enero. Estaba acostado, bien envuelto en frazadas, en un sillón que teníamos... el mismo en que estoy ahora. Desde el corredor, antes de entrar, mi madre hizo bailar el muñeco en la varilla y oí, como en delicioso sueño, la musiquilla metálica. Tocaba dos piezas que se alternaban: un vals lento y un vals alegre, muy animado.

¿Sabe usted cómo se producen esos sonidos? El mango del muñeco encaja en una rueda que pone en movimiento a un cilindro de cobre cribado y erizado de clavitos de acero. Cada punta de estos clavitos, a medida que el cilindro gira, levanta un diente de una especie de peine de metal, que es el teclado. La vibración de cada diente da una nota.

Y se produce una musiquita débil, tímida, menuda, un tanto desahogada, que tiene siempre, aun en los aires más melancólicos, algo de brusco y de trémulo.

Mi madre entró, haciendo sonar el muñeco. Tendí los brazos, en un gesto de éxtasis... Durante todo el día y toda la noche, el muñeco rosado me repitió sus dos canciones, la triste y la alegre, pasando de una a otra sin mucha dificultad, después de un breve silencio, en el cual sonaba dentro del pecho saliente, un ruido de mecanismo que se dispone a trabajar bien: "erie", "erac", "brum". "Tose, mamá, se suena las narices"—exclamaba yo—como el señor cura antes del sermón.

Y el viejo Zidoro tosía también; pero un rato muy largo. El acceso de tos sacudía violentamente el cuerpo frágil del anciano. En seguida, continuaba narrando, con lentitud, pero con abundancia, viendo como en un ensueño febril todas las cosas de que hablaba:

—Me acostaba con mi muñeco y el muñeco comía conmigo. Tenía el aspecto de un huevo de avestruz, un huevo vestido; su corpiño con encaje era en parte blanco y en parte rosado; tenía aros, cabellos rubios rizados y una carita sonriente, rosada y blanca. Cuando giraba, el ruido de su

EUREKA

ANTISÁRNICO Y GARRAPATICIDA SIN VENENO

Compañía Introdutora de Buenos Aires

BME. MITRE, 537

traje con flecos de puntillas se ensanchaba a su alrededor como una pollera de bailarina y parecía que el muñeco inclinaba la cabeza y sonreía de felicidad...

Yo sanaba lentamente; el muñeco, cuidado con amor, yacía en una caja, sobre restos de seda y de terciopelo, que arrojaba mi madre al coser los vestidos de las damas elegantes.

Fué el encanto de mis días de convalecencia.

Cuando sané del todo, mi madre lo guardó en el armario, con sus pobres objetos preciosos, con la cadena y el reloj de plata de mi padre y el collar y la cadenilla de oro que había recibido de su madre.

¡Era tan hermoso mi muñeco!; había que conservarlo. Además, costaba tanto... Verlo un momento llegó a ser para mí una recompensa por lo cual estaba dispuesto a soportar todo. Por oírlo de noche, antes de dormir, me sabía quedarme juicioso durante todo el día, recitar una fábula sin falta alguna y repetir toda la tabla pitagórica.

Mi madre murió. Tenía yo veinte años. Ganábame la vida como copista en el estudio de un escribano. Dejé religiosamente al muñeco querido, durmiendo en el armario, con la cadenilla de oro y el reloj de plata.

Me casé. Tuve un hijo... Si, tuve un hijo—repitió Zidoro, mirándome con ojos ligeramente empañados.

Mi hijo dormía en la cuna en que yo también había dormido bajo la mirada de mi madre. Me acompañó poco tiempo; murió en la edad de los ángeles y su madre no tardó en seguirlo a la tumba...

Por la noche, en nuestro tiempo feliz, al volver del trabajo hallaba a mi mujer, la madre mía, cosiendo también sin cesar, para ayudarnos a vivir... Yo tomaba el muñeco rosado y lo alzaba sobre la cuna; mi hijo tendía los brazos y reía, con los piccitos en el aire, agitando como si hubiese querido apoderarse del muñeco rosado, cuya pollera flotaba y cuya almilla cantaba, alegre y triste, alternativamente: "erie", "erac", "brum", "brum". "¿Oyes?, está tocando; se suena las narices como el señor cura antes del sermón".

La madre reía a carcajadas... Yo volvía a guardar el muñeco cuando el niño, cansado de desearlo, se dormía al fin, soñando en un país donde los niños hacen bailar a muñecos rosados que jamás se rompen. "Brum", "brum", "erie", "erac".

Zidoro cesó de hablar. Su mirada flotaba en una vaguedad indefinida. Se puso de pie, apoyándose con ambas manos en las pilas de libros, dió algunos pasos y abrió un armario...

—¡Aquí está!—dijo.

Y alzando con dificultad el muñeco rosado en la mano derecha, me lo enseñó.

Era un muñeco rosado y blanco; su traje con encajes parecía recién salido de manos de la obrera que lo había hecho; era lozana como rosa de primavera la pollera del muñeco, a pesar de sus setenta y cinco años. "Orie", "erac", "brum". Empezó

a girar, a girar como un loco, inclinando su cabecita que sonreía de felicidad, con sus mejillas muy rosadas, mejillas de niños en la edad de los ángeles y los cortos cabellos rubios, todavía rizados, que agitaba el movimiento de la danza.

—Este es el regalo de año nuevo de Zidoro y el regalo de año nuevo de mi hijo. "Orie", "erac", "brum". El tampoco tuvo otro... Pero me cansa hacerlo bailar. Hágalo bailar usted, hijo mío. Quiero oír la música.

El viejo Zidoro me tendió su juguete. Comprendí que era preciso obedecerle, pues quería recordar su vida al son de la musiquilla.

Levanté a mi vez el muñeco, que continuó girando ágilmente. Yo lo miraba, y miraba también a Zidoro, encorvado, trémulo, tullido, surcado el rostro de arrugas, amarillento la tez, calvo el cráneo, y todo el viejo, viejo, muy viejo... ¡Oh, juventud imbecil de los objetos! El muñeco bailaba impasiblemente, siempre sonriente, rosado, juvenil, infantil... "¡Un poco más!"—suplicaba el anciano cuando se detenía, tendiendo los brazos con movimiento maquinal, como antaño cuando yacía en la cuna y su madre quería hacerlo dormir. "Orie", "erac", "brum". El mecanismo tosía y el vals volvía a sonar un instante más. ¡Qué triste era!

Un aire musical que uno haya oído con frecuencia en otro tiempo, tiene la virtud de recordar más vivamente que cualquier frase el instante de la vida en que se le oía. No era sólo el aire musical lo que volvía a oír Zidoro, sino el mismo sonido, el sonido metálico sin ningún cambio de timbre ni aun de inflexión, con toda su juventud de mecánica, conservada en el armario como el perfume de una almohadita. "Orie", "erac", "brum"...

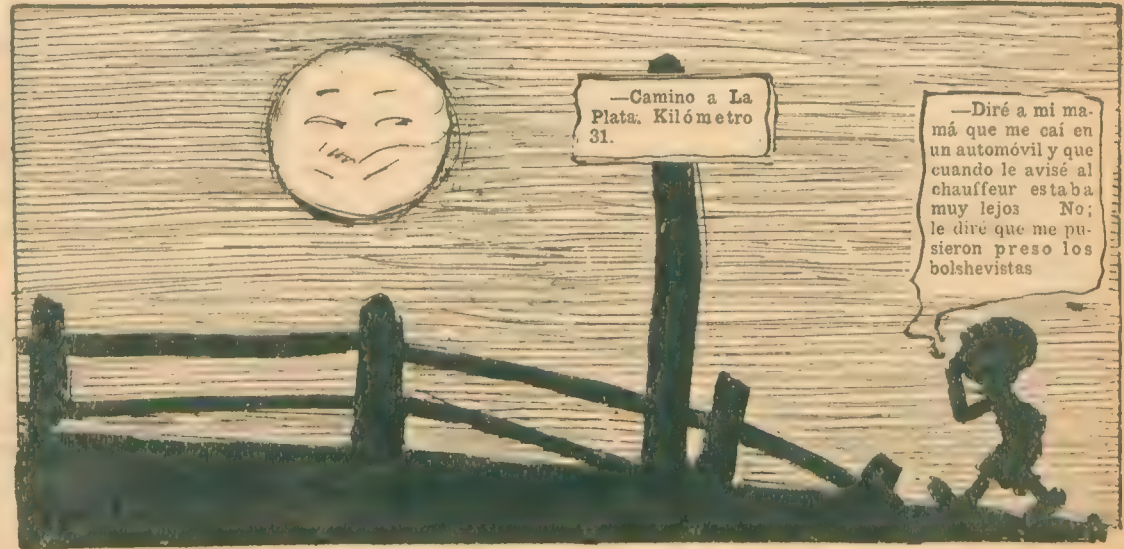
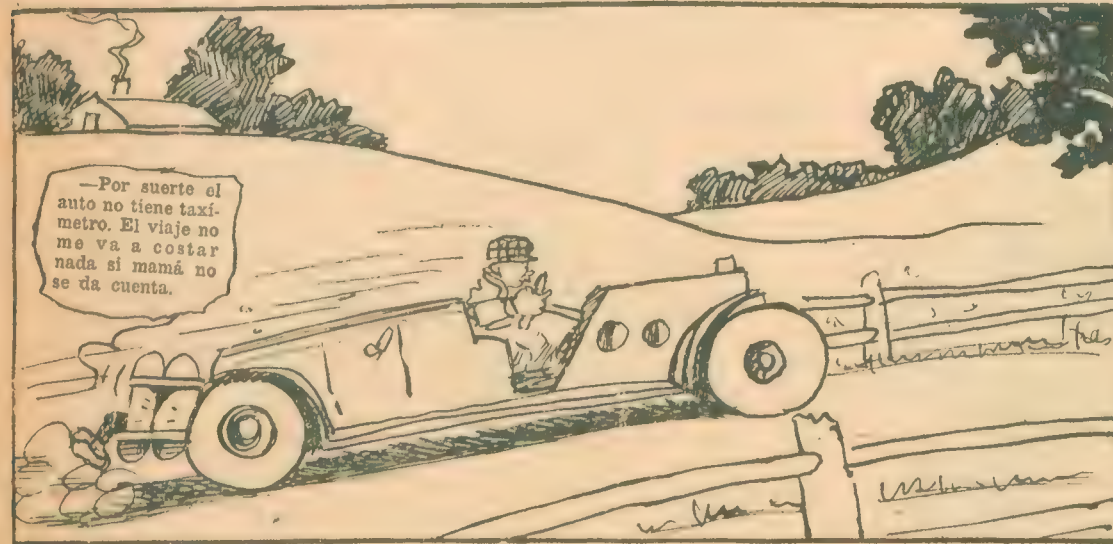
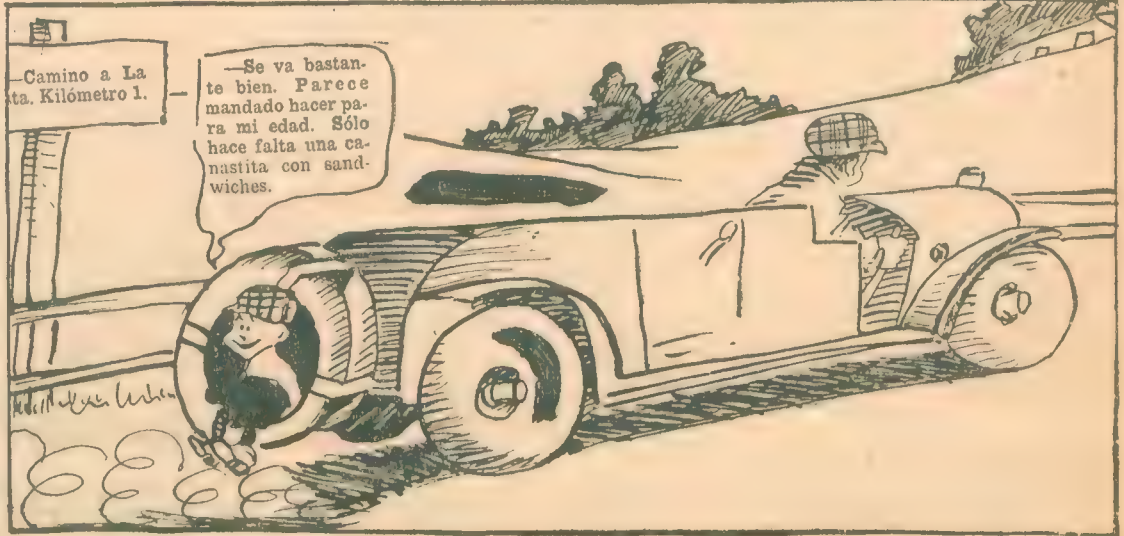
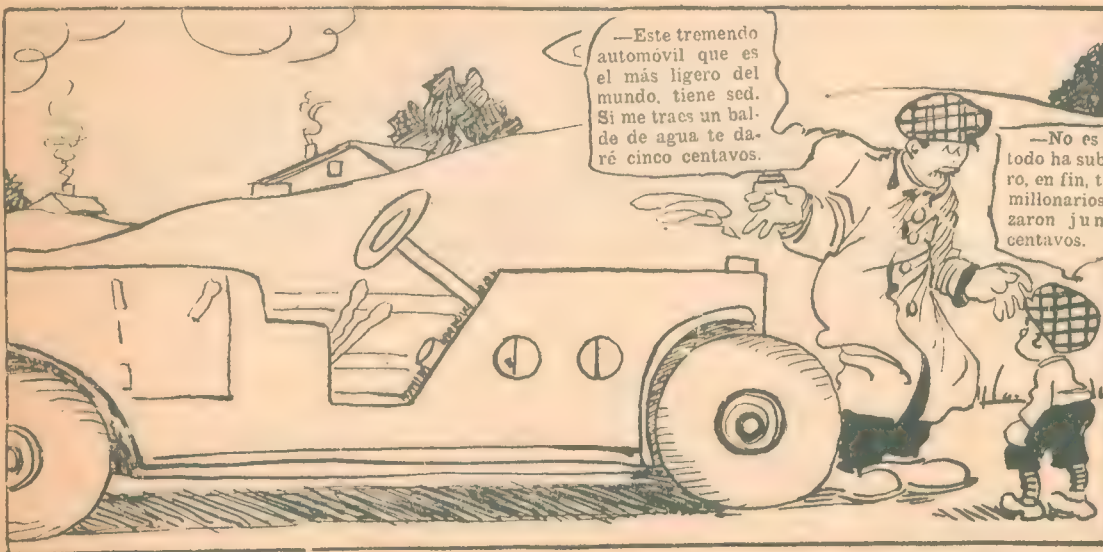
El viejo Zidoro, murmuró: "¡Mamá!", y agregó dos nombres: el de su mujer y otro nombre de pila... Y un instante después, delante de mí, mientras a su ruego hacía bailar el muñeco, "erie", "erac", "brum"... Zidoro expiró el primer día del año nuevo.

Dejé el muñeco sobre la mesa cargada de libros: creía que Zidoro dormía; abrí, sin hacer ruido, uno de sus libros predilectos, para leer esperando que despertara. Zidoro dormía, pero no volvió a despertarse. Dormía sonriendo. Soñaba acaso con un país donde los niños hacen bailar muñecos rosados, que jamás se rompen.

Zidoro ha dejado, por testamento fechado el 1.º de enero, día de su muerte, sus libros a la biblioteca de su ciudad natal, y a mí, por una cláusula expresa, me lega el muñeco. El viejo Zidoro sabía, sin duda, que creo en el alma de los muñecos rosados y que amaría al suyo.

Lo conservo en un armario de puerta de vidrio. A través del vidrio me mira sonriendo, siempre joven y contento; pero jamás lo hago bailar, porque su musiquilla metálica me causaría mucha pena.

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



"MARIZULMA"

por Gontrán
ELLAURI OBLIGADO

Episodio olvidado de la mujer argentina

—Otro mate; aún es temprano y tendremos tiempo de sobra para apurarlo despacio, mientras tocan a botasillas;—dijo, dirigiéndose a los oficiales agrupados esa mañana en el centro de su tienda, el coronel Pablo Zufriátegui, jefe del regimiento 10° de caballería de línea, en vísperas de la gloriosa batalla de Ituzaingó.

—¿A dónde vamos hoy, coronel?—preguntó el más joven de todos, un muchacho moreno, de gallardo aspecto y que lucía en las botamangas, con orgullo, las insignias de teniente, cuando apenas contaba veinte años de edad.

—No lo sé,—repuso amablemente el coronel;—he visto al ayudante Debesa, casi inmediatamente del toque de diana; pero iba como "alma que lleva el diablo", y apenas si tuvimos tiempo de darnos los buenos días... Sin duda, cumplía alguna orden urgente del cuartel general.

—Creo,—intervino otro de los circunstantes, el sargento mayor Balbino Lobo, el oficial más antiguo de la división, como que aun conservaba en sus botas de montar el polvo de las últimas campañas de la Independencia;—creo—repitió—que el orden de marcha que proyectaba el general Alvear, era el de seguir la orilla del río, para operar en combinación con la escuadra. Según parece,—y al decir estas palabras, el mayor Lobo miró significativamente al coronel, como si ambos estuvieran en el secreto de lo que se preparaba;—hoy tendremos "danza" y habrá fuego más que bastante para calentarnos a nuestro gusto...

—Sí,—asintió el coronel;—tengo entendido que el ala derecha del ejército brasileño, ha recibido orden de avanzar a todo trance, y nuestro general tiene la intención de cortar la marcha. Así, pues, no tendría nada de extraño que antes de que expire el día se haya efectuado el encuentro...

No bien hubo proferido su última frase el coronel, cuando, en aquel mismo momento, alzóse el lienzo que cubría la entrada de la tienda, e irrumpió en ella un oficial que ostentaba los cordones de ayudante, el cual, luego de hacer un ligero saludo, dijo rápidamente:

—Señores: orden del comandante en jefe de que no se levante el campamento; el general ha recibido noticias de que el ejército imperialista avanza en dirección a nosotros, y ni aun tendremos que movernos para encontrarnos con él.

—Lo prefiero así,—exclamó tranquilamente el mayor Lobo;—pues se combate mejor cuando se está descansado.

—¡Un mate, capitán!—dijo Zufriátegui, brindándose al ayudante, a la vez que le hacía sitio en torno a la caja de municiones, junto a la cual estaban agrupados los oficiales.

Aceptó el invitado, y la conversación se hizo general, amena y chispeante, entre esos guerreros que no se preocupaban lo más mínimo de que, algunos de ellos, no oíría, probablemente, aquella noche el toque de retreta...

De pronto, el oficial más joven dijo, enarandose con el mayor Lobo:

—Ya que estamos condenados a una espera aburrida y fastidiosa, ¿por qué no la ameniza usted algún tanto, mayor?

—¡Justo!—agregó otro oficial, dirigiéndose al interpelado;—usted es el narrador "ad honorem" del regimiento y haría una obra meritoria en las actuales circunstancias.

—Tanto más—exclamó otro, riendo—cuando, quizás, algunos de nos-

otros no vuelva a tener ocasión de oírlo...

Este chiste, de un gusto dudoso, no obtuvo aprobación alguna, ni hizo el menor efecto... Sólo el coronel unió, con deferencia, su voz a las de los demás, para decir:

—Vamos, mayor: usted que es una mina inagotable de anécdotas de campaña, haga, una vez más, gala de sus recuerdos.

—Pero, es que ustedes—repuso el mayor, bromeando—son capaces de agotar hasta lo inagotable; y como, por otra parte, son muchas las horas tediosas que se pasan en el campamento, ya he vaciado el saco y no tengo nada en el fondo...

Sin embargo, el coronel insistió, enarandose con Lobo:

—Oiga usted, mayor: usted que estuvo en el Alto Perú y que se sabe de memoria toda esa campaña, hasta en sus detalles más mínimos, cuéntenos algún episodio de ella...

—¡Sí, sí, cuente usted mayor!—gritaron, casi a coro, y con la misma avidez, todos los oficiales.

Y, entonces, luego de un instante de silencio, durante el que pareciese cual ahondar en el cofre de sus recuerdos, se expresó el veterano mayor de esta manera:

—Como todos ya sabemos, no es patrimonio exclusivo de los hombres, la satisfacción de haberse portado como buenos, cada uno con relación a sus fuerzas, en esa titánica lucha que sostuvo, durante quince años, nuestra patria por su libertad e independencia. También, el bello sexo, también las mujeres—repito—han pagado su tributo de heroísmo, y algunas bien espléndidamente, por cierto...

—¡Caball!—interrumpió el más joven de los oficiales;—así lo he oído afirmar más de una vez; pero, nunca, he gozado de la suerte de escuchar una narración verdaderamente interesante, en la que su protagonista haya sido una mujer...

—No será porque escaseen—observó el ayudante.—Pues desde la inmortal Manuela la Tucumana, hasta...

—¡Cierta capitán!—dijo esta vez el mayor, cortándole la frase;—pero, no obstante todos los sublimes episodios que generalmente se conocen, por haberse hecho ya populares, y que, a no dudarlo, pasarán a la Historia, para servir en sus páginas de ejemplo a las futuras generaciones, no son más dignos, acaso, de esta inmortalidad, cual un hecho aislado, casi desconocido para todos,—como que sólo podemos dar fe de él media docena de argentinos, entre los cuales tengo el honor y la suerte de contar, precisamente por hallarme prisionero de las tropas "realistas" en la época y el lugar en donde aconteció el suceso—que paso a referirles...

—¡Cuente, cuente!—exclamaron todos a una voz, estrechándose más, si cabe, junto al narrador; que prosiguió seguidamente así:

—Como habránlo ya ustedes coligido, se trata de una argentina: una salteña, bellísima, de poco más de veinte años de edad, y mujer del "gaucho" más valiente y famoso de toda aquella comarca, y madre felicísima de un precioso chiquillo que daba gloria verlo.

Ya recordarán ustedes, y el que no lo recuerde por no ser de aquella época, lo sabrá por haberlo oído referir mil veces, y siempre expresado con la indignación que merecen las acciones desleales,—que el general Pío Tristán combatió al lado de Goyeneche, en la para nosotros desastrosa

TAQUIGRAFÍA

Sistema Pitman (3.ª Edición)
PARA APRENDER SIN
NECESIDAD DE MAESTRO.
Curso teórico-práctico por F.
García Beltrán.

TAQUIGRAFO DEL H. SENADO NACIONAL

Profesor de Taquigrafía del Círculo de la Prensa

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE LA CAPITAL E INTERIOR

Precio del ejemplar: \$ 3. Pedidos a: Ag. Gral. de Librería y publicaciones, Rivadavia 1573

batalla de Vilcapugio, no obstante haber empeñado su palabra de honor de no hacer armas contra nuestra patria y sus ejércitos, a raíz de las derrotas que infligió al general Belgrano en Tucumán y en Salta.

—Así es—respondieron algunos;—y Tristán, no sólo traicionó con ello a su honor de militar y caballero, sino que también a lo que debía a la tradicional hidalguía española.

—¡Justo!—observó el narrador.—Pero, todo eso no fué óbice para que, como ya he dicho, coadyuvara, en primera línea, a la victoria obtenida en aquella ocasión por los realistas, ni menos para que, a consecuencia de aquel triunfo, sus tropas se envalentonaran de tal modo, que toda la comarca salteña más próxima a la Cordillera fuese, durante no poco tiempo, teatro infeliz de sus vandalismos y tropelías.

—Como que en aquellos sitios—objetó un oficial de bigotes grises y ancha cicatriz en la cara, gloriosa "reliquia" de su bizarra actitud en San Lorenzo, y que habíase momentos antes incorporado a la reunión,—dejó tales recuerdos el feroz lugarteniente de Tristán, "Barbarucho", que han de pasar muchos años todavía antes de que se borre del todo su memoria...

—¡Cierta!—repuso otro,—yo soy de

allí, y les aseguro que las madres, para asustar a sus pequeñuelos, les dicen aún hoy día: "¡Calla, arrastrado, que viene 'Barbarucho'!"...

Hízose de nuevo el silencio, y el que tenía el uso de la palabra continuó:

—Pues de él, precisamente, voy a hablarles, del brutal comandante realista que, creyendo que es lo mismo decir "militar" que "verdugo", mereció por sus inauditas crueldades el apodo con que hoy generalmente se lo conoce.

Era valiente, eso sí; a cada cual lo suyo; bravo como un león y ágil como una pantera, arrojábase, sediento de sangre, en lo más encarnizado de la pelea, de tal modo y con tan salvaje bravura, que parecía un demonio escapado del infierno, mejor que un ser humano...

Pues bien—prosiguió el narrador,—el comandante "Barbarucho", al frente de las mejores tropas de Tristán, saqueaba la provincia de Salta, con tan feroz encodo, que de él hubiérase podido repetir la frase célebre, y divulgada por los historiadores, del sanguinario jefe de los hunos...

En una de sus muchas correrías, poco después de Vilcapugio, llegó hasta la misma ciudad de Salta, invadiéndola; y, aunque fuera rechazado por el

BIERHAUS



—¡Esta cerveza tiene gusto a agua!
—Es algo peor: agua con gusto a cerveza.

invicto Güemes y sus gauchos y por el arroyo del vecindario patriota, dejó a su paso un rastro de sangre y desolación. En la retirada, sus soldados tropezaron con una choza que, por lo bastante amplia y bien construida, demostraba a claras vistas ser la morada de un gaucho bien acomodado, como en realidad lo era.

Precisamente éste se hallaba sentado a la puerta de su rancho, a la sombra de un cebil colorado, cuando aparecieron los realistas tan repentinamente, que aún no habíase movido de su asiento, cuando ya estuvo rodeado por ellos. Viéndose, pues, en la imposibilidad de huir, y privado de todo medio de resistencia, no le restó otro arbitrio que entregarse, no sin antes impetrar a los soldados no hicieran daño a un inocente niño, su hijito, que, ajeno a lo que ocurría a su padre, jugaba a pocos pasos de distancia...

Mas, apenas el sorprendido gaucho hubo formulado su súplica, cuando uno de los hombres que constituían la patrulla, algún monstruo sin duda, digno del jefe que los acudillaba, ya izaba al tierno cuerpo de la infeliz criatura, atravesado en la punta de su lanza...

—¡Qué horror!—gritaron aquellos nobles y bravos oficiales sin poder contenerse; pero el narrador, no parando mientes en la impresión que había causado, prosiguió:

—El padre, loco de ira y de dolor, ante aquel horrible espectáculo, arrojó sobre el infame asesino de su hijo, y, esgrimiendo el cuchillo que llevaba a la cintura, lo hundió en el corazón de aquel malvado antes que sus compañeros pudieran evitarlo.

—¡Bravo, gaucho!—gritaron esta vez entusiasmados los oyentes.

—Sí—continuó el mayor sin perder su imperturbabilidad, su sangre fría, —bien bravo fué, pero a los pocos segundos de haber demostrado de esa manera su bravura, caía exánime en tierra, junto al agonizante cuerpecito de su hijo, acerbado de balas y lanzas.

—¡Cobardes!... ¡Canallas!—fueron las voces que se oyeron entonces.

—Sí, cobardes, canallas, porque no satisfechos con realizar aquellos inauditos asesinatos, incendiaron el rancho...; y, cuando pocos instantes después abandonaron aquel lugar, la muerte y la devastación hablaban a voz en grito, que por allí habían pasado las implacables huestes del siniestro "Barbarucho".

En tanto ocurrían los sangrientos sucesos que dejo referidos, la mujer del gaucho asesinado y madre del tierno niño sacrificado tan inicuamente, se encontraba lejos de allí, a la orilla de un arroyo, lavando la ropa de su familia, y a esta feliz coincidencia debió que no pereciera también a manos de los monstruos o que no le ocurriese... ¡quién sabe si algo peor!...

Concluida su faena María Zulema, o "Marizulma", como la llamaban cariñosamente y aún así la recuerdan los moradores del lugar, retornó al sitio en que antes se levantaba su bonito rancho, y excusos decir a ustedes la impresión que recibió al verlo incendiado y, junto a sus cenizas, los cuerpos aún palpitantes de su marido y de su hijito...

Otra mujer, menos fuerte que "Marizulma", se habría vuelto loca; pero ella tenía un alma bien templada, y, pasados los primeros momentos de dolor y de desesperación, luego de dar piadosa sepultura a los queridos despojos de su esposo y de su hijo, abandonó el lugar de la catástrofe, ansiosa de saber quiénes eran los causantes de su desgracia. Apenas lo supo, tomó una resolución... Y ahora van a ver ustedes si fué o no fué digna, realmente, de un corazón de argentina y de patriota...

Pocas noches después del día en que acaeciera el hecho relatado, unos

esquechados pertenecientes a las tropas de "Barbarucho" apresaban a una preciosa joven que, llorosa y temblando de miedo, impetrábale la condujesen a la presencia de su jefe.

—¡Hermosa mujer!—exclamó el ferroz comandante realista, maravillado, apenas clavó en ella su mirada; y luego, como queriendo captarse las simpatías de la bella prisionera, la dijo:

—No tiembles, paloma, que yo no hago daño sino a los traidores enemigos de mi patria y de mi rey; y supongo—añadió, sonriendo irónicamente,—que tú, aunque argentina, no querrás mal a los españoles, sobre todo cuando ellos son guapos y valientes como el que te habla...—terminó con estúpida petulancia...

—¡Oh, ciertamente que no, señor! replicó la joven.—Yo no quiero mal a los españoles bravos y generosos;—y al decir esto no mentía la valerosa "criolla", que fingiendo un gran terror por los soldados que la rodeaban, prosiguió, mirando a éstos:

—Pero, ¡por Dios, señor!, sáqueme de las manos de estos hombres, que me dan mucho miedo!...

—¡Con mil amores, hermosa paloma!—contestó "Barbarucho"; y, ordenando con imperioso gesto retirarse a los soldados que la cercaban, la cogió de un brazo como para llevarla hacia su tienda... Mas, apenas hubo tocado con su mano el brazo de la joven, cuando la heroica patriota, armada la diestra de un cuchillo que llevaba oculto entre las ropas, por desgracia, un Dios aparte...;

—Que terminaría con la vida, sin duda, del despótico teniente de Tristán—dijo, interrumpiendo al narrador, el coronel Zufriátegui, no pudiendo reprimirse.

—Eso es lo que hubiera merecido; pero los malvados parecen tener siempre, por desgracia, un Dios aparte... pues, aunque el golpe iba dirigido con toda violencia y mano firme, si la hoja no tropieza en un botón de la casaca aquél hubiera sido el último día del siniestro "Barbarucho". Sin embargo, salió herido levemente...

—Y de la joven, ¿qué fué, mayor?—inquirieron todos, unánimemente, ávidos por saber el fin que le cupiese a la valiente criolla.

—¿Qué, ¿qué fué de la joven?—repitió el narrador como queriendo prolongar la curiosidad de sus oyentes.

—Sí, ¿cuál fué el fin o a lo menos el castigo que por su valerosa acción le impondría, sin duda, "Barbarucho"?—insistió el coronel.

—Pues, al toque de diana del siguiente día, el hermoso cuerpo de "Marizulma" que, como ustedes ya lo habrán adivinado, no era otra la bella prisionera, previamente atado a la cola de cuatro caballos, era despedido bestialmente—repuso el veterano mayor que, luego de un instante de silencio y cual digno broche de su patriótico cuanto dramático relato, prosiguió, mirando a su auditorio:

—Como ustedes han visto por el episodio referido, muy ingratos seremos, si al rendir nuestro tributo de admiración, de cariño y de respeto a los bravos camaradas que ofrendaron sus vidas y sus bienes por la independencia nacional, no recordásemos con el mismo cariño, con igual respeto y no menor admiración, a esas nobles mujeres, humildes o linajudas, que tanto coadyuvaron con valor y abnegación y hasta con el estóico sacrificio de su sangre, al éxito total de la heroica revolución del año 10, en Buenos Aires, génesis augusta, como ya es notorio, de la libertad no sólo de nuestra querida patria, sino que también de casi todo el continente del sur americano, como lo prueban los triunfos de Chacabuco, Maipo, Lima, Pichincha y... hasta... ¿por qué negarlo?, de Junín y de Ayacucho, obtenidos al esfuerzo generoso y decisivo del resto glorioso de sus invictas legiones...

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina.

Jefe del servicio de nariz, garganta y oídos, del Hospital Ramos Mejía.

531 - TUCUMAN - 531

Consultas: de 2 a 4 p. m.

Dr. Eloy A. Escobar Batio

Médico oficial del

Círculo de la Prensa

LAS HERAS 1877

Consultas de 2 a 4 p. m.

Unión Telefónica 5728, Juncal

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 4625, Lib. RIVADAVIA 1432

DENTISTAS

J. BONANSEA

Cirujano dentista de las Facultades de Bolsoña y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3699 (Libertad).

¡Que sus imágenes benditas vivan siempre, por los siglos de los tiempos venideros, cual coruscante jirón de nuestra historia, cual la llama templadora del alma de los que irguieranse, bravos y ardorosos, ante el despotismo de los reyes, y proclamaran en sus suelos nativos la República.

A ellas, pues, también nuestro imperecedero recuerdo.

¡Salve Mater!

Cuadros de desesperación

por Natalio SMEJOFF

—¡Pan, mama! ¡mama... pan!... ¡pa...a...n!

En un extremo de la pieza, un chico de unos cuatro años profiere estas palabras a distintas voces, ya consciente del hambre que a zarpazos le taladra las entrañas, ora voceándolas maquinalmente, sin darse cuenta de lo que pide ni de lo que quiere, a pesar de sentir siempre, por dentro, un hambre enajenador de los sentidos.

Al rato, el chico se ha adormecido balseando palabras incoherentes de fiebre y de dolor; pero la cabeza le agobia y el estómago le cava hondo, muy hondo, cada vez más hondo, se incorpora desesperadamente de su aniquilamiento, hace un amargo gesto de rebeldía más que infantil, se levanta con mucho trabajo, da unos pasos para alcanzar a su madre; mas su audacia ha acabado sus fuerzas: vacila sobre sus piecitos descarnados y cae sollozando de rabia por su impotencia, con los lamentables bracitos extendidos:

—¡Quiero pan, mama! ¡Dame pan!

La madre se vuelve tontamente, cual si estuviera viendo visiones. De tanto ayunar/ha perdido sensibilidad y sentimiento. Se ha vuelto una estúpida, una bruta. Tiene un chico de pecho en el regazo, más blanco que un sudario. A su lado se encuentra otro arrapiezo como de dos años, saboreando una vieja cáscara de naranja que ha encontrado por ahí.

Un silencio de muerte envuelve el zaquizamí. El frío de la estación penetra hasta los huesos y quema la carne. En un ángulo el techo está abierto y sopla por allí un viento frío y húmedo y cae una garúa fina y cortante que hace despertar de su anodamiento al mayorcito. Se hace un ovillo procurando ávidamente de entrar en calor, y como no obtiene resultado alguno, se levanta haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, camina fatigosamente, cae dos veces, vuelve otras dos a levantarse; por

fin, se llega a su madre. Entonces, en medio de su sufrimiento sin par, no puede por menos de prorrumpir en un inmenso grito de triunfo y de júbilo:

—¡Mama! ¡mama! — Y desfallece de debilidad antes de conseguir el abrazo que le quiere dar. Han transcurrido unos segundos. El más pequeño llora quejumbrosamente hasta sacar de su idiotez a su enloquecida madre, que le mace tristemente en sus brazos. El mayorcito de todos la mira en los ojos, nota las lágrimas apuntando a sus párpados; pasa su manecita por las secas y lívidas mejillas de la madre y, encontrándolas húmedas, hace esta pregunta espeluznante: —¿Vos también tenés hambre, mama?

Por toda respuesta ella rompe en llanto, vociferando:

—¡Miseric! ¡Miseric! ¡Miseric!

El entonces, a su vez, rompe a llorar; pero ya no pide pan como al principio, él también grita:

—¡Miseric! ¡Miseric! ¡Miseric!

El pobete que roía la cáscara de naranja se siente con hambre todavía y pide desahoradamente:

—¡Pan! ¡pan!

De pronto se fija en el cuadro sombrío y lúgubre que tiene a su frente, y, como los otros, él también se pone a llorar, remedando a pesar de sus dos años:

—¡Miseric! ¡Miseric! ¡Miseric!

Los cuatro seres enmudecen, hundiéndose cada vez más bajo, sepultados cada vez a mayor profundidad y triturados siempre por el silencioso engranaje del hombre.

EL PROBLEMA DEL ALQUILER



—Dicen que ese aviador se irá todas las noches a la Pampa y volverá al día siguiente.

—Debe ser uno que no ha encontrado aquí casa para vivir.



El Desinfectante Ideal de Uso General

PREPARADO POR EL
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

No contiene ácido bórico, ni fenoles, ni cresoles, ni sales mercurícas que son venenos celulares. Por consiguiente, el ANTIBACTER es un desinfectante insuperable y de uso general.

Es indispensable y no debe faltar en ningún hogar

Debe, pues, usarse para la toilette de las señoras, el	ANTIBACTER
Para las enfermedades de la piel, el	ANTIBACTER
Para las enfermedades de los ojos, el	ANTIBACTER
Para las enfermedades génito-urinarias, el	ANTIBACTER
Para las enfermedades de la nariz y del oído, el	ANTIBACTER
Para el catarro de los fumadores, el	ANTIBACTER
Para las enfermedades de la boca, el	ANTIBACTER
Para la medicina y la cirugía en general, el	ANTIBACTER
Y para la desinfección de todas las heridas, el	ANTIBACTER

Úsese ANTIBACTER. Tenga confianza en el ANTIBACTER, y puede tener la seguridad de haber recurrido al gran antiséptico que le evitará toda clase de trastornos.

Su uso, aun continuado, no provoca molestias, y pueden emplearlo los niños sin cuidado alguno.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

HAYDÉE

La elegante vendedora de la gran casa comercial había conquistado rápidamente sus ascensos, y en el círculo amplio de empleadas, el inusitado progreso no halló más justificativo que la belleza y la tolerancia en un juego de luz y de sombra que la perfidia fué acentuando en todos sus rasgos más salientes.

Una tarde de otoño, de esas tardes lluviosas que encharcan las calles y ponen gris el alma, la silueta de Haydée, en plena calle Florida, era como una bendición. Terminadas las tareas habituales, con pasos presurosos marchaba por la calle aristocrática, ajena por completo a los galanteos comunes, en los que se mezclaba la sal española y el chiste criollo común y tonto, pensando tal vez, que su precioso traje, más lindo, porque el cuerpo, admirablemente tallado, daba gracia y soltura a la falda elegante, habría de sufrir con las salpicaduras del barro mucho más que su conciencia con el chisme corriente e infame tejido día a día con la paciencia que envidiaria Penélope; en esa tarde, también gris para mi espíritu, la figura de Haydée fué la súbita aparición de una esperanza, el rayo de sol colándose entre las nubes negras de una suerte obstinadamente cruel en mi lírica aspiración de ideal.

La seguí como un galán inexperto en volviéndola en la mirada, desechando el consejo obstinado de mis amigos, que recomendaran la audacia frente a las faldas halagando al espíritu femenino por el contraste evidente de la hombría y decisión. Pareció comprenderme, sonrió alguna vez y el rayo de sol partió entonces los nubarrones inmensos y el astro iluminó el alma que fué más blanca que nunca por su sed de luz y de esperanza.

El amor llegó después, en la forma lenta que supo concebir mi espíritu, mi temor y el profundo respeto a la vendedora de ojos negros acentuándose a cada instante por la narración de todas las persecuciones iniciadas por el personal superior y terminadas por el último y más insignificante de los cadetes de la casa.

En la sucesión de escenas, toda la teoría pareció una cadena de diamantes engarzados por la ilusión, hasta que una tarde, más triste, porque en la serena beatitud del paraje, el amor pareció definitivo de nuestros espíritus, Haydée planteó la disidencia formal y nuestras relaciones quedaron para siempre cortadas. El argumento decisivo—la necesidad de mantenerse alejada de toda sospecha hasta tanto más estudios le permitiesen concretar proposiciones—me dejó sin respuesta, que se convirtió en doloroso mutismo en la interminable jornada del regreso a nuestros hogares.

No la volví a ver nunca más. Era tan respetable su decisión de ser y de parecer buena, era tan honesto su deseo de no aceptar mis consideraciones líricas, que podían conducirnos insensiblemente a puntos vulnerables, que en el fondo del alma levanté un templo para la admiración definitiva de Haydée formando los cimientos con restos de las teorías absurdas de que la mujer es la conquista de los audaces y de los prácticos.

Hace apenas quince días, a altas horas de la noche, en un baile donde se reúne cierta juventud bullanguera en busca del placer que mata, daban sus últimas vueltas las parejas que el champagne idiotiza y el último chiste, más subido de tono, puso el término definitivo a la bacanal infame. Cuando las parejas fueron abandonando en desorden el sitio de reunión, Haydée, de brazo con un jovenzuelo imberbe avanzaba orgullosa, triunfadora, en medio de los murmullos de admiración de los parroquianos; al verme en mi asombro, en mi brutal

desilusión, frente a la verdad desconcertante, se acercó a mí y con esa misericordia de las mujeres que tienen en sus venas sangre quemante y satánica, me tendió su mano, y dirigiéndose a su compañero le dijo:

—Te presento un poeta. Me hizo muchos versos—agregándose casi al oído:—¿continúas tan ingenuo como antes?

Y se alejó riendo, perdiéndose en medio del rumor confuso de las palabrotas de cocheros y habitués distinguidos de la casa de baile.

Augusto DE MURO.

Gastritis

Todo el mundo sabe lo frecuente que es encontrar personas que se quejan de su estómago. Sienten pesadez con exceso de ácido, la comida les queda como paralizada, con la lengua sucia y áspera, muchas veces inapetente y en oportunidades son atacadas por dolores en la región epigástrica; notándose, aunque raramente, un aumento en la temperatura normal del cuerpo.

Dos son los factores que paulatinamente, pero de manera insidiosa y persistente, contribuyen a fomentar este estado anormal: alimentación antihigiénica e inadecuada, e intoxicación por el alcohol o el tabaco. Ambas razones y la indiferencia personal, contribuyen a formar la trabazón del cuadro clínico, que acusa por sus variadas manifestaciones una de las enfermedades complejas del estómago que se designa con el nombre de gastritis.

La IODHYRINE
DE DESOHAMP
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

ADELGAZAR

SIN PERJUDICAR LA SALUD.

Combate la gordura excesiva,
reduce las caderas y vientre.

Adelgaza el tallo

No deje arrugas.

Es el MÁS SERIO de los remedios contra la

OBESIDAD

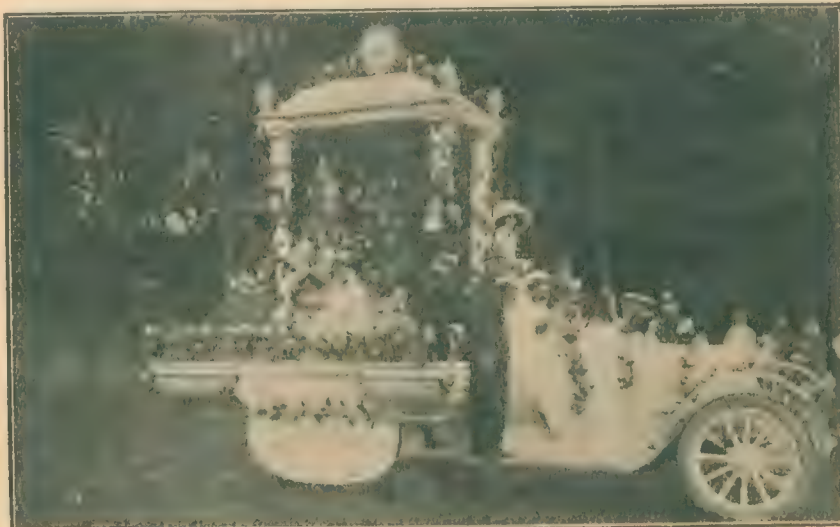
Autorizada por el Dto. de Higiene
Todas las Farmacias, \$ 7.50 la caja
Concesionario H. León
SAN MARTÍN 450

Mejor, y a veces más fácil, es prevenir las enfermedades que curarlas.

Evitar, pues, las intoxicaciones voluntarias, tomar comidas apropiadas, poco condimentadas y livianas, y sobre todo masticar bien. A los primeros síntomas, tomar después de cada comida un comprimido de "Neomix" que le evitará la sensación de ardor o de pesadez que se nota después de cada comida; por su acción antiséptica suprimirá las fermentaciones intestinales y siendo ligeramente laxante, expulsará esos peligrosos desechos residuales.

"Neomix" se encuentra en farmacias y droguerías.

ECOS DEL CORSO DE LAS FLORES



Un detalle del público que presenció el corso.



A la izquierda: reproducción de las elegantes bomboneras arrojadas desde la carroza de la casa Cabezas.—A la derecha: automóvil artísticamente adornado y simbolizando las cuatro estaciones, representadas por bellas niñas, con que la casa Cabezas tomó parte en el corso, obteniendo un señalado éxito por el delicado buen gusto con que fué presentada la carroza.

Elogio de la milonga

¡Oh milonga del suburbio
hecha en el verso más turbio
que se puede imaginar!
Surges airosa y desgarras,
gemidora, en las guitarras
de la musa popular.

Todo lo que tú palpitas
llevan las costureritas
que te entonan con placer,
recordando en tu armonía
al amor que "se fué un día
para nunca más volver".

Son tus versos naturales
envidia de madrigales
escritos en el festín...
Tú no vas al abanico,
¡es más humano y más rico
tu pintoresco "bulín"!

Labios vírgenes te entonan
y viejos labios pregonan
lo que dice tu cantar...
Eres... por desordenada,
rosa silvestre arrastrada
a la musa popular.

Cual tu modesto linaje
es de pobre tu lenguaje
y de puro tu ideal,
por eso, llena de orgullo,
tu verso suave es murmullo
nacido del arrabal.

En tu fugaz trayectoria
te elevas con pompa y gloria
siempre dentro de tu rol...
y aunque el vulgo te comenta
¡en medio de la tormenta
tú eres un rayo de sol!

Es tu calor el ambiente
y ya triste o dulcemente
recorres el lamedal
viviendo lo que un suspiro
como al soplo del cefiro
cede el flexible cristal.

Naces de vida anhelante
estrellando al consonante
con generosa altivez
¡y hay en tu verso que halaga
como una luz que se apaga
para encenderse otra vez!

Felipe H. FERNANDEZ.

**El ahorro contribuirá
a su independencia
económica y le dará
más confianza en sí
mismo.**

**THE FIRST NATIONAL BANK
OF BOSTON**

501, Bmé. Mitre, 501

POBRE NENA



Los miembros de la familia encaran el problema de averiguar a cuál abuelito se parece la nena.

El periodista, el ordenanza y el campanero. por Carlos MACCHI

Bienaventurado el ordenanza que durante treinta años barrió la oficina de aquellos felices burócratas a quienes solícitamente atendió y a quienes trató siempre de ahorrarles hasta la fatiga de abrir y cerrar la puerta al llegar generalmente tarde a su despacho y al retirarse invariablemente temprano de su oficina; que les sirvió puntualmente el té con galletitas; que les alcanzó obsequiosamente el diario; que...

Bienaventurado el lamparero del faro, que en los seis lustros de su consagración a la tarea de encender el mechero de la farola, no se olvidó más que 700 veces de encenderlo.

Bienaventurados el guardián del tráfico público, el tranviario, el sereno de la aduana y el ferroviario... Para ellos la gratitud nacional no se ha mostrado ni esquivo ni indiferente. Le recompensará magnánimamente los importantes servicios que prestan al país y a la sociedad; y más: "al contado", les entrega el derecho de descansar al séptimo día, como descansan los dioses cuando hacen un mundo.

¡Oh! Si algún día esas promesas y esas dadas no se cumplieran, confiad siempre en nosotros, nosotros los bienaventurados. Estad bien seguros de que cualquier trivialidad que vaya en desmedro de vuestros derechos, la elevaremos indefectiblemente a la quinta potencia del estrépito. Confiad tranquilos; somos activos, somos voluntariosos.

Nuestra acción individual es de aquellas que llevan sus energías hacia la corriente de las cosas espirituales. El altruismo es para nosotros un dogma. La ética profesional nos impone el deber de ser así y de permanecer sujetos a sus cánones, ya sea que seamos periodistas ocasionales o por vocación. Sabido es que es un placer el cumplimiento del deber; no importan las vicisitudes, por pasajeras, ásperas o adversas que sean. Confiad en nosotros. Es y será siempre nuestra misión dormir despiertos. ¡Guay de quien se atreva a tocar, defraudar, malversar, distraer o descuidar ese sagrado patrimonio vuestro, esa vuestra honrosa herencia de la gratitud nacional... ese vuestro privilegio...

Somos la guardia insobornable. No nos seducirán, aunque todos esos caudales se volcaran en la promesa de que substituiríamos a vosotros. No podemos pensar en nosotros mismos. Aunque de carne y hueso, seguiremos siempre siendo anónimos en la lucha, en nuestras diarias funciones; con todo el dominio necesario sobre nosotros mismos; estoicos, mansos, incontaminables; ajenos a todas esas punzantes instigaciones y exigencias de la materialidad de las cosas que intentan bastardear las nobles voliciones del espíritu.

Mientras tanto, nosotros vamos engrosando esa guardia vieja, con la única visión y recompensa del patriarcado en el gremio... de esos patriarcas que viven sus últimos días en un hospital, solos y abandonados, con esa única y paradójica herencia de un cheque a plazo fijo, "post mortum", que le dará la institución de los periodistas, si es que fué cofrado y pagó puntualmente las cuotas.

Y tengamos fe. Tener fe no es materializar una aspiración. Abrigarla, no es entonces incompatible con nuestro evangelio.

El día que el congreso de nuestro

país se componga total y unánimemente de psicólogos, tengamos la seguridad de que se legislará sobre esas nuestras manifestaciones de fe y de esperanza, que son oraciones del prosopito... del distanciado hacia atrás del ordenanza, del lamparero, del tranviario, del guardián del tráfico y del ferroviario.

(El coro de los malpensantes y murmuradores):

—¡Al fin, materialistas!

—¡No!... La esperanza es una bella sugestión, hecha a semejanza de los ensueños... ¡Y nada más!

Perros históricos

Un perrito faldero salvó en cierta ocasión la vida de Guillermo "el Taciturno", príncipe de Orange y fumador de la antigua república holandesa.

El hecho ocurrió en el sitio de Mons, en septiembre de 1572. Una noche el general Romero, que mandaba las tropas españolas, decidió hacer una salida, y con el fin de que se pudiesen distinguir los soldados en la oscuridad y acaso para amortiguar el ruido que necesariamente había de producirse al chocar las armaduras, mandó que se pusiesen la camisa encima de éstas. Atrevido era el proyecto, pero hubiera dado buen resultado si Guillermo "el Taciturno" no hubiese tenido al lado su perrito favorito. Las tropas españolas atravesaron las líneas de soldados dormidos, con tanto silencio, que ninguno llegó a despertarse. Sólo el perro, con su instinto maravilloso, comprendió el peligro que su dueño corría y empezó a ladrar furiosamente, pero el príncipe no se despertó tampoco. Al ver que

los ladridos no daban resultado, el perrito comenzó a arañar a su amo; y como tampoco diese éste resultado, se le subió en la cara y logró hacerle comprender en un minuto el peligro que corría. El caballo, como de costumbre, hallábase ensillado y atado a la tienda de campaña, de suerte que el príncipe, aprovechando la oscuridad de la noche, pudo ponerse en salvo. La historia no dice si se alejó con el perro salvador, pero es de creer que sí, pues si por él no hubiera sido, seguramente le hubieran matado con todos sus compañeros. Desde entonces, siempre que se trataba de esculpir la figura del príncipe, ordenaba éste que a su lado figurase la del perrito vigilante; orden o deseo que se respetó hasta después de muerto, y así se ven muchas estatuas donde a sus pies aparece el perro histórico.

Dramática en extremo es la historia del perro que perteneció a la infortunada María Estuardo, historia que demuestra hasta qué punto puede llegar el afecto entre canes y personas.

Basta, para dar idea de tal afecto, copiar un párrafo de una carta dirigida a Isabel de Inglaterra, por Lord Burghley, desde Fotheringay. Dice así: "Al quitarle los verdugos las ligas, encontraron oculto entre las faldas al perrito, y de allí hubieron de sacarle a la fuerza; pero el animal, sin querer separarse de su dueña, se colocó entre la cabeza ya separada del tronco y el resto del cuerpo, de donde le sacaron ensangrentado, y tuvieron que lavarle como se hizo con las ropas de la reina que no fueron quemadas."

Entre los perros que previendo el peligro salvaron la vida de sus amos, puede figurar en primera fila "Bevis", perteneciente a Sir Henry Lee, perro mastín que figura con su dueño

El nido ausente

Sólo ha quedado en la rama un poco de paja mustia, y en la arboleda la angustia de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo, no halla tregua a su dolor, y se para en cada gajo preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja, ya pía por el camino donde deja en el espino su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido que sólo sabe cantar, y cantando llora el nido que ya nunca ha de encontrar.

Leopoldo LUGONES.

en un excelente retrato hecho por Antonio Moro.

Sin Henry Lee tenía un criado italiano jovenzuelo, al que profesaba especial cariño. El perro dormía en una casilla perrera fuera de la casa. Una noche, sin causa que pudiese justificar el hecho, al irse a la cama Sir Henry, el perro le siguió por la escalera y llegó con él hasta su habitación. Sin Henry mandó al criado que echase a "Bevis"; mas éste se paró en la puerta y comenzó a arañar, negándose en absoluto a separarse de aquel sitio, hasta que por fin el caballero le dejó pasar a la alcoba. El mastín se echó debajo de la cama, se quedó tranquilo, y Mr. Lee se acostó y concilió el sueño. Media noche sería cuando se despertó sobresaltado al oír ruido, encendió una luz y vio a su propio criado tendido en el suelo del aposento y sujeto por el perro. No sin gran trabajo se logró que soltase la presa, y entonces el criado quiso justificar su presencia en aquel lugar y a tales horas diciendo que había sentido ruido, se había acercado para ver lo que ocurría y el perro se le había abalanzado.

Fácil es comprender que semejante explicación no tenía nada de satisfactoria; así es que, sometido a otro interrogatorio más duro, el criado acabó por confesar que había entrado en el cuarto del amo con ánimo de matarle y robar.

Al hacerse famoso Lord Byron, ha hecho famoso a su terranova "Boatswain". Queríale tanto, que, según dice uno de sus biógrafos, el célebre poeta, al hacer testamento en 1811, instituyó una cláusula disponiendo que su cadáver fuese sepultado junto al del Terranova.

"Boatswain" reunía todas las buenas condiciones que para salvar vidas tienen los animales de esta raza, y su amo se divertía mucho cuando vivió en la abadía de Newstead dejándose caer el agua para que su perro le sacase a la orilla, como si estuviera ahogándose. Byron honró la memoria de su "Boatswain" escribiendo este epitafio:

"No lejos de aquí están depositados los restos de uno que poseyó belleza sin vanidad, fuerza sin insolencia, valor sin ferocidad, y todas las virtudes de un hombre, sin sus vicios. Estos elogios, que quizás pareciesen adulación si estuviesen inscritos sobre humanas cenizas, son justo tributo a la memoria de "Boatswain", perro nacido en Terranova en mayo de 1803 y muerto en la abadía de Newstead el día 18 de noviembre de 1808".

HOMBRE OCUPADO



—Buen día, ¿cómo le va? Manuel: dele un beso a mi mujer: no puedo perder ni un segundo.

AMIGOS DE LA INFANCIA

por Mauricio PRAX

En el escenario, que se veía vagamente desde el fondo de la sala, a través de una neblina amarillenta hecha de polvo y de humo, había, evidentemente, algunos actores. Y si estaban allí, sin duda, decían algo... Se distinguía, más o menos bien, tobillos rosados que se agitaban cadenciosamente, mariscales del imperio, con pelucas rubias, y, en un rincón, nostálgica y sonriente, una amable damita de enorme sombrero, y en la mano un cayado del que pendía un cordón violeta. Meno de nada. Era, como se ha supuesto, una revista, una revista de "gran espectáculo", con mucho ruido y orquesta.

Nada de eso importaba mucho a los espectadores del corredor. Iban de aquí para allá, como quien se pasea por el boulevard, fumaban su cigarro y conversaban de sus asuntos particulares. Pasaban damas con aire muy noble, muy digno, hieráticas, y tan descotadas que sus compiños parecían perfectamente superfluos.

De pronto se produjo una colisión entre un hombrecillo afeitado, vestido con suprema elegancia, y un tipo enorme, barbudo, barrigón, de jacquet y con todo el aspecto de un escribano provinciano.

—¿Es posible?—exclamó el hombrecillo.—¡Vignot!...

—¿Qué casualidad! ¡Pochefer!... ¡Mi querido Pochefer!

—Curioso, muy curioso...

—¿Y qué es de ti?

Pochefer declaró con aire satisfecho:

—Aquí me ves. No vamos mal. Estoy metido en los negocios. ¿Y tú?

Vignot se pasó la mano por la barba, con gesto de persona respetable:

—¿Yo? En un Banco. Es algo que da mucho, pero también muy penoso, a causa de la responsabilidad... En fin, hasta ahora las cosas marchan bien y eso es lo principal.

—¡Ni soñando habría esperado encontrarte!—exclamó Pochefer.—Hay que convenir que hemos envejecido un poco desde aquel tiempo feliz en que estudiábamos filosofía en Lyon. ¿Te acuerdas del viejo Michonot? ¡Qué tipo insupportable! ¿Y de Galembart, el profesor de física, que se pintaba los ojos?... ¿Y Richamoure que tomaba rapé desde la mañana hasta la noche? ¿Te acuerdas que tú mismo le pusiste una vez pimienta en polvo en la tabaquera?

—Sí, sí... Ese día no nos aburríamos... Hay que reconocerlo: pasamos muchos buenos momentos en el colegio...

—¡Imagínate! No teníamos aún veinte años.

—¿Vives en París?—preguntó Vignot.

—Sí, viejo, en Montmartre. ¿Y tú?

—En Montrouge... Es raro que no nos hayamos encontrado antes... Será bueno que nos veamos más a menudo.

—Por supuesto. Los recuerdos comunes de la infancia es lo que hace siempre a los mejores amigos.

—Es cierto... ¿De modo que tus negocios progresan?

Pochefer adquirió un aire de superioridad:

—Muy bien. Me ocupo de toda clase de asuntos, constitución de sociedades, venta de propiedades...

Y, palpándose el pecho, agregó:

—Y ahora mismo tengo en la cartera un lindo colchoncito: treinta mil francos de una comisión que me tocó en un negocio hecho esta mañana...

Hice vender una propiedad inmunda en quinientos mil francos... No vale ni la mitad; pero, ¿qué quieres? Los negocios son los negocios.

—Yo también—dijo Vignot—no puedo quejarme de estos últimos tiempos...

Entretanto la revista terminaba con una apoteosis que representaba "El triunfo de Venus". Unas mujeres, vestidas con mucha economía, se tendían sobre una gradería rosada. Alargaban los brazos y levantaban el pie derecho. Era una visión de arte.

—No debemos separarnos así no más—opinó Vignot—te llevo a comer conmigo a Montmartre.

—¡Gran idea! Yo pago el auto... Vayamos, viejo.

Un auto rápido subió hasta la Butte y dejó a los dos amigos a la puerta del "Barbare's Bar".

Adentro había ya mucha gente. Un negro y una joven vestida de andaluza bailaban un tango impresionante.

—¡Hola! ahí viene Carlín—dijo una voz.

—¿Carlín? ¿Lo dicen por ti, viejo? preguntó Vignot.—Pues tú te llamas Carlos.

—Sí, Carlos, pero no Carlín—repuso Pochefer, con un dejo de malhumor.—Jamás piso estos sitios.

SOCIETÀ COMMERCIALE ITALO-ARGENTINA

REPRESENTACIONES Y DEPÓSITOS GENERALES

(SOCIEDAD ANONIMA)

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE LA NACION CON DECRETO 16 ABRIL DE 1919

CAPITAL SOCIAL \$ M/N 300.000



TUCUMÁN 1353

Se encarga de representar casas italianas del interior de la República en sus transacciones comerciales y bancarias en la capital federal

—Yo tampoco... Pero lo importante es comer. ¡Mozo!... ¿cómo quieres el champagne, seco o medio seco? ¡Seco!... Como yo... Traiga "extra dry" y fiambre con "foie gras".

—¡Lo que son las cosas!—exclamó Pochefer—¡quién me hubiese dicho esta mañana que iba a cenar con el amigo Vignot!

—No se está mal aquí, ¿qué opinas? En efecto, no se estaba mal.

Una damita, peinada "a lo perro", con ambas manos en los bolsillos de un delantecito rojo, bailaba en compañía de un gentleman que, desnudo el dorso y abierta la pechera de la camisa, representaba, evidentemente, a un simpático condenado a muerte. Este baile, la Danza de la Guillotina, era el "dernier cri" de la temporada.

Un público numeroso y selecto, caballeros de frac y condecorados y damas cubiertas de joyas, saboreaban con delicia ese raro espectáculo... Había hasta un académico. La concurrencia era, pues, ultra-selecta.

—Bebe, viejo, bebe—dijo Vignot;—¡mozo! otra botella.

Evocando los recuerdos del tiempo de la adolescencia, ambos amigos, gustaban abundantemente un alegre champagne.

—¿Te acuerdas de Darapoir?—preguntaba Pochefer.

—¿Y de Balourdin?

—¿Y de Coracadee?

A eso de las tres de la mañana Vignot y Pochefer fraternizaban de una manera enternecedora. Se separaron al amanecer, después de haberse abrazado y besado cordialmente.

Una vez en su casa, en el Hotel des Vignes, calle de los Mártires, Vignot se dijo:

—No es muy chic lo que he hecho, pero era una ocasión que daba lásti-

ma perder... Una cartera con treinta mil francos, no se puede dejar tontamente. Sería un crimen...

Y sacó suavemente de su sobretodo la cartera que acababa de robar a Pochefer.

—Ante todo el orden de los negocios—dijo sonriendo, delante del espejo del ropero.—Vamos a hacer el inventario.

Abrió la cartera, pero en el mismo momento exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Dónde está el dinero? No hay ni siquiera un mísero billete de cincuenta francos. Me he equivocado. Pochefer tenía, sin duda, dos carteras, y he pescado la peor.

Después pensó:

—A no ser que haya sido un cuento eso de los treinta mil francos que decía tener en el bolsillo. Ha querido dejarme boquiabierto. Es realmente estúpido hacerse el orgulloso con los compañeros de la infancia.

Maquinalmente, retiraba los papeles de la cartera. Tomó al azar uno de ellos, lo desdobló y trató de leerlo. Estaba mal escrito, con una letra microscópica y apretada.

—¡Ese Pochefer! ¡Sigue escribiendo tan mal como cuando estaba en el colegio!

Pero, al fin, logró descifrar las menudas líneas. El pedacito de papel contenía la elocuente comunicación que sigue:

"Buen golpe en Passy, calle de los Vinagreros, número 174. Dos viejos. No hay perro. No hay sirvientes. El carac   está escondido en el granero, en una bolsita, entre la paja."

Pochefer es también del oficio—exclamó Vignot, tirándose en la cama, sofocado por el asombro.

Lanzó también una exclamación mucho más enérgica cuando advirtió que Pochefer le había robado su reloj, un magnífico reloj de oro, robado en el subterráneo.

La vida

Cuando decimos que la vida es buena y cuando decimos que es mala, sólo expresamos proposiciones desprovistas de sentido. Es preciso decir de la vida que es buena y mala a la vez, pues de ella, y sólo de ella, nos vienen las ideas de lo bueno y lo malo.

En realidad la vida es deliciosa, horrible, encantadora, terrible, dulce y amarga: ella lo es todo; es como el arlequinesco vestido del buen Florián; qu  n la ve roja, qu  n azul, y ambos la ven tal como es, puesto que en verdad es azul, roja, y de todos los colores.

He ahí lo bastante para ponernos todos de acuerdo y para reconciliar a esos buenos señores filósofos, que se destrozan mutuamente sin compasión. Pero así estamos hechos: queremos forzar a los otros a que como nosotros sientan y piensen, y no permitir  mos la alegría de nuestro vecino estando nosotros tristes.

Anatole FRANCE.

PREHISTORIA



Desfile del primer batallón de hachas-de-piedra y su mascota.

Páginas olvidadas. — EL ALMANAQUE

por Eduardo Faustino WILDE

¡Hum!...

Mr. Jacques en su "Manual de Filosofía" ha dicho: "el hombre naturalmente desea saber". Siento que Mr. Jacques se haya olvidado de las mujeres, que son mucho más curiosas que los hombres; pero esto no destruye la verdad de su proposición.

Pues bien, mundanos todos, ya que largo estas hojas al mundo para que el mundo las lea si le antoja, ¿qué pensáis que ha querido decir Mr. Jacques cuando ha dicho "el hombre naturalmente desea saber"? El filósofo sólo ha dicho "los hombres desean tener uno o muchos almanaque".

Los almanaque son la síntesis del saber humano y los objetos de todas las sumas de las curiosidades igualmente humanas.

Sin almanaque no hay Dios, ni santos, ni hombres, ni nombres, ni cosas.

Un almanaque es el camino por donde los hombres persiguen al tiempo. ¿Hay alguna fecha que no está en algún almanaque? ¿Hay un día que se le haya escapado? ¿Hay un mes que se le haya huido? ¿Un año que le sea desconocido? ¿Un siglo trasapelado? No hay, porque no hay tiempo sin almanaque.

¿Queréis buscar un tiempo, encontrar una fecha que necesita vuestra memoria con un objeto más o menos importante? Pues tomad el almanaque de tal año, abridlo en la hoja de tal mes, corred el dedo por sus números y... zas, ahí está el siglo, el año, el mes y el día en que sucedió lo que os interesa saber.

¿No es esto admirable?

Me acabo de admirar yo, lectores, y os invito a vosotros a que también lo hagáis... Si ya os habéis admirado podemos seguir.

Todo cuanto sucede en este mundo calavera y pillo sucede necesariamente en algún almanaque confeccionado por algún editor más o menos gordo...

Se casó fulanita, tuvo un hijo, se murió su hermano, su padre cayó a un pozo, la iglesia se quemó, Bristol, ese gran charlatán ha inventado unas píldoras, los paraguayos salen de la crisálida, las brasileñas atacan a Paisandú, se muere vuestra abuela... todo esto sucede necesariamente en un almanaque del año mil ochocientos sesenta y cuatro: atrevéos a desmentirme.

¿Quién confeccionó el primer almanaque?

Esta pregunta se puede responder con otra. ¿Qué nos importa?

El hecho es que los almanaque existen y que en cuanto a su origen podemos asegurar sin temor de que alguien se atreva a decir lo contrario, que Adán fué el primero que usó de un almanaque hecho por él, pues si no era eminentemente flemático, debió tener muy bien presentes dos fechas importantes: la del día en que conoció a Eva y la del día en que lo echaron del paraíso.

Desde ese tiempo, no se puede decir otra cosa de los almanaque sino que andan de mano en mano.

La vieja más ruin de la aldea más miserable tiene siempre un almanaque; es claro, lectores; no hay mujer en el mundo que consienta en desprenderse de su curiosidad que es una cosa tal que ni la más grande pobreza obliga a vender.

Nadie vende curiosidad, porque nadie compra, y nadie compra porque todos tienen.

Ahora mismo el lector está con una curiosidad enteramente superlativa de saber a dónde irá a parar. Aguarda, lector, aguarda.

Estamos, señores, si no miente mi almanaque, en el día tantos de tal mes del año en que leáis este artículo, ¿no es cierto?

Pues bien, suponed, lo que no es muy hipotético, que yo lo he escrito un poco antes de que vosotros lo leáis y decidme si para leerlo no habéis tenido necesidad de este almanaque.

Ya os oigo renegando y os veo pasear a grandes pasos por vuestro cuarto diciendo: es una cosa maldita que hasta para leer un artículo pésimamente escrito tenga una necesidad de un almanaque.

Amén, lector, amén; tenéis mucha razón y os aseguro que yo mismo he sentido esta necesidad para escribirlo.

Bueno, basta de digresiones, lector tomad la molestia de seguir.

Supongamos por un momento que no hay un solo almanaque y bajo esta suposición hacedme el favor de decirme a cuántos estamos! ¿Qué es esto? ¿os calláis? ¡Nadie sabe por ahí a cuántos estamos! Nadie.

Pues es claro, todos los hombres y todas las mujeres se han vuelto locos por la pérdida de un almanaque y se puede decir de ellos con mucha razón, "¡Qué! si son unos locos, ni saben el día en que viven".

Los almanaque son los encargados de los amores, los agentes de la bolsa y los directores de la religión.

Don Baltasar de Arandía

por CARLOS CORREA LUNA

Obra premiada con 10.000 \$

por el Gobierno Nacional

(Ley N.º 9141 de Fomento a la producción científica y literaria)

La 2.ª edición de esta importante y amenísima obra histórica, se halla en venta en todas las librerías al precio de 2 \$ mja.

Del mismo autor, a \$ 2 el ejemplar:

La iniciación revolucionaria. El caso del doctor Agrelo.

(Trabajo leído en el acto de incorporarse a la Junta de Historia y Numismática Americana, el 16 de agosto de 1915). — Agotado.

La Villa de Luján en el siglo XVIII, 1916.

Antecedentes portuarios del Congreso de Tucumán, 1917.

Por pedidos de estos últimos dirigirse a la administración de FRAY MOCHO. Pasco Colón 1266

No hay cita sin fecha, no hay beso sin día y hora, no hay sueños engalanados por bellísimas ilusiones, no hay protestas de amor ni juramentos y promesas, no hay embriaguez del leite, no hay miradas prolongadas, castas e incitantes, no hay dicha sin un tal día, tal hora de tal semana, señalada por el almanaque más roto que encuentra usted en cualquier parte.

Esto es una infamia y una grosería de parte de los almanaque. La luna que suele lucir tan blandamente y que asomada al horizonte tiende sus hilos de luz que tocan con miedo los bordes de las hojas y los átomos de espuma de las aguas, la luna que penetra buscando amores en las abiertas pupilas

lismo para los enamorados que se miran a la luna y para los que se quedan a la luna de Valencia.

Punto y aparte.

El Sol, ese gran perezoso que se levanta tardísimo en invierno y se acuesta mucho antes de la oración, ese friolento que siempre anda cerca del fuego y calentando a todo el mundo porque se le figura que aun en verano tenemos frío, ese marido descortés de la luna que jamás le ha dado un abrazo ni un beso, ese pedante que se anda paseando por el universo, abusando de la necesidad que tenemos de seguirlo, ese orgulloso lleno de caprichos que así quema y destruye los sembrados como da vida y calor a las flores, pues bien, ese sol poderosísimo

AMÉRICA

Ningún libro es más importante para conocer los episodios del descubrimiento de América que la "VIDA DEL ALMIRANTE CRISTOBAL COLON", escrita por su propio hijo, Fernando Colón, que le acompañó en los viajes. Aparte de su gran valor histórico, constituye un relato emocionante y de un interés que nunca decae.

De esta obra célebre hemos hecho una edición económica (más de 300 páginas, papel fino), INTEGRA y cotejada palabra por palabra con la edición original. Vale dos pesos con cincuenta centavos (\$ 2.50 m/n).

Es un buen regalo para los jóvenes que se instruyen.

La "VIDA DEL ALMIRANTE CRISTOBAL COLON", por Fernando Colón, se vende en las principales librerías de Buenos Aires. Los pedidos del interior deben ser dirigidos, acompañados de su importe, a

EDICIONES LEMARC - Montevideo, 1088 - BUENOS AIRES

de castísimos ojos, ella que hace suspirar con su mirada porque imprime a todo lo que baña su luz un tinte de tristeza misterioso, un color vago y pálido, una sombra débil que dispone el corazón al temor y a la esperanza, la luna encumbrada en lo alto de los cielos para llevar miradas tiernísimas a los ojos de amantes lejanos, ella, la luna, a quien primero se anuncia, amante mensajera de los tiempos, es a un almanaque, quien la ha visto venir de más allá de los siglos, atravesando las épocas para mostrarse en el horizonte en un instante fatalmente prefijado.

¡Vaya un párrafo de sentimental-

obedece al mandato del más chiquitín de los almanaque.

Por eso véis que apenas un almanaque le dice: "Señor mío, en tal estación se levantará usted a tal hora y cuidadito con acostarse antes de tal otra", el sol sin decir oste ni moste hace lo que le manda su amo.

Los eclipses ¿qué son? caprichos de los almanaque. Hay un día en que todos los almanaque se levantan de mal humor (eso sí, es preciso decirlo en honor de los almanaque, son muy unidos): en tal temple dicen al sol "háganos usted un eclipse para tal hora" y ya véis al sol prepararse des-

ECONOMIA



—¿Para qué pagar veinte pesos a los peones de mudanzas si uno mismo puede hacerlo con el mismo resultado?

BANCO POLICIAL ARGENTINO

MORENO, 1455

ABONA:

	Anual
Por depósitos en cuenta corriente.	1 %
Por depósitos a plazo fijo de 90 días.	5 %
Por depósitos a plazo fijo de 180 días.	5 %
Mayor plazo.	Convencional.
Por depósitos en caja de Ahorro, después de 60 días, capitalizando semestralmente los intereses.	6 %
Horas: de 10 a. m. a 3 p. m.	Sábados: de 10 a. m. a 12 m.

de temprano, y ejecutar la orden con cronómetro en mano.

Esta obediencia me gusta y me hace dar un apretón de manos a los astrónomos y un beso al almanaque que tengo sobre mi mesa. Si el sol no estuviera tan lejos le haría también un cariño para que no se resintiera.

Los almanaques son el alma del comercio.

No podéis entrar en una casa de negocio sin que se os enfrente un almanaque diciéndoos sin que se lo preguntéis: estamos en tal fecha, sin lo cual mi dueño no hubiera podido escribir una sola línea en el libro mayor, en el borrador, diario, copiadore de cartas o libro de facturas; soy el comienzo necesario de todas las cuentas de este mundo y no hay comercio sin cuentas.

¿Qué sería del Banco provincial sin almanaque? Las cuentas de interés serían imposibles, las hipotecas unos absurdos, los descuentos serían sueños y los depósitos se habrían quedado perdidos en el insospechable mundo de lo desconocido.

Pienso también que probablemente el director del Banco se volvería loco.

Y sin embargo un almanaque se encuentra en cualquier parte por el ínfimo precio de un peso papel moneda.

Los almanaques son como la luz, charlatanes; la luz está diciendo a los ojos los colores de las cosas sin que haya poder humano que la haga callar, excepto cuando da con un ciego; los almanaques están proclamando constantemente las edades, cosa que maldito si agrada a las mujeres de más de quince años.

Todo esto convierte a los almanaques en personajes enteramente noticiosos.

Los almanaques se dan, se prestan, se alquilan, se venden, se miran y se consultan.

El actual almanaque es hecho para venderse y para todas las demás cosas, me lo supongo, pues creo que el editor no dejará de regalar un ejemplar al autor de este artículo, por haberse empeñado con toda franqueza en decir lo que él cree que es un almanaque.

Un almanaque es un elemento de especulación y una mercadería que debe rendir al menos un veinticinco por ciento de utilidad.

Esta noticia disgustará al editor, pero yo no tengo la culpa, sino él, que quiere hacer almanaque.

Por sobre el último día de diciembre asoma casi siempre el primero de enero acompañado de millares de almanaques; los almanaques son los genes que vienen bailando en celebración del Año Nuevo.

De allí, cada vecino toma un almanaque, una vara de cinta roja, cuatro tachuelas y crucifica sin piedad al almanaque atravesándolo con bandas rojas en cruz. En esta posición escusado es decir que permanecerá un año entero, diciendo todos los días una multitud de cosas importantes y presenciando la felicidad de una familia, las peleas conyugales, los amores de los jóvenes y los secretos de las doncellas; en llegando a este punto quisiera ser almanaque.

No me negarán ustedes que Lamman y Kemp, Bristol y otros norteamericanos son los charlatanes más sublimes de la época moderna y los hombres más populares del mundo, y ¿a qué deben su fama, Bristol, Lamman y Kemp? Al gran tacto que han tenido al hacer que los almanaques sean sus mensajeros en todo el mundo.

Bristol, Lamman y Kemp imprimen anualmente más de cien millones de almanaques, que derraman gratis en las más retiradas comarcas y las más populosas ciudades.

Por mi parte, y dispense este señor, creo que sólo hay un ser más charlatán que Bristol: es el almanaque que él hace todos los años.

Acabamos de ver que los almanaques se meten en higiene, medicina y farmacia; ahora vamos a seguirlos un poco por las iglesias.

Robur Vegetal

EL LEON DEL ORGANISMO HUMANO DESTRUYE LOS MÁS POTENTES VENENOS

Las personas débiles, nerviosas, cloróticas, aseguran fuerza vital y conservan su organismo dispuesto a combatir con éxito el germen de graves enfermedades infecciosas, tomando el **ROBUR VEGETAL**, verdadero elixir de vida, amargo aromático, combinación poderosa yodada alcalina, muy indicada en la anemia, gripe, pobreza de la sangre, enfermedades del estómago. Regularizador de la digestión y nutrición. Como preventivo no debe faltar en ningún hogar y todos deberían tomar una copa al levantarse.

El Reumatismo, Ciática, Nefritis aguda, Cálculos, Congestión renal, etc., ya no son las graves enfermedades poco menos que incurables, por cuanto con las **CAPSULAS ROBUR** las enfermedades producidas por la acumulación del Ácido Úrico, desaparecen por completo. Este maravilloso



OPTIMUS IN PESTE

Pedir Prospectos e Informes a la Compañía Especialidades Robur, Estados Unidos 2274, B. Aires.—U. T. 1482, B. Orden.

Robur Vegetal

Este producto tomado juntamente con el **ROBUR VEGETAL**, elimina del organismo el ácido úrico y trasmite al paciente la energía y la salud perdidas.

El **BALSAMO ROBUR** (Ungüento Santo), usado juntamente con las cápsulas cuando hay dolores fuertes, los calma en seguida. No es una preparación vulgar ni tóxica, es un calmante energético.

Estas fórmulas, feliz inspiración del Rev. Sacerdote Dr. La Camera, han tenido un éxito ruidoso por cuantos enfermos las probaron, como lo atestiguan los numerosos certificados, y son prescriptas por los médicos.

Han sido premiadas con gran premio y medalla de oro en la Exposición de Milán y medalla de oro en la de París.

El cura toma el almanaque, ve el santo del día, y con cuatro cruces, un almanaque y un poco de agua más o menos salada, os hace Tomás, Antonio, Guillermo, Justo, Petrona, Isabel, Mariano, Carlos, Rufina, Dolores, Rosa, Eduardo, Eufemia, Nicanora o alguna otra persona de nombre aproximadamente caprichoso.

Yo confieso claramente que a no ser por los almanaques mi novia no

ben a un simple calendario del año uno.

No hace mucho, señores católicos, que hemos celebrado el nacimiento de nuestro respetable Señor Jesucristo, y apuesto con cualquiera un almanaque publicado por Mortá, a que nadie ha pensado en rezar un solo padre nuestro en acción de gracias al almanaque que les ha transmitido de cómo nació ese santo sujeto, a qué hora vió

naque me veo en la obligación de suscribirme vuestro atento servidor.

Anécdota

Camilo, general romano, sitiaba la ciudad de Taleria. Se iba haciendo largo el sitio, pues hallándose bien guarnecida la ciudad, los sitiados no mostraban disposiciones de rendirse. Un traidor resolvió entregarla. Este hombre indigno de la noble profesión que ejercía, concibió un designio atroz y lo llevó a cabo. Un día de asueto condujo a sus discípulos a un paseo que se hallaba fuera de los muros por un lado donde no había nada que temer del enemigo, y haciéndoles dar varios rodeos por sitios que él conocía, los condujo al campamento de los romanos.

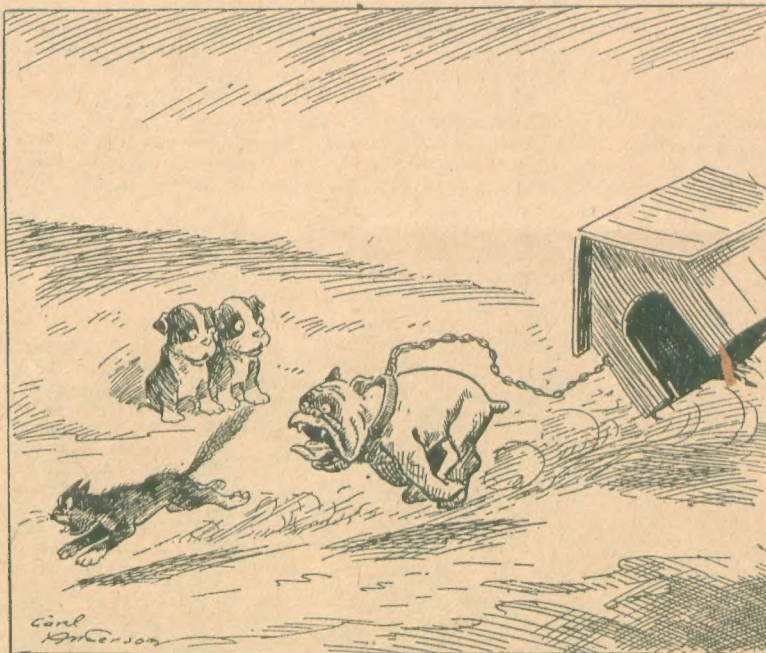
—General—dijo a Camilo,—Taleria está ahora en tus manos; aquí están los hijos de los principales ciudadanos que, por recobrarlos, pasarán por todas las condiciones que quieras imponerles.

El traidor esperaba hallar una acogida lisonjera y ser recompensado generosamente; pero su consternación fué extrema cuando oyó a Camilo dirigirle estas palabras:

—¿Has creído, hombre infame, que los romanos son tan viles como tú?... Aprende para mengua tuya, que las leyes de la justicia son sagradas y que deben observarse hasta con los enemigos, y que ni la guerra misma puede quebrantar los derechos de la humanidad. Quien se aprovecha de la traición, participa de ella. Nosotros no hacemos la guerra a los niños, la hacemos legalmente a los hombres.

Después tranquilizó a aquellos jovencitos sobrecogidos de pavor; los hizo acompañar hasta Taleria, y entregó al traidor encadenado, a la justa venganza de sus habitantes. Cuando los niños entraron en la ciudad, en la cual reinaba el sobresalto, la alegría y el asombro se manifestaron en todos los semblantes; el noble proceder del general romano conquistó todos los corazones, y prefiriendo los habitantes de Taleria tener por amigo un pueblo tan digno y generoso, abrieron las puertas a los romanos, quienes en adelante les trataron como hermanos y aliados suyos.

LO QUE ES EL PROGRESO



Los perritos.—¡Qué cómodo!: una casa transportable.

se llamaría Isabel, Rosario, Dolores, Rosa o lo que ustedes gusten.

Los almanaques disponen de todos los puestos públicos y privados. Para convenceros de esto me basta preguntaros, ¿don Bartolomé Mitre sería actualmente presidente de la República Argentina si a un almanaque no se le hubiera antojado señalar el día de San Bartolomé cuando nació el ciudadano Mitre? ¿Sería Eduardo el mismísimo autor de estos desatinos si un almanaque no le hubiera dicho: yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con el nombre de Eduardo, en lugar de Pantaleón, que sea dicho de paso, me hubiera venido pésimamente mal?

Los almanaques tienen la culpa de que Juana sea la madre de Pedro, Nieves, hermana de Jorge, Lola, novia de Arturo, Rufino, ministro de gobierno, Guillermo, médico, Tomás, zapatero, e Isabel, doncella.

¡Qué barullos de sucesos arman los almanaques!

Yo supongo que muchos de mis lectores son católicos.

Bueno, ahí tienen ustedes que se me presenta una magnífica oportunidad para probarles que su religión la de-

la luz ese vecino honrado, y qué día murió a causa de una chanza algo pesada de esos perros judíos!

Y aquí tenemos a los almanaques dueños de las religiones.

Por raciocinios más o menos semejantes, fácil es llegar a convencernos de que los almanaques no sólo se han apoderado de los menores, el comercio y la religión, sino que algo más está bajo su dominio.

Ellos dirigen la vida, la muerte, las fuertes impresiones, los cambios en el mundo, las catástrofes, los matrimonios, las guerras y toda clase de sucesos.

Ellos son los elementos inseparables del tiempo, y conforme nos cuentan día por día los tiempos antiguos, cuando ni rastro quede de la generación presente, una sola cosa subsistirá que cuente a las generaciones venideras que hubo un año 1865 en que sucedieron muchas y muy grandes cosas.

En fin, por un alma-

GOAL
FABRICA DE PELOTAS
VENEZUELA 1299
U.T. 6092

PARA LA GENTE DE CAMPO

LOS EXPLOSIVOS EMPLEADOS PARA ABONAR TIERRAS

Se ha observado en toda la extensión de las regiones devastadas por la guerra, que el suelo removido por las minas o por las granadas se ha manifestado después muy propicio para el crecimiento rápido de los vegetales. Esto se explica porque la tierra ha quedado agrietada y mullida, como si se la hubiera sometido a una labor profunda y, además, impregnada de productos nitrados, que son fertilizantes.

Apoyándose en todo esto, los agrónomos franceses Prud'homme y Malhoné han ideado y puesto en práctica un nuevo procedimiento racional para la plantación de árboles frutales.

La manera de operar es la siguiente: Se practica en el suelo, en el sitio en donde se haya de plantar el árbol, un agujero como los que sirven para los barrenos. Esto se hace fácilmente con una barra de hierro o, a falta de ésta, con una estaca de madera. El agujero debe tener unos sesenta centímetros de profundidad. En este agujero se introduce una especie de cartucho formado por un tubo de celuloide o de cartón, cargado con un explosivo muy enérgico, pero que no estalla sino por la acción de un pistón con fulminante. El cartucho lleva, además, en el extremo inferior, una sección con una masa muy comprimida de un abono químico, elegido según la naturaleza del suelo (fosfato, nitrato, etc.) El aparato se recu-

FRAY MOCHO SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . \$ 3.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 4.00	Semestre . . . 6.00
Año 9.00	Año 8.00	Año 11.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	N.º suelto . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 "	N.º atrasado . 50 "	N.º atrasado . 50 "

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLÓN, 1266
U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cebadores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que registrarán en lo sucesivo:

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas "sueltas" " " chico " " "	8.—	3.—
" " " " grande " " "	9.—	2.—
" " " " chico " " "	6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.

bre por fuera con parafina, después de bien tapado con un tapón, a través del cual pasa la mecha que comunica con el pistón del fulminante.

Hecha la instalación, se prende fuego a la mecha y el operador se retira a distancia conveniente. La explosión sobreviene y produce en el suelo una cavidad de unos ochenta centímetros de profundidad y con las paredes muy agrietadas. Se origina, al mismo tiempo, un gran desprendimiento de vapores, que son en su mayor parte, absorbidos por la tierra circundante. En

seguida que ha cesado este desprendimiento, se planta el árbol y se rellena el agujero con la tierra de alrededor, removida e impregnada de los vapores nitrados del explosivo y mezclada íntimamente con polvo del abono químico empleado.

Numerosísimos ensayos practicados por los autores del procedimiento han dado siempre resultados concluyentes. Los arbolillos plantados agarran, se desarrollan y dan fruto más pronto que en las condiciones ordinarias. El procedimiento es mucho menos peno-

so y más rápido que el empleo de la azada, y atendiendo a los resultados más económicos. Probablemente se utilizará en Francia para la reconstrucción rápida de los plantíos de árboles frutales en los departamentos arrasados; pero puede aplicarse también en dondequiera que se trate de plantar un número crecido de árboles.

MANQUERA DE LA OVEJA

Para la cura de esta enfermedad, que ataca con frecuencia a los ovinos, se recomienda el siguiente tratamiento:

1.º Dividir la majada en dos lotes: sanos y enfermos, o más, según la gravedad del mal.

2.º Revisar todos los días la majada sana y separar inmediatamente aquellos animales en los que se note el desarrollo de la enfermedad, colocándolos con los ya clasificados enfermos.

3.º Hay que desinfectar las pezuñas de los sanos, haciéndolos pasar por un charco o zanjita de unos diez centímetros de profundidad, llena con una solución de sulfato de cobre al 3 por ciento. Después de hecho esto, se llevan esos animales a potreros que no estén infectados; es decir, donde no haya habido enfermedad.

4.º El charco o zanjita se cavará a la salida de un potrero o corral, o de una manga, obligando a los animales a pasar lentamente por ahí (suficientemente ancha para que no puedan saltarla) una vez cada dos días, durante ocho días, revisándolos detenidamente cada vez.

5.º A los enfermos se les hace quedar parados unos diez minutos en un charco o zanja con el mismo líquido; este baño de pies se repite si el animal tarda en curarse.

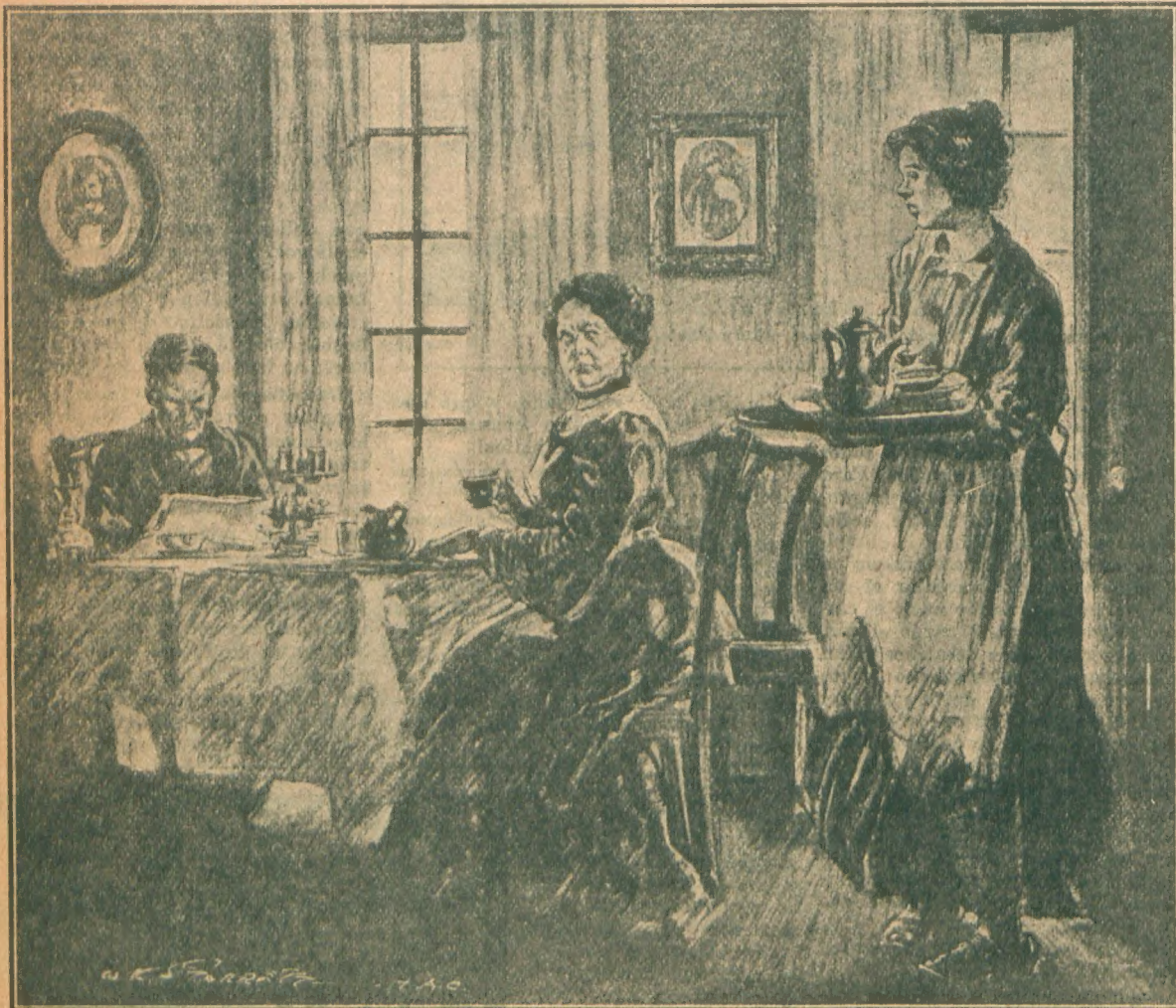
6.º Para facilitar la curación, convendrá extirpar las partes mortificadas, despegadas, obrando con prolijidad, para no hacer sangrar ni causar grandes dolores; de este modo el remedio actúa mejor sobre las partes enfermas. Esta operación hay conveniencia en hacerla por la mañana, después que los animales han caminado por el pasto mojado por el rocío.

7.º Después del baño a los enfermos, es útil aplicar sobre la herida una cantidad suficiente de vaselina toda al 1 por 20, o pomada de sulfato de cobre, o simplemente espolvoreando sulfato de cobre, en polvo finísimo.

8.º Cuando las heridas o úlceras están cicatrizadas, se da a los animales un último baño de pie, antes de mezclarlos con la majada.

9.º Los potreros en los que ha habido animales enfermos, son peligrosos para los ovinos sanos, hasta 2 ó 3 meses después; de modo que en ese tiempo pueden pastar ahí animales vacunos o yeguarizos.

LO QUE SE DECIA HACE VEINTE AÑOS

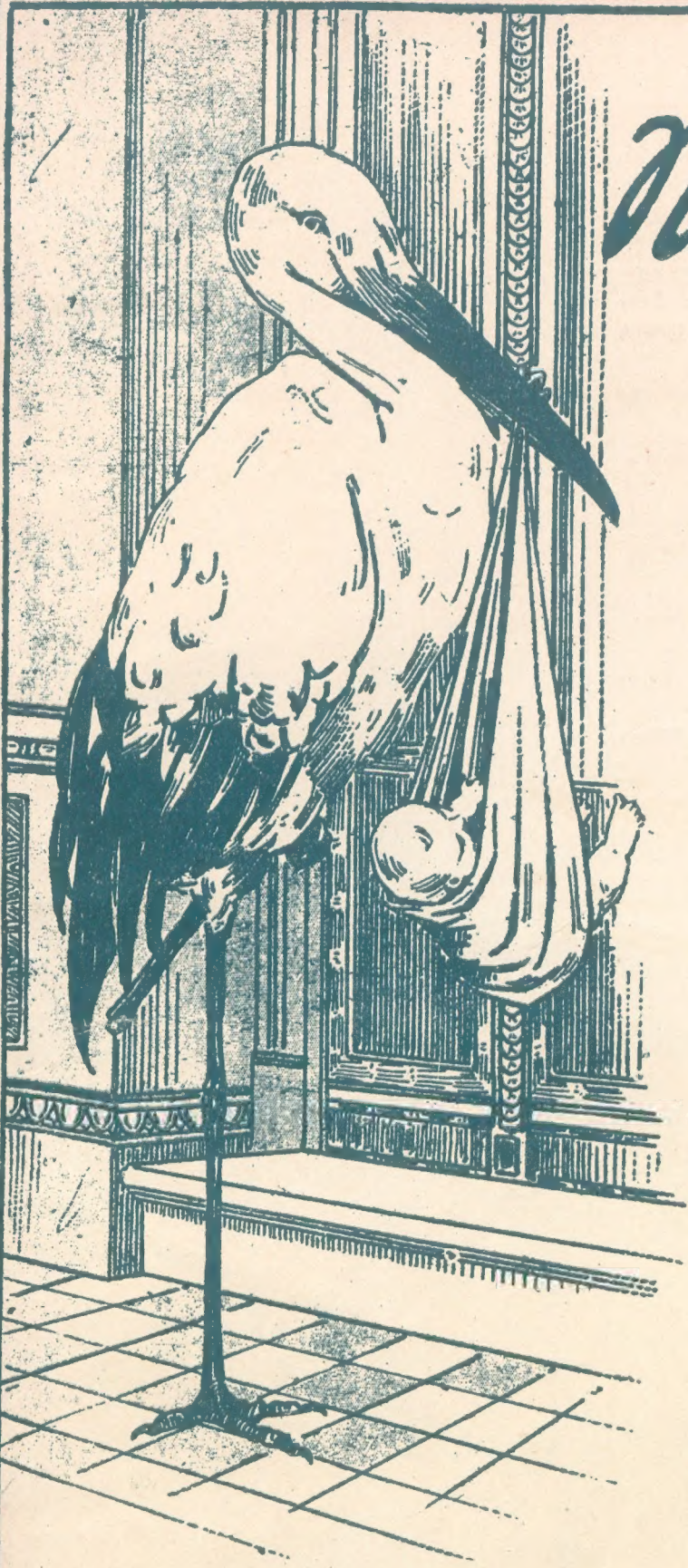


La patrona.—María: no son más que las ocho de la noche; todavía tiene tiempo de lavar la ropa, coser las camisas del nene, y lavar los botines para mañana. ¡Ah! y si no es capaz de hacer mejor café, ¿para qué ores que le pago diez pesos por mes?

MERELLO HERMANOS y Cía.
CÓRDOBA 1141 — ROSARIO

Únicos representantes y agentes de "FRAY MOCHO", en Rosario.

Se atienden pedidos de ejemplares y suscripciones, y se contrata la publicación de avisos y propaganda en general. Pídanse informes y tarifa de precios.



No hay lugar

señora, si Vd. no está preparada para recibirlo debidamente.

¿Ha realizado Vd. todo lo que significa "tener un hijito"? — ¿Sabe Vd. que se hace responsable de su vida, de su futuro bienestar físico y moral?

Vd. no ignora que el niño criado al pecho es siempre más robusto, más sano que el que toma otra clase de alimentos, y que cuando se enferma, resiste mejor. Pues, aquí mismo empieza su sagrado deber. ¡Críe su hijo Vd. misma!

Vd. puede nacerlo. — Diariamente 2 o 3 copas de la deliciosa

Matta PALERMO

El Extracto preferible a todos

producen una rica y sana leche en abundancia, al mismo tiempo que benefician altamente el organismo de la madre. Ella se sentirá vigorosa y fresca, su apetito será excelente y gozará de un sueño reposado y reparador. Se sentirá completamente feliz cumpliendo su sagrado deber de madre. — Si dudara, consulte a su médico o pídamos certificados.

A las jóvenes madres les recomendamos la lectura de nuestro librito: "EL NIÑO EN SU PRIMER AÑO DE VIDA", lo remitimos gratis y gustosos.

PÍDALA POR SU NOMBRE
EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERÍA PALERMO S. A.
BUENOS AIRES

En Montevideo: Juan Musante, 25 de Mayo 701





TERMINA, al fin,
el año 1919, ciclo
malhadado que nos deja
el recuerdo de luto y dolor,
miserias y egoísmos, opresio-
nes y rebeldías...

La humanidad entera ha sufrido cruel-
mente, y sólo pudieron suavizar los amar-
gos sinsabores de la nefasta época, aquellos
que, guiados por admirable previsión,
regalaron su paladar con el exquisito

CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA,

la más delicada expresión de la industria
alimenticia nacional.

PARODI y Cía.

Rivadavia 620

Buenos Aires.

